

GIOVANNI PAPINI

Palabras y sangre

NOTICIA

Este libro fue publicado por primera vez con fecha de 1912, por un editor de Nápoles, pero los catorce cuentos que lo componen habían sido escritos antes, entre 1907 y 1910, en una de las temporadas más alteradas de mi vida. Escritos deprisa, con el deseo de traducir en mitos casi realistas mis fantasías caprichosas, más que hacer obra de arte. La psicología —la psicología perversa o enfermiza de mis personajes— me importaba más que la poesía.

El estilo se resintió mucho de ello. En esta segunda edición he puesto todo el remedio que he podido. He corregido y cambiado en todas partes; pocos períodos han quedado tal como estaban; algunas páginas están, además, rehechas. Por lo que respecta al arte, esta primera reedición es casi un libro nuevo.

Los hechos y los pensamientos siguen siendo los mismos. Estas catorce aventuras, entre lo humorístico y lo fúnebre, constituyen la tercera parte de mi obra de narrador. Las dos primeras son *Lo trágico cotidiano* (1906) y *El piloto ciego* (1907); la cuarta es *Bufonadas* (1914). Son, en total, sesenta cuentos, o fantasías, o desahogos, o caprichos, o divertimentos; desiguales en su fondo y valor, pero que me gusta considerar como una serie única de «memorias indirectas» sobre los cambios de mi espíritu en los diez años decisivos de la segunda formación. Necesarios, pues, a quien quiera conocer, hoy y después, el tema central de casi todo el trabajo (pasado) de

GIOVANNI PAPINI.

Febrero de 1919.

EL TRES DE SEPTIEMBRE

El 3 de septiembre salí de casa. Delante de mi casa había campos, viñas, árboles, terrones secos y manchas de hierba. Las vides, cargadas de racimos violados, se apoyaban en los álamos voluptuosamente reclinadas, igual que las mujeres, con el pecho hinchado de juventud, se apoyan contra el hombre que aman. Todo el cielo estaba lleno: de viento que hacía reír con lentos susurros a todas las hojas; de monstruos grises que se arrastraban lentamente por el azul; de montañas blancas que se deshacían; del olor de la tierra mojada y del maíz apilado en la era.

Fui hacia el río a través del vuelo de las avispas negras, amarillas, zumbantes. El agua es escasa, lenta y fangosa, y, sin embargo, este río me gusta. Caminando por su orilla, con un poco de viento de cara, pisoteando las mariposas inmóviles en el suelo, en el amodorramiento del parto, llegué al vado. La barca me esperaba y en un momento estuve en la otra orilla.

¿Por qué prefiero la otra orilla? ¿Acaso porque hay más árboles y las hierbas son más altas? En absoluto. A mí me gustan los paisajes desnudos, en los que el sol se puede tender durante todo el día como un vagabundo. Tal vez prefiero la otra parte porque es la otra: porque no es la mía, aquella a la que me veo obligado a volver cada noche.

También el 3 de septiembre me senté en la hierba y, cuando un pescador llegó cerca de mí, preparó su red y se dispuso a engañar también aquel día a los ridículos peces, pensé que podía empezar mi obra. Me levanté para acercarme a aquel hombre. No llevaba en la mano absolutamente nada. En el bolsillo llevaba un libro, pero no tenía ningunas ganas de leer. El pescador no me miró. Era un joven bajo, de cara quemada y boca enorme. No parecía inteligente, pero no tenía el derecho de preguntarle *también* esto.

Se agachó y lanzó la red al agua. Empezaba la espera soñolienta del hombre que no piensa en la muerte. Todo estaba tranquilo: solamente las feas moscas, que adivinaban la tempestad, giraban a nuestro alrededor sin reposo.

¿Por qué esperar más? Hice la pregunta que tenía que repetir tantas veces:

—¿Por qué hace esto?

El joven me miró con la expresión que yo ya me había imaginado antes de hablar: entre el asombro y la compasión. Pero no respondió. Tuve que repetir la pregunta. En aquel momento no podía soportar el silencio.

Entonces, el joven sonrió con su gran boca y repuso:

—Para agarrar peces.

—¿Y para qué quiere agarrar peces?

—Para venderlos.

—¿Y qué hace con el dinero que le dan?

—Compro pan, vino, aceite, vestidos, zapatos y todo lo demás.

—¿Y por qué compra todo esto?

El joven se quedó sin saber qué decir. También esta vez tuve que repetir la pregunta, mirándolo fijamente. El se volvió a ambos lados casi como si escuchara el silencio. Acaso empezaba a sospechar, pero contestó:

—Para vivir.

—Pero ¿por qué —repliqué, rápido— quiere vivir?

La maravilla y la alegría del pescador crecieron, a este punto, sin medida. Ahora creía saber quién era yo y, aunque no me consideraba peligroso, no sabía cómo terminaría todo aquello. Yo no tenía ninguna razón para interrumpir el coloquio. Por eso repetí con nueva obstinación la pregunta y miré con dureza al acusado.

El joven intentó sonreír con desprecio.

—Vivo porque he nacido.

—Pero ¿para qué fin vive?

—¿Para qué fin? ¿Qué entiende por fin?

—Quiero decir: ¿cuál es para usted la cosa más importante de la vida?

—Ya entiendo. Mi fin es éste: pescar.

Callé y, al cabo de unos minutos, me levanté. Era inútil seguir. Habíamos vuelto al principio. La simplicidad de aquel bruto había cerrado el anillo.

Me alejé despechado por la orilla, pisoteando las florecillas debilitadas y la hierba poco fresca. Detrás de las ramas salían gritos rabiosos de niños. En cierto punto, el espeso seto se interrumpía por una cancela de madera. La empujé y entré en el campo, adentrándome con la cabeza baja por el sendero blando. Había visto ya, a la izquierda, a un campesino que cavaba y me dirigí directamente hacia él. El me había visto ya y, desde debajo del ala sucia de su sombrero de paja, me miraba con recelo. Se acercaba la vendimia y todos estaban armados contra los ladrones de uva. El silencio de la tarde estaba interrumpido bruscamente por los resonantes disparos tirados al desconocido.

Cuando estuve cerca del campesino lo miré. A sus pies, la tierra húmeda y arenosa aparecía removida con calma, y se preparaba para otros regalos. La tierra abierta me conmueve como un dolo, pero no podía menos que repetir mi pregunta:

—¿Por qué hace esto?

El campesino me miró con sus ojos inquietos y repuso:

—Para que nazca el trigo.

—¿Y para qué quiere que nazca el trigo?

—Para hacer pan.

—¿Y por qué tiene necesidad de hacer pan?

—Para vivir.

—Pero ¿para qué quiere vivir?

A esta pregunta el hombre bajó la cabeza y reanudó su paciente trabajo. El pie desnudo se apoyó de nuevo sobre el hierro, y la tierra se rompió y se hizo más oscura de repente. Repetí varias veces la pregunta, pero, como respuesta, sólo obtuve algunas malas miradas.

El viento seguía riendo alrededor de mi cabeza. Me quité el sombrero y miré al cielo. Agucé el oído al sonido quejumbroso de la sirena de una fábrica. Tuve que volver a tomar el sendero y salir del campo.

—¡Qué bella me pareció el agua en aquel momento! Anduve todavía un poco por la orilla, buscando con los ojos al tercer acusado. Los sauces, alineados en cuatro hileras, me acompañaban despacio e intentaban repetir las frases del viento. Había un prado cerca y, en el prado, una niña vestida de rojo estaba agachada recogiendo las últimas flores del verano.

Yo deseaba solamente un ser, pequeño o grande, que supiera hablar. ¿Qué me importaba todo lo demás? La niña era rubia, era pequeña, acaso era estúpida. Me bastaba que no fuera muda y no huyera. La llamé desde lejos, como se llama a los perros. Ella levantó su carita de flores, me miró sonriendo, y dio un paso o dos hacia mí. Apenas estuve a su lado, repetí la necesaria pregunta:

—¿Por qué haces esto?

La niña no se hizo rogar y contestó en seguida:

—Para hacer un ramo a la Virgen.

—¿Y por qué quieres hacer un ramo a la Virgen?

—Para que se acuerde de mí.



—Pero ¿por qué quieres que se acuerde de ti?

—Para que me prepare un sitio en el Paraíso, cerca de ella, para cuando yo esté muerta.

Bastaba traducir a lo absoluto las palabras de la niña rubia y eran una respuesta a lo que yo había preguntado. ¿Por qué actuaba de aquella manera la niña vestida de rojo? Para lograr el Paraíso. Vivía, pues, para prepararse la muerte. Esta es una respuesta; una respuesta como no supieron darme los dos grandes ladrones del agua y de la tierra.

Los había olvidado apenas hube estropeado con mis pies apresurados el trébol y el romero del prado. Ahora andaba menos triste por la orilla, incluso comencé a cantar. La niña me seguía, sosteniendo con sus manos su delantal rebosante de flores amarillas y violetas. Pero cuando me volví, de repente, para saludarla y recibir el viento en pleno rostro, vi que no solamente ella me había seguido. Más lejos, medio escondidos entre los sauces, venían, hablando entre ellos, los dos primeros acusados: el pescador y el campesino.

¿Cómo se habían encontrado? ¿Por qué me habían seguido? No lo supe, pero vi que yo había sabido aproximarlos. Estaba seguro, aunque distante, de que hablaban entre sí. ¿Tal vez a causa de la niña? Pero ¿por qué debía tener miedo? Me detuve y los esperé cantando en voz baja. La niña prosiguió su camino y me pasó; los dos hombres me alcanzaron. Sus caras se habían vuelto malas; la enorme boca del joven sonreía; los potentes ojos del viejo relampagueaban debajo del sombrero.

En cuanto estuvieron a mi lado empezaron a maltratarme con malas palabras y con sus sólidas manos. Ellos eran dos, enfurecidos y robustos; yo estaba solo, tranquilo y débil. Poco les costó apoderarse de mi cuerpo blasfemando por la alegría del desahogo hasta entonces contenido. Tuve tiempo de descubrir las ranas niñas y grises saltando en los pequeños charcos entre las piedras húmedas. Los dos hombres me balancearon un poco, como un saco, como un muerto, y luego me arrojaron al agua, riendo como borrachos.

El agua estaba baja; las lluvias de mediados de septiembre no habían llegado todavía para lavar los racimos e hinchar los ríos. Pude levantarme y reanudar, con los huesos doloridos y la ropa empapada de barro acuoso, el camino del vado.

Los dos hombres huían corriendo; la niña estaba lejos; y el viento soplaba todavía más fuerte, irritado por la pereza de las nubes. Nada había cambiado en el mundo.

—Mañana —dije entre mí, sonriendo— es cuatro de septiembre.

LA PRIMERA Y LA SEGUNDA

Había amado a la Primera y ya no la amaba. Había empezado a amar a la Segunda, y la Primera seguía amándome. Historia corriente y estúpida. ¿Quién podía pensar que tuviera que acabar tan misteriosamente? Yo mismo, el culpable, no consigo todavía explicarme el inesperado desarrollo del sencillísimo tema.

Ni siquiera recuerdo cómo empecé a amar a la Primera. ¿Acaso porque tenía dos ojos negros, mayores que de tamaño natural, que miraban hacia abajo temerosos al enfrentarse con los míos? ¿O porque me escribió, sin conocerme, para enviarme su pobre y tímido saludo en medio de una batalla? No era alta, ni graciosa, ni bella, pero estaba llena de humildad y de ardor. La vi, le hablé y la asusté, y acabé amándola. Ella me amaba ya; acaso me amaba antes de conocerme. Tenía una pequeña alma ardiente, una de aquellas almas que se consumen de fiebre sin descubrirse nunca. Sentía hacia mí gran admiración, un amor todavía mayor y una devoción mayor todavía.

También yo, durante cierto tiempo, creí que la amaba.

El descubrimiento de aquella existencia escondida me tentaba. La sensación de mi poder sobre ella me excitaba. Una palabra mía la ponía triste o alegre, desvelada o feliz. Esperaba de mí las órdenes para su vida; yo le sugería sus lecturas y sus ocupaciones.

Procuraba ser una parte de mí mismo, una cosa mía familiar, y nada más. Algún paseo por las siniestras avenidas de cipreses, por las colinas solitarias, o a lo largo de los sauces del río un poco neblinoso; algún beso apresurado en la oscuridad de la tarde; alguna carta breve e imperativa, le bastaron para ser feliz. Cada día recibía una, dos o hasta tres cartas tuyas llenas de pasión elocuente, en las que se recordaba, describía y comentaba con lírico frenesí cada gesto mío, cada aspecto. Sola en la gran ciudad, lejos de su madre y de su montaña, toda su vida estaba concentrada en este amor. Yo era para ella el Universo, mientras que ella era para mí sólo una curiosidad.

Pero su amor se hizo tan grande que el mío no pudo durar. Tengo tanto desprecio de mí que no puedo habituarme a hacer el papel de ídolo. Aquella veneración apasionada que sentía continuamente a mi alrededor me irritaba. Saber que cada acción mía era observada, recordada, magnificada con todos sus detalles; que cada palabra mía era escuchada, grabada, repetida, comentada, y el que toda mi vida era, para otro ser, un *espectáculo*, aunque fuera de alegría, me humillaba. Yo quiero ser para mí, vivir para mí: no quiero que nadie entre en mi vida, aunque sea como esclavo.

Al cabo de un año escaso comencé a espaciar las visitas, los paseos y las cartas, y como su pasión no disminuía por esto, sino que aumentaba, le escribí finalmente una carta simple, corta y brusca, para

decirle que ya no la amaba, que no la amaría nunca más y que dejara de fastidiarme con sus cartas. Yo creía que la momentánea desesperación, el respeto que me tenía y su dignidad, la obligarían al silencio, pero fue todo lo contrario. No quería resignarse a callar. Aceptaba, aunque le sangrara el corazón, que yo no la amara ya; pero no quería que le prohibiera amarme.

Las cartas siguieron llegando más largas y ardientes que antes. Recordaba con la más minuciosa y patética exactitud cada fecha, cada frase, cada palabra. Cada día repetía que me amaba todavía, que me amaba aún más, que no amaría a nadie sino a mí, que me amaría siempre, que lo obtendría todo de ella menos el final de su amor. Recurrí a los procedimientos más duros y cobardes para terminar con aquella cotidiana invasión postal, no le contesté durante largos meses o bien le escribí cartas cortas, frías, irónicas, ofensivas; llegué hasta el punto de devolverle las suyas sin haberlas abierto.

Pero todo esto ni cansó ni disminuyó su amor. Me escribía igual, cada día, sin esperar contestación; era feliz aunque recibiera una carta mía mala; volvía a mandarme, en sobre abierto, las cartas rechazadas. Con frecuencia, me llegaban flores que ella misma iba a recoger para mí al campo. Una vez recibí una fotografía de mi casa que había tomado ella a escondidas. Al no poder ir conmigo, me esperaba en las calles por donde yo solía pasar; frecuentaba los sitios donde sabía que yo tenía que ir, y después del encuentro me llegaban larguísimas cartas que describían la funesta embriaguez de haberme visto de lejos.

Era imposible rechazar ese amor obstinado. Por eso tuve que decidirme a soportarlo sin dar señales de vida. Durante algún tiempo, mis pensamientos sobre un posible enderezamiento del mundo y algunos largos vagabundeos a través de Italia me mantuvieron alejado de las mujeres. Pero un día encontré a la Segunda: una mujer que yo ya conocía, pero que no descubrí hasta aquel día. La Segunda era una mujer de una pereza animal. La hembra sana, simple, alegre, desenvuelta, voluptuosa, dispuesto a la risa, a la defensa y a la caricia. A mí me gustan las cosas que son lo que tienen que ser: los perros que muerden, los campos sin surcos, el pan hecho de harina y las mujeres sin literatura. Desde aquel día quise a la Segunda con toda la energía de un cuerpo (¿por qué insistir solamente en el corazón?) de veinticinco años.

Pero la Segunda, precisamente porque era mujer e instintivamente enemiga de todos aquellos que viven de esperanzas y de palabras, de humo de proyectos y de cigarrillos, no sentía absolutamente nada hacia mí; reía conmigo como con los demás y eso le bastaba para desahogar su rica juventud y hacer brillar sus bellos ojos serenos. Todas las primitivas artes de los seductores adocenados no servían de nada con ella: miradas lánguidas, adulaciones, cartas líricas, paseos con y sin luna, calurosos apretones de mano, rápidos intentos de beso. Todos estos intentos y manejos eran acogidos con un estallido de buena risa franca que confesaba la más tranquila indiferencia de su carne y de su corazón.

No por eso podía renunciar a la esperanza de verla, un día, llorar con la cabeza contra mi pecho. Mientras la otra, la Primera, seguía persiguiéndome con su inútil amor, yo continué atormentando a la Segunda con mi amor necesario. Un día, no sé cómo, escribiendo a la Segunda, copié, sin más, cambiando solamente el masculino por el femenino, algunas frases de una carta que acababa de

escribirme la Primera. Esta escribía muchísimo, y por eso se repetía mucho, pero he de reconocer que poseía un virtuosismo en el estilo amoroso que yo nunca he tenido, ni deseaba aprender. Quemada por la pasión, con toda el alma fija en mi amor, le nacían espontáneamente imágenes e imploraciones abundantes y, con frecuencia, absolutamente originales. Aquella mañana, teniendo delante de mí la carta de la Primera, mientras estaba a punto de escribir a la Segunda, se me ocurrió servirme de la tortura cotidiana para ahorrarme el trabajo de inventar frases nuevas.

Mi sorpresa fue grandísima cuando, al día siguiente, al encontrar de nuevo a la Segunda, advertí que mi última carta le había hecho más impresión que las demás. En lugar de reír durante todo el tiempo, como solía, se comportó de manera más azarada; quiso discutir la sinceridad de una de las frases que yo había robado a la carta de la otra y, cuando me dejó, me pareció que su apretón de manos fue menos tranquilo que las otras veces. Este primer síntoma de victoria me mantuvo despierto durante toda la noche y, aunque fuera sonriendo ante la idea absurda de una magia comunicante, se me ocurrió continuar a propósito lo que había empezado casi por casualidad, es decir, utilizar las cartas de la Primera para escribir a la Segunda.

En un cajón ancho y profundo tenía varios centenares de cartas de la Primera; cada día sacaba dos o tres y de ellas extraía una pequeña antología pasional que luego, con algún añadido, formaba una bella y larga carta amorosa. El sistema tuvo éxito. ¿Por qué no extenderlo? Por eso pensé regalar a la Segunda algunos libros que me había dado la Primera, y los efectos fueron todavía más rápidos y visibles. La Segunda, ahora, ya no me acogía con sus carcajadas solamente, sino que, en cambio, esperaba, oculta tras la ventana, la hora de mi llegada. Hablando, solía tomarme, sin pensarlo, una mano y me la acariciaba y estrechaba nerviosamente.

Sus ojos, especialmente cuando estaba a punto de marcharme, se volvían casi lánguidos. Con las palabras rechazaba todavía mi amor, pero toda su persona empezaba a confesar el suyo.

Un día, la Primera me envió un gran sobre lleno de violetas silvestres. Antes que se marchitaran las puse en otro sobre y se las llevé en seguida a la Segunda, diciéndole que aquella era una «carta de la Primavera».

Otro día encontré, en un cajón, un anillo de oro adornado con una pequeña piedra roja, que le había quitado por fuerza a la Primera en los días más ardientes de mi casi amor por ella. Pensé regalar aquel gracioso anillo a la Segunda: era una especie de traición, pero no pude dominarme; aunque la Segunda no me había confesado todavía que me amaba, los síntomas eran tantos que podía arriesgarme a hacerle aquel regalo. Se lo envié y, al día siguiente, vi a la Segunda con el anillo de la Primera puesto, conmovida, risueña y, sin embargo, un poco triste. Después de haber estado silenciosa durante un rato, después de haberme preguntado muchas veces si la quería de verdad, después de haber callado todavía un poco, se acercó a mí, se estrechó contra mi cuerpo y, con la cara encendida y una voz totalmente distinta de la acostumbrada, me confesó que me quería, que no podía evitar amarme.

A partir de aquel día empezó mi verdadera felicidad. Largas horas pasadas en silencio, abrazados; largas horas de risas y de confianzas; largos paseos durante los cuales recogíamos hojas rojas y nos dábamos rápidos besos a la sombra de los muros; todo aquello que los enamorados saben y echan de menos lo conocimos juntos durante meses y meses.

La Primera seguía enviándome sus interminables cartas y yo, sin confesarle nada a la Segunda, aprendía sus nuevas invenciones para decírselas a mi nueva amada.

Y durante mucho tiempo duró este singular plagio privado, esta transmisión de palabras y de otras cosas entre dos mujeres desconocidas y amantes a través de un único hombre, olvidadizo y deseoso. Parecía realmente que se tratara de una oculta transmisión entre desconocidos, conseguida con medios desconocidos. Había observado desde un principio que, precisamente los días en que la Primera había intentado verme y me había contemplado desde lejos con sus enormes ojos negros, llenos de tristeza, y de pasión, la Segunda demostraba amarme más furiosamente, mientras que cuando no había recibido ni siquiera una carta de la Primera, la otra estaba más callada y esquiva. Notaba estos y otros hechos, pero, en el abandono del nuevo y fresco amor, ni buscaba ni quería explicarlos, y ni siquiera pensaba en las consecuencias que podía tener para mí esa mágica transmisión espiritual.

Yo no percibía todo el sentido de la increíble relación que se había estrechado entre nosotros tres: la Segunda me amaba en cuanto la Primera me seguía amando. ¿Qué hubiera sucedido si la Primera hubiese dejado de amarme?

No quería pensarlo y, sin embargo, podía suceder y sucedió.

¿Cómo logró descubrir la Primera mi amor por la Segunda? Nunca he intentado saberlo: ¿tal vez una amiga, tal vez un presentimiento, tal vez una denuncia secreta? Había utilizado todas las precauciones de que gusta mi alma, naturalmente reservada, para ocultar mi amor. Iba con la Segunda por calles y campos donde estaba seguro de no encontrar a nadie, o solamente a gente que no me conocía ni siquiera de vista; iba a su casa a escondidas y al caer la noche, cuando sabía que la Primera estaba encerrada y no podía salir.

Pero lo supo, y me lo dijo en una carta de veinte o treinta páginas en la que el amor, el lamento, la desesperación, el ruego, el despecho y la rabia formaban una confusa mezcla sentimental. La carta terminaba así:

«Noto que mi martirio está a punto de terminar; siento que mi loco amor está a punto de morir. ¿Estarás contento finalmente?»

Antes de querer a la Segunda, estas palabras me hubieran sacado un gran peso del corazón, pero ahora, después de lo que había sucedido, me dieron miedo.

Durante todo el día me encontré muy mal y estuve sin poder hacer nada. Apenas oscureció fui a casa de la Segunda y empecé a besarla locamente, en la cara, en las manos, sin darle tiempo siquiera a cerrar la puerta. Estaba fría, ceñuda, enfadada. La abracé, le dije en voz baja mil palabras dulces, le pregunté qué tenía, qué le había hecho, por qué estaba pensativa, pero todo fue inútil; no hubo manera de sacarla de su abatimiento. Acaso, pensé, se trata de alguna tristeza que no quiere decirme porque le da vergüenza.

No pude calmarme, ni aquella noche ni al día siguiente. Pasaron varios días. La Primera ya no me escribía, no se dejaba ver, no me seguía, pero la Segunda estaba cada vez más triste, más seria, más enfadada que nunca, y yo no conseguía, ni con palabras, ni con regalos, ni con caricias, hacerla volver al alegre amor de otro tiempo. Una mañana, otra carta; y esta vez, de la Segunda. ¿Por qué me escribiría? ¿Qué quería de mí? ¿Cómo me escribía, ella, que nunca me había enviado ninguna carta?

Mientras rompía el sobre, temblaba como una hoja. Tenía razón de temblar: leí, entre lágrimas, que la Segunda, mi bella, graciosa y alegre Segunda, ya no me quería, aunque no supiera decirme la razón; y no quería amarme más, por mucho que le doliera mi dolor.

Los que han recibido cartas parecidas comprenderán mi angustia de aquel momento. No sabía qué hacer ni qué pensar: de repente estaba furioso como una bestia desencadenada, y a veces abatido como un hombre que se deshace en la nada. Soñé todo lo que podía hacer, posible e imposible, para que el amor volviera a la Segunda, y finalmente vi que solo un medio, aunque fuera extravagante y doloroso, podía devolverme la alegría: volver a la Primera, conseguir su perdón, hacer que me amara.

El mismo día, después de haberme tranquilizado un poco, escribí a la Primera ordenándole que se encontrara al día siguiente en la calle que ella sabía, porque quería hablarle, y escribí a la Segunda que no podía creer sus palabras, pero que no tenía el valor de volverla a ver en seguida.

Al día siguiente, la Primera, temblorosa, me esperaba. ¿Con qué corazón tenía que fingir mi amor por ella, por ella, a la que ya no amaba, por ella, que me había cansado durante tanto tiempo, y fingir para engañarla a favor de aquel que la había hecho sufrir? Sin embargo, era preciso que yo interpretara las escenas de la pasión que vuelve, del arrepentimiento que entenece, del remordimiento que corroe. Era necesario estafar cobardemente a una desgraciada, ensuciar mi alma con una asquerosa doblez, para volver a conseguir el amor de mi preciosa Segunda. Nunca he sufrido, hablando de amor a una mujer, como aquel día. Sin embargo, lo conseguí. El amor hizo el milagro. Le hice creer lo que quise, lo negué todo, lo prometí todo. Para que la ausente volviera a quererme, me esforcé para que la presente volviera a quererme. La escena fue larga y patética, llena de lágrimas y besos. Cuando oscureció, había vencido. Vi, en sus grandes ojos negros, volver el amor que sólo durante pocos días había estado no muerto, sino cubierto por los celos y el despecho.

Después de este fatigoso sacrificio no tuve el valor de volver a ver a la Segunda. Al día siguiente recomenzaron las largas, insistentes y frecuentes cartas de la Primera. Para asegurar mejor mi victoria, quise acompañarla una vez más a los sitios donde nos habíamos amado en lejanas mañanas de primavera. Volvimos a un sendero escondido, bordeado de cipreses, y corté para ella algunos tallos de retama. Estaba feliz, contenta, loca: no se atrevía a hablar por miedo a que yo desapareciera de su lado, como el fantasma de un sueño.

A las pocas horas recibí una carta de la Segunda. Pocas líneas:

«Ven, vuelve, alma mía; te quiero más que nunca; te querré siempre.

»El otro día estaba loca. Vuelve; te espero. No me hagas sufrir más.»

Aquella misma noche fui a su casa: la encontré como antes, llena de risa, de gracia y de voluptuosidad.

Pero el éxtasis de la reconquista tenía que durar poco: el destino no estaba contento. Cegado por mi alegría, apresuré el final de todo. Quise llevar a la Segunda al campo, como antes, y gozar al ver su bello rostro entre los árboles, las hierbas y la soledad. No sé por qué, fuimos por un sitio donde no habíamos estado nunca. Ella misma quiso cambiar de camino y me señaló con la mano una colina toda amarilla de retama.

—Quiero subir allí —me dijo—; ¡me gusta tanto la retama! Quiero llevarme un ramo a casa.

¿Podía no obedecerla? Sin embargo, en aquel momento sentí algo en la sangre y sentí que mis piernas temblaban. Detrás de aquella colina estaba el sendero de mis amores con la Primera, el sendero con los cipreses donde tantas veces nos habíamos sentado, con las manos en las manos y la boca en la boca. Subimos. Para volver a bajar nos acercamos al sendero, al sendero que no podía volver a ver sin espanto, pensando en la última escena de ficción con la otra. Pero ¡la Segunda estaba tan alegre! Corría delante de mí, gritando, con la cara enrojecida, los ojos brillantes, las manos llenas de ramas amarillas. De cuando en cuando la perseguía, la atrapaba, la estrechaba fuertemente entre mis brazos y la besaba.

De repente oímos pasos, y un grito.

La otra, la Primera, avanzaba por el sendero y me había reconocido. Vi por un momento su cara blanca y sus ojos enloquecidos. Me separé de la Segunda y me levanté. La Primera se acercaba: tal vez había ido allí para pensar en mí, para volver a soñar en aquel lugar donde había sido tan feliz. Cuando estuvo delante de mí gritó con voz ronca:

—¡Basta!

Y pasó y se oyó en seguida un sollozo. Luego desapareció. Miré a la Segunda. También estaba pálida y tenía el rostro demudado. Arrojó al suelo la retama y me dijo:

—¡Adiós!

Y se alejó como la otra, sollozando. Y desde aquel día ninguna de las dos ha querido volverme a amar, y las dos me han olvidado, y cada una ha encontrado otro amor. Yo me he quedado solo y ya no amo a nadie: ni siquiera a los recuerdos. Los escribo para librarme de ellos.

El último deseo

Si te miro y pienso que podrías morirte y que no sentiría más el dolor de mirarte, ni el fastidio de escuchar tu llanto tranquilo, ni el deseo de ahogarte con mis manos, entonces tus ojos se empañan y caes como muerta y te vuelves, de repente, fría como quien ha perdido el alma desde hace largas horas de lluvia y de oscuridad.

Pero en aquel mismo instante lloro tu fin demasiado veloz y mi tremenda fuerza, y vuelvo a pensar en tu risa cascabelera detrás de las puertas, y en la cálida morbidez de tu piel y en tu pobre pasado... Y lloro sobre mí y sobre ti, y pienso que podrías renacer de repente, y levantarte sana y bella como antes, y reír con los ojos, y reír con la boca, y reír con tus rizos castaños que ondean sobre tus sienes. Y he aquí que, apenas lo he pensado, estás de nuevo ante mí, cálida, dulce, sonriente, sin una lágrima siquiera entre los pelos de las pestañas y, apenas estrecho tu delgada mano, me abrazas con el pecho estremecido.

Entonces miro fuera de la habitación, y fuera de mí, y *pienso*: «Aquella casa de allí es demasiado fea. Detrás de aquel sucio cubo de viejos ladrillos hay una montaña orlada de cipreses nuevos y azotada por el viento.»

Al cabo de un momento la casa cae sin estrépito: sus paredes desaparecen, como si fueran de sombra y de humo, y surge detrás la bella montaña, que parece nacer en aquel instante de la tierra, y levanta su lomo hacia las nubes, casi envidiosas de su altura.

Para escapar de la maldición que lleva consigo mi pensamiento salgo de casa, procuro no ver, intento no pensar. Las sugerencias del demonio zumban a mi alrededor como un mal enjambre.

Apenas un deseo se expresa dentro de mí, me detengo, pálido y sudoroso, como quien está a punto de desvanecerse.

«¿Cómo quisiera que aquella mujer me amara!», piensa en mí el mal pensamiento. Y he aquí que aquella mujer se aproxima y me mira fijamente, con ojos que ofrecen el cuerpo, e incluso —¿quién sabe?—, incluso el alma.

«¿Podrías estar a mil millas lejos de aquí?», reanuda el pensamiento, vergonzoso y embarazado. Y he aquí que me encuentro, sin saber cómo, en otra tierra, en medio de un aire que me ahoga, con nuevos perfumes, y el cielo es todo amarillo, y los árboles están sin hojas, y los hombres gritan en una lengua que no entiendo. «¿Quisiera no ver nada!», piensa mi pensamiento, asustado y demasiado solo. La noche —una noche demasiado profunda para ser cierta— me rodea, me sepulta, me obliga al silencio, y hace callar al instante los latidos demasiado impetuosos de mi estúpido corazón. Pienso que si eso sigue así me pondré enfermo. Las piernas se me doblan, la cabeza me martillea, la sangre está alterada, los huesos parecen convertirse en meollo. En medio del dolor, deseo mi habitación, mi pobre cama dura y baja en la que me he embrutecido y rebelado tantas

noches, y he aquí que en seguida siento que estoy allí, bajo las blancas sábanas, en mi cuarto, que tiene los postigos entornados, como cuando hay un enfermo grave y el médico todavía no ha llegado.

Pero estoy solo, abandonado como en un hospicio. ¿Por qué no me habla alguien, dulcemente, aquí, cerca del oído? ¡Oh bellos días de primavera, cuando a mi alrededor estaban El y el Otro y el Tercer Amigo y el compañero más querido!...

¿Qué es ese ruido? Son voces: ¡son sus voces! Helos aquí, a mi alrededor —El, el Otro y todos—, y hablan, y ríen, y fuman, como si yo fuera igual que ellos y no estuviese enfermo.

«Pero ¿estoy verdaderamente enfermo?» No lo parece: en este mismo instante me levanto de la cama, cesan los dolores, vuelvo a estar pálido como siempre, el corazón vuelve a portarse bien y me doy cuenta de que los labios intentan sonreír, aunque no lo consiguen. ¡Qué bien estoy! ¡Cómo gozo de la vida! ¿Nunca se han dado cuenta de que respirar es la mayor voluptuosidad? Me siento fuerte y, sin embargo, tan ligero, casi celestial. ¿Y si quisiera volar?

«¡Amigos, adiós! ¡Adiós! Me siento transportado como una hoja por el viento. Recuérdense siempre, ámenme más, ahora que ya no estoy entre ustedes...»

Y vuelo por el cielo sin posarme, y todas las ciudades son montones de piedras y de basura bajo mis pies, y las montañas parecen las costras de una asquerosa enfermedad de la tierra.

—«¿Cómo he podido vivir allá abajo tantos años? —pienso con repugnancia—. No quiero volver más, nunca más, a aquellos agujeros y a aquellos fosos.»

Pero, poco a poco, volar me cansa; la altura me da vértigo. Pienso en mi casa de piedra, en mi ciudad dividida por las aguas, en aquella a la que prometí no abandonar nunca, ni aun después de la muerte.

«¡Si pudiera volver al barro! —susurra el vil pensamiento—. Yo sólo me siento grande entre las pequeneces.»

Al cabo de unos instantes estoy de nuevo en mi cuarto, entre mis libros en desorden, junto a la pequeña amante que me mira sin poder hablar.

«¿Qué haré —pienso— para librarme de mi poder? Cualquier cosa que pienso se vuelve súbitamente real. Cada fantasía mía es una orden para las cosas. Debo procurar no pensar, no querer.»

¡Nunca lo hubiera dicho! Lentamente, poco a poco, siento que me voy volviendo vacío, inerte, torpe, estúpido, como un niño recién nacido, inconsciente, como una planta que crea una a una sus hojas. Ningún deseo me agita, el mundo se me antoja sin significado y ni siquiera imagino que pueda tener uno. Pero, antes que mi voluntad se muera del todo, siento el miedo de ese desvanecimiento vegetal e intento dar una orden, una sola orden a mi alma.

«¡Quiero acordarme de todo! ¡Quiero saberlo todo!» Y heme como antes, demasiado lúcido, demasiado inteligente; triste como la vida, resignado como la sabiduría.

Miro a mi alrededor y veo, una vez más, a la pequeña mujer que me mira siempre y no sabe hablar. Siento que su boca roja y seca tiene necesidad de un beso, pero no quiero dárselo, y entonces las lágrimas, que estaban esperando desde hace tantas horas, manan apresuradamente de sus bellos ojos. En ese momento yo la quiero como nunca la he querido.

«¿Qué haría si desapareciera de repente? ¿Si muriera para siempre y yo perdiera al mismo tiempo mi espantoso poder de gobernar el mundo? »

Pero ¿qué es esto, en nombre de Dios? ¡Se muere de verdad! Su cabeza cae sobre su pecho, su cara es blanca, su mano está fría, todo el cuerpo se abandona sin gracia. ¡Está muerta, se lo aseguro, muerta de verdad! Pero ¡yo no quiero que se muera! ¡Yo puedo hacerla revivir, puedo resucitarla en seguida!

¡Yo lo puedo todo, ¿entienden?, todo lo que quiero! Cada fantasía mía es una orden. ¿No saben nada de mi poder?

¡Despiértate, pues! ¡Levántate, habla, sonríe, oh dulce parte de mí! Pero en seguida, ¿entiendes? En seguida, sin dilación, como la otra vez. Sonríen. ¿Creen que yo presumo como un loco? Esperen, esperen todavía un momento...

Pero ¿por qué no se levanta, por qué no ríe, por qué no llora como antes? ¡Vive! ¡Yo quiero que sigas viviendo!

¿He perdido mi poder, ahora, en este momento? ¿He pensado perder mi poder y lo he perdido de verdad? Pero ¡eso no es posible! Todavía un instante, ¡un momento tan solo! Todavía una orden, una única orden. En nombre de todo el cielo, tengo necesidad de gobernar la vida por un instante. ¿No ven que está muerta y ya no se mueve? Yo la quiero, ¿comprenden?, la he querido siempre, incluso cuando la hacía llorar, y he prometido quererla siempre, y quiero quererla siempre y siempre más. ¿No sentiré, pues, nunca más la húmeda presión de tus labios, el blando peso de tu pecho?

Pero, entonces, hagan por lo menos que me muera, que no sienta más la desesperación que me destruye el corazón. ¡Háganme morir! ¡Quiero morir! ¡Quiero la muerte! ¡La muerte!

EL HOMBRE DE MI PROPIEDAD

1

Como desde hace muchos años he dejado de llevar mi diario, no podría decir con exactitud desde cuánto tiempo me venían detrás el cuerpo y el alma de Amico Dità. Probablemente, dada mi distracción, no me di cuenta en qué día preciso mi segunda sombra —aquella sólida y relativamente viva— se decidió a entrar en la escena poco iluminada de mí vida.

Una mañana, saliendo de casa, me di cuenta de que iba acompañado, a aquella respetuosa distancia que no permite demandas de explicación, por un hombre de unos cuarenta años, cubierto por un largo abrigo azul, alegre y sonriente (pero sin demasiada exageración). No teniendo nada que hacer y habiendo salido de casa únicamente para no oír el chisporroteo de la leña en la chimenea, me divertí siguiendo con la vista a mi acompañante, aunque —ffjense bien— no tuviera nada de extraordinario. No supuse ni por un momento que pudiera ser un hombre de la Policía: mi pereza, unida a mi escasa habilidad manual, me ha salvado de buscar en el delito los medios de sustento.

No podía ni siquiera imaginarme que el hombre vestido de azul fuera una especie de bandolero ciudadano decidido a robarme: mi decente pobreza era conocida en todo el barrio, y mi forma de vestir, más dejada que desenvuelta, disociaba de mi persona cualquier idea de bienestar.

A pesar de que yo no tenía ningún derecho a ser seguido, comencé a dar vueltas y más vueltas por las calles más tortuosas del centro de la ciudad para estar seguro de que no me equivocaba. El hombre me siguió por todas partes con aire cada vez más satisfecho. Torcí de repente por una calle llena de gente y apreté el paso, pero la distancia entre el hombre vestido de azul y yo siguió siendo la misma. Entré en un estanco para comprar un sello de tres céntimos y el desconocido entró en el mismo estanco y compró un sello de tres céntimos; subí a un tranvía y mi sonriente compañero saltó al mismo tranvía; cuando me apeé, el hombre vestido de azul se apeó detrás de mí; compré un periódico y él compró el mismo periódico; me dejé caer en el banco de un jardín y el otro se sentó en otro banco no lejos de mí; saqué del bolsillo un cigarrillo y él sacó otro y esperó que encendiera el mío para encender el suyo.

Todo esto era, al mismo tiempo, divertido y fastidioso. «Tal vez —pensé— se trata de un humorista sin trabajo que quiere divertirse a mi costa.» Me decidí a resolver mis dudas por el medio más expeditivo, plantándome ante mi acompañante con aire de preguntarle:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

No tuve necesidad de abrir la boca. El hombre vestido de azul se levantó, se quitó el sombrero, sonrió un momento y dijo precipitadamente:

—¡Perdóneme! Se lo explicaré todo, me presentaré inmediatamente. Soy Amico Ditè. No tengo profesión reconocida, pero esto no importa. Tendría que decirle muchas cosas, pero hasta ahora... Hubiera querido escribirle, es más, le he escrito dos o tres veces, pero no siempre tengo la costumbre de enviar las cartas. Por otra parte, soy un hombre normalísimo y sano, aunque parezca, algunas veces...

A este punto Amico Ditè se calló titubeante, pero reanudó en seguida, como si de repente se hubiera acordado de algo que le importaba mucho:

—Pero ¿acaso quisiera beber algo? ¿Un poco de *marsala*? ¿Un café?

Los dos nos pusimos en movimiento rápidamente, juntos, como empujados por el deseo de terminar lo antes posible. Apenas divisamos un café, entramos con gran prisa, como quien entra para beber y salir en seguida. Nos sentamos en un rincón, junto a la estufa, sin pedir nada. El café era pequeño, lleno de humo y de cocheros; el camarero tenía cara de ratero, pero no teníamos tiempo de escoger otro sitio.

—Quiero saber... —comencé.

—Se lo diré todo —reanudó el otro—, no tengo ninguna intención de esconderle nada. Mi caso, por desgracia, es triste y difícil, pero declaro en seguida que tengo la mayor confianza en usted. Heme aquí: soy suyo. Estoy en sus manos. Puede usted hacer de mí todo lo que quiera...

—Pero yo no comprendo...

—Le aseguro que lo entenderá todo. Déjeme hablar. ¿No le he dicho ya quién soy? El nombre no dice nada, lo sé. Añadiré mi definición: soy un hombre corriente, un hombre terriblemente corriente, que quiere hacer a toda costa una vida fuera de lo corriente, una vida absolutamente extraordinaria.

—Perdóneme...

—Pero yo le perdono todo, caballero, le perdonaré todo. Solamente le digo, una vez más, que tengo necesidad de hablar. Tengo toda mi confianza puesta en usted. Será mi salvador, mi dueño, el director de mi conciencia, de mis brazos, de todo yo. Yo soy demasiado prudente, demasiado hombre de bien, demasiado caballero, *demasiado yo mismo*. Usted ha escrito muchos cuentos absurdos, muchas novelas extrañas, y yo he vivido tanto con sus héroes que he soñado con ellos por la noche, los he deseado durante el día, he creído reconocerlos por la calle, y después, aburrido y desesperado, he querido matarlos dentro de mí, olvidarlos para siempre...

—Se lo agradezco muchísimo, pero...

—Cállese todavía por un momento, se lo ruego. Le explicaré por qué he pensado en usted y por qué lo he seguido. Me dije a mí mismo hace algunos días: eres un imbécil, un tipo de cada día y de cada ciudad. Y tienes esta enfermedad de querer experimentar una vida noble, peligrosa, azarosa como la de los héroes de los poemas de veinticinco céntimos y de las novelas de tres liras cincuenta. Por ti mismo eres incapaz de proporcionarte una vida así, porque te falta imaginación. No te queda sino buscar un creador de héroes extraordinarios y regalarle tu vida para que haga con ella lo que quiera y pueda transformarla en algo más bello, más imprevisto, más inesperado...

—¿Usted quisiera, pues...?

—Un poco de paciencia todavía, se lo ruego. Dentro de pocos minutos le obedeceré en todo y podrá hacerme callar cuando quiera, pero antes déjeme terminar: ¡todavía soy de mi propiedad! Sólo tengo que decirle esto: usted es el creador que he escogido, y heme aquí para ofrecerle mi vida y los medios para ayudarlo a hacerla interesante. Usted es un fantasioso y podrá romper sin esfuerzo la insufrible normalidad de mis días. Hasta ahora ha tenido solamente a su disposición hombres imaginarios y hoy yo le doy un hombre de verdad, un hombre que padece y anda, con el que podrá hacer todo cuanto guste. Estaré en sus manos no como un cadáver —¿qué haría usted de un cadáver?—, sino como un muñeco mecánico, un maravilloso muñeco parlante y pensante que comprenderá sus órdenes. Desde este momento le hago donación de mi vida y de una renta anual de mil libras esterlinas para todos los gastos que sean necesarios para hacer peligrosa y pintoresca mi vida. Tengo en el bolsillo un acto de donación ya preparada... ¡Camarero, una pluma! Sólo falta la fecha y su firma. Dígame sí o no, sin cumplidos, pero ¡en seguida!

Durante algunos momentos simulé reflexionar, pero mi decisión estaba tomada. Amico Dità salía al paso de uno de mis más antiguos deseos. Desde hacía mucho tiempo me avergonzaba inventar solamente vidas imaginarias. Soñaba, en algún retazo de tiempo, en lo que hubiera podido hacer si hubiese tenido un hombre de sangre y nervios en mi poder. ¡Y he aquí que el hombre se presentaba por sí mismo, acompañado de un paquete de billetes!

—Nunca he tenido la costumbre —dije, después de la fingida meditación— de regatear inútilmente, y por eso acepto su donación, pero ya comprende usted lo grande que es la responsabilidad de un alma acompañada de un cuerpo. Enséñeme un momento las condiciones del contrato.

Amico Dità me tendió un bonito protocolo, cubierto con una cartulina gris, y yo lo leí en pocos minutos. La donación estaba en regla. Con ella me convertía en dueño absoluto de los bienes y de la vida de Amico Dità, con la única condición de que yo le ordenara lo que tenía que hacer, a fin de que su existencia fuera heroica y novelesca. El contrato era válido por un año, pero podía ser renovado en el caso de que Amico Dità estuviera satisfecho de mi dirección.

Estampé sin titubear la fecha, la firma, y dejé en seguida a Amico Dità, prometiéndole para el día siguiente una carta y ordenándole, mientras tanto, que no me siguiera, sino que bebiera algo

alcohólico. En efecto, mientras yo salía, él pidió, con su acostumbrada sonrisa, uno de los más famosos licores del mundo.

2

Aquella noche no me metí en la cama con el negro aburrimiento de otras noches, tenía algo nuevo y grave en qué pensar y podía aceptar perfectamente una noche de insomnio. Un hombre se había convertido en algo mío, de mi entera propiedad, y podía guiarlo, empujarlo, lanzarlo por el sitio que quisiera: experimentar en él los efectos de emociones raras y las combinaciones de aventuras de nuevo estilo.

¿Qué podría ordenarle para el día siguiente? ¿Tenía que ordenarle que hiciera algo determinado, o bien convenía dejarlo a oscuras del todo y prepararle una sorpresa? Terminé por escoger una solución que unía los dos métodos. A la mañana siguiente le escribí que hasta nueva orden durmiera durante el día y pasara la noche fuera de casa, paseando por lugares solitarios. El mismo día fui a una agencia, alquilé por seis meses una pequeña casa solitaria en los alrededores de la ciudad y tomé a sueldo a dos jóvenes sin trabajo que estaban buscando la manera de ser albergados a costa de sus conciudadanos, por lo menos durante el invierno. Al cabo de cuatro días todo estaba dispuesto. La noche designada hice seguir a Amico Dità, el cual, al llegar a un lugar desierto, fue agredido delicadamente por mis ayudantes y conducido, vendado, según la tradición, a la casa que había preparado. Desgraciadamente, ningún guardia nos sorprendió durante la operación y no hubo ninguna denuncia de la desaparición de Amico Dità, de manera que me encontré ante la perspectiva de mantener durante muchos meses a dos hombres robustos que no se contentaban solamente con comer.

Lo peor era que no sabía qué hacer del hombre de mi propiedad. Había pensado, la misma noche de la donación, que un secuestro hubiera sido un excelente principio de vida rica en incidentes, pero no había pensado en la prosecución de la historia; sin embargo, también la vida de Amico Dità, como las novelas de los periódicos, tenía necesidad de una continuación inmediata.

A falta de cosa mejor, recurrí al viejo expediente de enviar a la casa en donde lo había encerrado una mujer que se le presentara siempre enmascarada y no le hablara nunca. No fue cosa fácil encontrarla, y, sobre todo, enseñarla, y no quiso empeñarse más que para un mes. Amico Dità, por fortuna, era un poco misógino y tenía más de cuarenta años, por eso no ocurrió nada de lo que hubiera podido ocurrir en otros casos. Al cabo de quince días vi que era preciso cambiar el juego; por medio de los mismos indeseables hice liberar a mi hombre y lo devolví a su casa.

Comencé a darme cuenta de que Amico Dità no se había comportado en absoluto como un hombre corriente, poniéndome a prueba de aquella manera. ¿Quién, si no, fuera de un espíritu original, hubiera podido imaginar una esclavitud tan engañosa?

Un espadachín conocido mío accedió a ayudarme en este difícil momento. Un día, mientras Amico Dità bebía tranquilamente un vaso de leche en un café de lujo, aquél se puso a su lado, lo miró mal, lo empujó, y, apenas el otro dijo algo en voz baja, le dio dos o tres bofetadas, sin calor, como si no quisiera hacerle demasiado daño. Amico Dità me pidió permiso para mandarle sus padrinos, y yo me apresuré a presentarle a dos amigos que lo obligaron, a regañadientes, a cruzar su espada con mi cómplice. Amico Dità no sabía esgrima, y, precisamente por eso, tirando a lo loco desde un principio, consiguió herir a su adversario bastante gravemente. Aproveché eso para hacerle comprender que era necesario su alejamiento de la ciudad, pero no quiso ni oír hablar de separarse de mí y prefirió que lo condenaran. Fue condenado a tres meses de cárcel.

Yo creía que durante ese tiempo me liberaría de mi propiedad, pero, pasados unos días, sentí fuertemente que mi primer deber era hacer huir a Amico Dità. La empresa parecía imposible, pero, no reparando en gastos, logré convencer a dos personas del desinterés de mi acto y, gracias a un rápido disfraz, Amico Dità pudo salir de la cárcel poco antes que el sol saliera. Esta vez no pudo menos que exilarse y yo tuve que dejar mi casa, mis ocupaciones, mi patria, para proteger su fuga.

Cuando estuvimos en Londres, me encontré hecho un gran lío. Al no hablar en absoluto inglés, en medio de aquella ciudad enorme y desconocida, era, más que antes, incapaz de proporcionar aventuras extraordinarias a mi hombre. Me vi obligado a dirigirme a un detective privado, que me dio algunos vagos consejos en un malísimo francés. Después de haber estudiado durante unos días un buen plano de Londres, conduje a Amico Dità a los barrios peor afamados, pero no nos ocurrió, con gran disgusto por mi parte, ninguna desgracia. Encontramos los acostumbrados marineros borrachos, las acostumbradas mujeres desmañadas y pintadas, los acostumbrados burdeles económicos y ruidosos, pero nadie nos molestó, acaso creyéndonos agentes de Policía, tanta era nuestra aparente seguridad al pasar por aquellos laberintos de callejas siniestras.

Pensé entonces en enviar a Amico Dità, solo, al norte de la isla, dándole únicamente veinte o treinta chelines, además del billete para el viaje. Como él tampoco sabía inglés, esperaba que le sucediera algo desagradable, o bien que no lograra regresar. Comenzaba ya a estar cansado de esta propiedad, para la que tenía que trabajar y sacrificarme, y esperaba con rabiosa nostalgia el momento de volver a mi buena ciudad llena de cafés y de vagabundos. Pero, al cabo de quince días, Amico Dità regresó a Londres en perfecta salud: en Edimburgo había encontrado, por casualidad, a un amigo italiano —un violonchelista emigrado desde hacía muchos años— que lo había tenido en su casa y lo había hecho divertirse durante todos aquellos días.

Pero no quise darme por vencido. Había encontrado en un periódico la dirección de una asociación de estudios psíquicos que buscaba nuevos socios y prometía apariciones auténticas y fantasmas parlantes. Ordené en seguida a Amico Dità que se inscribiera y que fuera allí todas las noches. Fue durante una semana y no vio nada: una mañana, sin embargo, vino y me dijo que hacía pocas horas había trabado conocimiento con un fantasma, pero que éste no le había parecido mucho mejor que los hombres vivos, es más, que se había comportado de manera estúpida, hasta el punto de sacarle el pañuelo del bolsillo y la silla de debajo, de tirarle de los pelos y de golpearle la espalda.

—En conclusión —me dijo—, hasta ahora no he encontrado nada verdaderamente extraordinario en todo lo que ha hecho usted por mí. Perdóneme si le hablo con franqueza, pero tiene que reconocer que en sus novelas demuestra una imaginación mejor y mayor. Piense por un momento: un rapto, una mujer enmascarada, un duelo, una fuga, ¡y un fantasma! No ha sabido encontrar cosa mejor que estos antiguos trucos de la novela francesa. En Hoffmann y en Poe hay cosas más terribles, y en Gaboriau y Ponson du Terrail, más complicadas. No comprendo, de verdad, la imprevista decadencia de su fantasía. Los primeros días comencé a hacer todo lo que usted hacía, esperando vivir así una vida extraña, pero pronto me di cuenta de que su vida era igual a la de muchos millones, y me imaginé que todo su genio estaba reservado para los personajes de sus novelas; pero ahora empiezo a dudar también de esto y, sintiéndolo mucho, me veo obligado a decirle que, si antes del cumplimiento del contrato no encuentra algo más fuerte, me veré obligado a buscarme otro dueño.

Mi dignidad me impidió responder a tanta ingratitud. Pensé que después de tantos meses, desde que había recibido en don a aquel hombre, no había sido dueño de mi vida y había tenido que dejar a medio hacer mis trabajos y abandonar mi país para afanarme en encontrar combinaciones novelescas y cómplices seguros. Desde el momento en que había entrado en posesión de la vida de Amico Dità había tenido que sacrificarle toda mi vida entera. Yo, su dueño, en el fondo me había convertido en su esclavo, en el empresario siempre alerta de su existencia personal. Era necesario encontrar algo más serio —como él había dicho— que lo que había imaginado hasta entonces, y algo que no requiriera ayuda de cómplices. Después de haberlo pensado con calma durante varios días, le escribí:

«Queridísimo Amico: Ya que es usted de mi propiedad, como consecuencia de un contrato en regla, tengo derecho sobre usted de vida y muerte. Por consiguiente, le ordeno encerrarse en su habitación, el sábado por la tarde, a las ocho, tenderse en la cama y tragar en seguida una de las pastillas que le mando junto con esta carta. A las ocho y medio tomará otra y a las nueve en punto la tercera. En caso de desobedecer esas órdenes, me declaro desde ahora absolutamente irresponsable por lo que respecta a los acontecimientos de su existencia.»

Sabía que Amico Dità no retrocedería ante la sospecha de la muerte. A pesar de su descontento, le importaba mucho ser un caballero leal y tenía un respeto exagerado a su firma y a su palabra; me proveí de un fuerte vomitivo y me preparé para ir a su casa poco antes de las nueve, es decir, antes que se hubiera tomado la última pildora, que le produciría, sin remisión, la muerte.

Para la noche del sábado había contratado un cab para las ocho en punto, ya que vivía en una pensión muy apartada de la de Amico Dità. El coche llegó con retraso, a las ocho y cuarto; yo intenté hacer comprender al cochero que tenía prisa. El caballo comenzó, en efecto, a correr con una especie de galope falso, pero al cabo de diez minutos cayó de mala manera en medio de la calle.

Como no era posible levantarlo en seguida, pagué al cochero y corrí a pie en busca de otro coche. Afortunadamente lo encontré en seguida y calculé que llegaría a las nueve en punto a casa de Amico Dità. Empezaba a estar un poco preocupado, porque la niebla era muy densa y hubieran bastado cinco minutos de retraso para procurar la muerte del desgraciado.

En cierto punto el coche se detuvo. Estábamos en la desembocadura de una gran calle llena de automóviles y de autobuses y un *policeman* hizo señas a mi cochero para que se detuviera. Bajé como un loco del *cab* y me acerqué al enorme *policeman* para darle a entender que tenía prisa y que se trataba de la vida de un hombre. Pero el guardia no me comprendió o no quiso comprenderme. Tuve que proseguir el camino a pie, pero por culpa de la niebla y de mi poco conocimiento de la ciudad me equivoqué de calle, y sólo después de diez minutos de fatigosa carrera me di cuenta de que iba en dirección contraria. Tuve que retroceder, corriendo siempre. Faltaban pocos minutos para las nueve e hice un esfuerzo inaudito para llegar a la hora precisa. Pero solamente a las nueve y siete minutos llamé a la puerta de la pensión. Apenas me abrieron me precipité a la habitación de Amico Dità. Mi hombre yacía tendido en la cama, sin americana, pálido e inmóvil como un cadáver. Lo sacudí, lo llamé, ausculté su corazón, su respiración. Era verdaderamente un cadáver: la cajita que le había mandado estaba vacía. Amico Dità había sido un hombre de palabra hasta el último momento. Había querido darle el estremecimiento de la muerte inminente y la sorpresa de la resurrección y le había dado la muerte, la muerte verdadera, ¡para siempre!

Me quedé toda la noche en su habitación, atontado por el dolor. A la mañana siguiente me encontraron con el muerto; pálido y silencioso como él. Requisaron todos los papeles y encontraron también mi última carta. El proceso fue rápido, porque yo renuncié a defenderme, y no di a conocer el acto de donación que llevaba conmigo. He estado algunos años en la cárcel, pero no me arrepiento de lo que hice. Amico Dità ha hecho mi vida más digna de ser contada y no puedo decir que haya realizado un mal negocio, aunque, durante el año que fue mío, gastara algo más de las mil libras esterlinas que me había dado.

EL PRISIONERO DE SÍ MISMO

1

El castigo no me parecía completo si no contaba a los demás, antes de morir, una parte de mi vida. Por inverosímil que pueda parecer a los hombres sanos, pienso que será leída con provecho por aquellos que no sienten repugnancia en estudiar el alma humana.

Cuando cometí el primer delito tenía poco menos de veinticuatro años y, sin embargo, mi habilidad para esconder actos y sentimientos me sorprendía a mí mismo. Mi mayor placer, desde niño, era hacer algo sin que los demás lo advirtieran. Se trataba, a lo primero, de cosas inocentes, que hubiera podido hacer perfectamente delante de todos sin miedo a reproches, pero mi gozo no consistía tanto en cometer aquellas acciones como en conseguir esconder que las había cometido. Con el pasar de los años, al crecer las fuerzas y el ingenio, las pequeñas cosas ya no bastaron, el riesgo era demasiado pequeño para excitar mi imaginación y me veía obligado a utilizar siempre expedientes que me parecían, a fuerza de costumbre, demasiado simples.

Me decidí, por tanto, a cometer un delito de manera que el asesino quedara desconocido para siempre. Rico y poco ambicioso, no tenía ningún motivo para robar o matar, y me vi obligado a escoger, como primera víctima, a un buen hombre que apenas conocía y que vivía a pocos pasos de mi casa. Durante muchos días estudié el modo mejor de realizar sin peligro la desagradable tarea. Previ toda casualidad, todo contratiempo, todo incidente; preparé con exacto cuidado mi coartada y los instrumentos de la ejecución. El día prefijado por mí, el hombre fue encontrado muerto en su habitación.

El delito alteró a toda la ciudad, porque nadie comprendió el motivo del homicidio ni el método empleado por el asesino para que no lo descubrieran. Nada se había tocado en la casa del muerto y faltaba todo indicio para buscar al culpable.

Animado por este feliz éxito, continué, de cuando en cuando —no más de cuatro o cinco al año—, cometiendo supresiones parecidas, bien calculadas. En algo más de dos años murieron misteriosamente por mi mano: dos niñas, un cura, un mozo borracho, tres jóvenes bien vestidos, de los que nunca supe el nombre ni la condición, una señora que alquilaba habitaciones, un antiguo profesor mío y un emigrante alemán. Para no despertar sospechas, simulaba ocuparme en historia del arte y hacía con frecuencia largos viajes por Italia y fuera. A mi casa, donde había recogido cuadros, estampas, mármoles y cacharros en cantidad, iban solamente un par de aficionados maniáticos y dos o tres jóvenes estudiosos. Actuaba, naturalmente, en ciudades diversas y con

medios diferentes. Rehuía los instrumentos vulgares, como el cuchillo y el revólver, y prefería maneras más refinadas o indirectas para procurar la muerte: asfixia, envenenamiento en pequeñas dosis, inoculación de enfermedades incurables o fulminantes, incendios, caídas en apariencia involuntarias, escapes de gas provocados, y cosas parecidas. Había adquirido en el manejo de estos medios tal habilidad que muchos asesinos de oficio me hubieran envidiado. Prescindiendo siempre de cómplices y guardándome bien de llevarme cualquier cosa que perteneciese a los muertos, aun cuando se tratara de ricos, nunca corrí el peligro de ser descubierto. No teniendo rencores ni pasiones que desahogar, ni anhelo de dinero, podía ejecutar con frialdad las empresas más complicadas, y nunca me dejé ganar por la tentación de actuar de improviso, aun cuando la ocasión pareciera favorable. Aunque eran grande el terror de mis conciudadanos y la obstinación de la Policía, nunca sucedió que fuera interrogado porque sospecharan de mí. Mi vida, un poco extravagante, de aficionado rico y vagabundo, me escondía enteramente. Me había vuelto infalible en el arte de simular. Para no ofrecer, ni siquiera de lejos, una señal de mi actividad delictiva, nunca quise leer ni las memorias de Canler y de otros célebres policías, ni las elogiadas aventuras de Sherlock Holmes y de sus imitadores, y ni siquiera el famoso libro de De Quincey, cuyo título —*El asesinato considerado como una de las bellas artes*— que atraía mucho.

2

Esta vida duró casi tres años, y estaba a punto de entrar en mi año veintisiete cuando cambió de repente mi doble existencia.

Un día me di cuenta de que no conseguía ver, de los hombres, otra cosa que los ojos. En las casas, en los cafés, por la calle, por todas partes, me sentía obligado a mirar a los ojos de aquellos que estaban o pasaban cerca de mí. Todos los seres humanos se convirtieron, para mí, en parejas de órbitas blancas y de pupilas curiosas. Ojos abiertos y redondos de gente buena y simple; ojos claros y serenos de jovencitas todavía no enamoradas; ojos negros, profundos y viciosos, que parecían esperar la noche; ojos celestes y velados de niños; ojos grises, pero apasionados, de hombres ya no jóvenes; ojos mortecinos e hinchados de noctámbulos; ojos falsos y ojerosos de mujeres; ojos entornados, casi expirantes entre los párpados, o rojos de llanto, o legañosos por la enfermedad; todos los ojos del mundo vi a mi alrededor, sobre mí, durante aquellos días. Me parecía que los cuerpos hubieran desaparecido y que en el mundo existieran solamente ojos, ojos grandes y duros, que se movieran aquí y allí para mirarme. Tenía la impresión de que todos aquellos ojos me espían para descubrir lo que hacía.

Compliqué el misterio y redoblé las precauciones, pero apenas salía de casa sentía encima de mí miradas de amenaza o de escarnio, como si todos hubieran visto mi vida secreta, y me parecía estar aún libre sólo para que aquellas infinitas pupilas pudieran gozar de mi terror.

Esta sensación, como pude persuadirme más tarde, no tenía fundamento de verdad, porque nadie demostró haber descubierto lo que había hecho y a nadie se le ocurrió vigilarme o acusarme.

Pero, desde aquel momento, martirizado por esa pesadilla, sentí una gran irritación contra mí mismo. Hasta entonces había cometido mis homicidios con fría calma y sin sombra de remordimiento, y sólo cuando el mundo estaba poblado, para mí, únicamente de ojos, sentí claramente que yo era un monstruo y que merecía un castigo. Por otra parte, después de mis primeros delitos tan bien conseguidos, el placer de esconder había disminuido mucho. Preparar un homicidio impune se había vuelto, para mí, tan fácil que todo riesgo había desaparecido y ahora ya sentía poco placer al leer en los periódicos las inútiles pesquisas de la Justicia. Ni siquiera el delito me divertía ya. ¿Qué podía hacer? No vale la pena afanarse para esconder todas las otras cosas.

Sólo una cosa *nueva* podía hacer: castigarme. Pero ¿cómo? Nunca tuve, ni por un momento, la intención de denunciarme. Mis coartadas estaban tan bien preparadas, todos los instrumentos y los documentos habían sido tan cuidadosamente destruidos, que no podía esperar persuadir en seguida ni a los hombres de la Policía ni a los jueces. Me hubieran tomado por loco y encerrado en un manicomio, donde no hubiera tenido bastante tranquilidad para una verdadera expiación.

Pensé que la pena tenía que ser tan escondida como la culpa y que debía ocultar el encarcelamiento como había ocultado los delitos. Yo mismo fui mi acusador, mi juez y mi defensor. Reviví uno a uno mis asesinatos y todas las circunstancias en que los había cometido; los cálculos, las premeditaciones, las otras circunstancias agravantes; mi dura crueldad, mi hipocresía monstruosa. Consideré los sufrimientos de los muertos, los llantos y el perjuicio de los supervivientes, la piedad y el miedo de los ciudadanos, las inútiles fatigas de los guardias, los gastos del Estado, y lo liquidé todo sin temblar. Me defendí cuanto pude con todos los sofismas aprendidos en Stendhal, Stirner, Nietzsche, Oscar Wilde y otros inmorales más oscuros, pero de nada valieron los subterfugios de mi intelecto contra el convencimiento de mi alma. Los ojos de los hombres habían despertado mi conciencia; había destruido varias vidas humanas y tenía que ser castigado sin piedad.

Cuando habló en mí el juez, reconocí en seguida que la muerte no sería pena suficiente. El suicidio es una pena demasiado rápida, y, por ello, poco dolorosa. Es más bien liberación que castigo. Sólo quedaba la completa separación de los hombres, para siempre o por largo tiempo.

Confieso que no tuve el valor de condenarme a cárcel perpetua. Después de alguna vacilación me condené a treinta años de perfecta segregación. Tenía entonces veintisiete años: hubiera podido volver al mundo, si la vida me hubiese durado, a los cincuenta y siete, próximo a la muerte.

Apenas pronunciada la condena, pensé en ejecutarla en seguida. Vendí lo que poseía en la ciudad y busqué en el campo una casa que se prestara a mi propósito. Después de varias semanas de búsqueda, tuve la suerte de poder comprar un caserón de feo aspecto, en el fondo de un valle solitario, que había sido, en la antigüedad, un castillo fronterizo. La única parte sólida que quedaba era una torre de piedra que servía de granero y, en lo más alto, de palomar. Adapté lo mejor que

pude la habitación más alta de la torre, hice construir una puerta maciza con cerraduras perfeccionadas, cerré la única ventana con una gruesa reja, hice subir una cama de hierro, una silla, una mesa, un jarro, una palangana, un espejo y cuatro libros. Cuando todo estuvo dispuesto, busqué un carcelero. Encontré un joven campesino, huérfano, no demasiado inteligente pero de fiar, al que asigné un salario que podía percibir sólo con mi firma, a condición de que viniera cada día a la torre a traerme agua y comida, y mantuviera escondida a todos mi existencia. Por otra parte, la casa estaba muy alejada de los caminos reales y de los pueblos, y mi carcelero fingió haberla alquilado para tener en ella el heno y los cereales.

Por la tarde un limpio día de abril, después de haber vagado por la campiña oliendo el aire y las flores, me encerré en mi cárcel voluntaria y entregué las llaves al campesino.

3

Desde el primer día sentí que había llegado a aquello que mi alma buscaba desde el nacimiento. Mi voluntad más constante había sido esconder mi vida, pero hasta entonces solamente había conseguido esconder *algunas* partes de ella: las más odiosas, ciertamente, pero pocas. Mucha parte de mi vida, la parte práctica, externa, animal, social, se había desarrollado ante los ojos de los demás y la mayor parte de mis actos había sido espectáculo cotidiano para los extraños. Cada uno de nosotros vive y es *contemplado* y, casi a cada momento, es *actor* para alguien: es entrevisto, visto, observado, espiado. Ahora, en cambio —¡finalmente!—, mi vida entera estaba escondida y en secreto. Para todos los hombres, con excepción de uno, yo estaba ausente, había desaparecido, era un desconocido, igual que un muerto. Seguía viviendo, pero como encerrado en un ataúd, en un sepulcro, bajo tierra, fuera de la tierra. Podría pensar, pero nadie sabría mis pensamientos; podría hablar, pero nadie escucharía mis palabras; podría actuar, pero nadie hubiera podido ver ni referir mis actos. Desde aquel día, durante treinta años, durante trescientos sesenta meses, durante casi once mil días, estaría separado de los hombres, sin ver una cara nueva, sin volver a oír una voz conocida, sin recibir un saludo de lejos, sin ocuparme de un asunto, sin saber qué sucedía en el mundo. Cuando volviera a comparecer entre los hombres nadie me reconocería; todos los que conocí estarían dispersos, habrían desaparecido, estarían sepultados, y yo no comprendería ya las palabras de los nuevos hombres, después de tantos años de alejamiento y de cambios.

Para el presente y el futuro mi vida sería, para los hombres, absolutamente desconocida. Tenía pocos parientes y lejanos: nadie se daría cuenta de mi desaparición. No tendría luz, no cantaría, no podría asomarme a la ventana: nadie descubriría mi cárcel solitaria. Confortado por esos pensamientos, pensaba sin temor en los largos años que tenía que pasar encerrado para obedecerme a mí mismo.

Los primeros días pasaron rápidamente. Alrededor de la casa había pastos pedregosos y poco apreciados y, más allá, arboledas espesas de robles y de hayas. Los únicos rumores eran —muy raramente— las esquilas de las ovejas y de las cabras, los cantos melancólicos de las cabreras y el soplo del viento entre los árboles. Sólo cuando soplaba la tramontana oía, mañana y tarde, los tañidos velados de una campana.

Los primeros tiempos estuvieron ocupados en el estudio de estos rumores. Pronto llegué a distinguir los timbres de los cencerros de los diversos rebaños que pacían allí cerca, las voces de las cabreras, la dirección y la fuerza del viento, según las respuestas de las hojas.

Desde la ventana sólo veía el cielo, el sol, las nubes y, alguna vez, la luna, pero apoyando la cara en la reja podía columbrar, muy lejos, un breve horizonte de campos solitarios.

Durante muchos meses seguí confusamente con la vista los momentos de la vida agreste: vi el verde tierno cambiarse en verde oscuro; luego, emblanquecer y aparecer en amarillo; después, reaparecer la estopa quemada, hacerse negras las vides, rojas las hojas, oscuros los surcos, despojarse toda la campiña, recubrirse de nieve y recomparcer, por fin, el verde suave de la primera. Pero el estudio más dulce era seguir las mutaciones y los viajes de las nubes, captar el ritmo del viento entre las ramas y de la lluvia sobre el tejado. Conocí todas las fases y los colores de la luna; observé todas las gradaciones de la luz solar; descubrí nuevos reflejos crepusculares y nuevos matices auróales. El pedacito de cielo y de tierra que podía contemplar era un mundo que empezaba a conocer en cada átomo e instante, como Dios. Los seres vivientes me parecían desaparecidos del mundo: algún pájaro que atravesaba mi cielo, una oveja lejana, las manchas blancas de los bueyes, la cara apática de mi campesino eran las únicas cosas animadas que veía.

En verano, mi cárcel era menos solitaria. Las moscas, los mosquitos y las avispas subieron hasta mi torre y me proporcionaron ocasión de largas y azarosas cacerías; las pulgas invadieron mi cama y su destrucción me ocupó durante muchas horas; un día, una luciérnaga gris subió hasta mi ventana y conseguí hacerla prisionera y tenerla conmigo durante casi dos meses. Dos arañas habían tejido sus telas entre las vigas del techo y me divertía observando sus emboscadas, sus pacientes viajes de tejedoras. Tuve también las estrepitosas visitas de las golondrinas, pero ninguna hizo el nido cerca de mí.

Durante el invierno, la soledad fue absoluta. En la habitación —no calentada y que yo no quería calentar— hacía frío y me veía obligado a quedarme en cama incluso durante el día. La mayor parte del tiempo dormitaba, pero durante las horas de vigilia —pocas, ¡tan largas!— no sabía hacer otra cosa que estudiar minuciosamente mi cárcel. Cuando la primavera volvió, conocía palmo a palmo las seis superficies que me encerraban. Cada nervadura de las vigas, cada hendidura de las viguetas, cada grieta de la pared, cada resquebrajadura de los ladrillos me eran tan conocidas que hubiera podido encontrarlas incluso a oscuras. Conté las baldosas del pavimento, los agujeros de los muros, los desconchones del techo, las manchas de herrumbre de las rejjas: seguí, día a día, las huellas del envejecimiento de lo que me rodeaba.

La rugosidad de la rejas, las manchas de humedad de las paredes, los arañazos de la puerta, las rajaduras de la jarra, los empañamientos del espejo, me absorbían días enteros.

Otras veces, en cambio, soñaba con los ojos abiertos: volvía a ver los momentos, los espectáculos de mis años de libertad; todos los rostros que había visto o entrevisto volvían a presentarse a mi memoria, uno a uno, todos con una sonrisa amable; me parecía volver a oír voces olvidadas desde hacía mucho tiempo; me acordaba, de repente, de un chiste insulso escuchado en el teatro, de una frase oscura oída al vuelo por la calle.

Durante muchos años casi nunca me sucedió que me acordara de mis delitos, y si el recuerdo se asomaba, conseguía rechazarlo sin trabajo. Mi sueño era vacío: no soñaba o no recordaba mis sueños. Pasaba largas horas contemplándome en el espejo. Algunas veces, a fuerza de contemplar mi imagen, me parecía que ya no era yo; olvidaba quién era y dónde estaba. Entonces empezaba a gritar, a llamarme y, finalmente, me reconocía. Con el espejo pude seguir, mes a mes, año a año, mi rápida decadencia. Cada día hacía un examen atento de mi aspecto, de mi delgadez, de los pliegues de mi piel, del color de mis cabellos, y pude asistir, grado a grado, a la descomposición de mi cuerpo.

Así pasaron muchos años sin que yo sintiera, ni siquiera por un momento, el deseo de la libertad. El verdadero enojo de la segregación empezó solamente al cabo de trece años. Todo aquello que podía observar y estudiar a mi alrededor me era ya conocido, familiar hasta la náusea. Había leído y releído muchas veces los cuatro libros que había llevado conmigo —o sean, *Las mil y una noches*, el *Gil Blas*, un tratado de química y la historia de Port Royal, de Sainte-Beuve—, tanto, que me los había aprendido de memoria desde la primera a la última palabra, y hubiera podido recitarlos empezando por cualquier página. Había explicado y comentado para mí, dentro de cada cuento, cada frase, cada fórmula. Había reescrito más de una vez, en mi cabeza, las mismas aventuras y las mismas teorías; había imaginado continuaciones, ideado modificaciones, recogido posibles glosas e hipotéticos comentarios.

Mi alimento —por deseo mío— era simple: pan y fruta. Al no hacer ningún trabajo ni ningún esfuerzo muscular, no tenía necesidad de comer mucho, pero la extrema sobriedad me hacía caer, con más frecuencia de lo que yo deseara, en una especie de éxtasis de cansancio, en que mi cerebro, liberado, perdía la exacta intuición del mundo y me conducía lejos, a zonas y esferas de existencias completamente nuevas para mí.

En uno de esos duermevelas empecé a sentir que no estaba solo. No oía voces ni veía fantasmas, y, sin embargo, estaba segurísimo de que alguien se encontraba cerca de mi cama y se divertía contemplándome vivir. No se trataba de alucinaciones exteriores. En todo eso no había nada de concreto, de material, de *real*. Estaba seguro de que alguien se encontraba conmigo y pensaba cerca de mi pensamiento. No sentía ni siquiera un suspiro, no descubría ni tan sólo una sombra; pero escuchaba los pensamientos de mis compañeros y alguna vez mi alma contestaba, titubeando, a las almas desconocidas.

Durante los primeros tiempos esas apariciones invisibles acaecían solamente cuando estaba hundido en el amodorramiento del cansancio, pero, al cabo de dos años, se hicieron contantes y tuve siempre, en cualquier momento, algún compañero en mi habitación. Los que venían con más frecuencia eran mis víctimas. Una tras otra las sentía acercarse a mí, mirarme sin odio. Cada una de ellas me contó, sin hablar, su historia, me describió su vida, especialmente las sensaciones que precedieron a su muerte. Me confesaron que al quitarles la vida no había hecho aquel mal que los que se habían quedado creían.

Algunos estaban ya cansados o desesperados en el momento en que los había asesinado; otros reconocieron que el resto de su vida —*ahora lo sabían*— hubiera sido peor que la tranquilidad de los cementerios.

Esos coloquios me hacían bien: empezaba a recordar mi existencia pasada sin espanto. Durante todo un año procuré reconstruir las teorías sobre la felicidad de la vida y llegué a creerme un generoso filántropo que había arriesgado la libertad para salvar a algunas almas del sufrimiento, y se había castigado injustamente cediendo a un estúpido remordimiento. Pero las dudas volvían a asaltarme sin reposo. Las teorías sobre el dolor de la vida y el mal del mundo tenía necesidad, para aparecer del todo ciertas, de estar apoyadas en un sistema que abarcara toda la realidad. Pasé un año repensando metafísicas de todo tipo, intentando volver a aferrar con el pensamiento las que ya conocía a inventar otras nuevas. Pero este estéril ejercicio me agotó la mente para mucho tiempo.

Empecé a sufrir angustias, espasmos, desvanecimientos; mi cerebro se oscurecía durante días enteros. Viví muchos meses como un loco, gritando día y noche palabras sin significado, arañándome la cara, retorciéndome las manos.

De repente me despertaba lleno de melancolía, con las uñas ensangrentadas, los miembros doloridos, y en mi cabeza volvían a arremolinarse las fantasías más absurdas.

En aquellos momentos sentía una inquieta necesidad de huir: me debatía entre los cuatro muros como una bestia furiosa, aullaba en la ventana para que alguien viniera a liberarme; mordía las barras de la reja y, cuando venía el campesino a traerme el pan, caía de rodillas llorando y le pedía que me llevara con él. Pero éste no se conmovió nunca: antes de encerrarme había fijado claramente las condiciones y sabía que si me hubiese liberado habría perdido el salario y acaso la vida.

4

Así transcurrió más de veinte años en mi cárcel lejana y solitaria, sin que ningún acontecimiento viniera a cambiar mi vida. Una vez o dos el campesino estuvo dos días seguidos sin venir, porque estaba enfermo; las voces de las cabreras cambiaban cada tres o cuatro años; una vez oí voces de

hombres bajo mi torre; una noche mi habitación se aclaró por el fuego que se había declarado en un bosque cercano: estos fueron, para mí, los hechos más importantes de todo aquel tiempo.

Había llegado ya cerca de los cincuenta años y no sabía cómo llenar mi vida. Conocía átomo a átomo todo lo que me rodeaba; había pensado, imaginado, soñado y llorado durante años enteros. Estaba cansado de los compañeros invisibles que con demasiada frecuencia me tomaban a broma y me trataban como a un niño.

Los tres años que siguieron a los primeros veinte fueron los más singulares de mi vida. Pasaba casi todo el tiempo tendido en la cama, sumido en un constante sopor que no era vigilia, ni sueño, ni ensueño. Durante el día ya no distinguía nada; me parecía solamente que una luz intensa, blanca, cegadora, cubría, como una niebla luminosa, todo cuanto existía. Cuando el campesino venía, yo tenía que agarrar a tientas el pan que me tendía, y apenas me lo había comido volvía a apoyar mi pesada cabeza sobre la almohada, y mi boca estaba amarga y seca como al día siguiente de las malas borracheras.

Por la noche desaparecía la luz, pero era peor: tenía la sensación de estar absolutamente solo, no solamente solo en mi habitación, sino solo en el universo, en medio de la nada. Me parecía que las paredes, los campos, las ciudades, hubieran desaparecido para siempre; que toda la tierra se disolviera, que el sol y las estrellas se apagarán, que todo rumor callara y que solamente yo, tranquilo y eterno, me quedara solo, literalmente único en medio del vacío infinito. Luego, poco a poco, el mundo se iba rehaciendo y reconstruyendo a mi alrededor: primero la habitación, luego el campo, luego el sol, después la tierra, pero apenas llegaba el día me sentía sumido de nuevo en una luz ardiente, más allá de la cual me imaginaba el mundo atroz, duro, peligroso.

Esta horrible existencia cesó, sin culpa por mi parte, al principio del vigesimocuarto año de cárcel. El campesino no vino durante dos días seguidos, pero, como no era la primera vez, no hice caso. Tenía siempre, por otra parte, suficiente fruta guardada para no morir de hambre. A la mañana del tercer día oí abrir la puerta de fuera y subir la escalera, y me di cuenta en seguida de que no era el paso acostumbrado. Cuando la puerta de mi habitación se abrió, después de muchas tentativas, vi delante de mí a una pobre mujer de unos cuarenta años, que me miraba con miedo y no sabía qué decir. ¡Era el segundo rostro humano que veía de cerca después de veintitrés años! La enorme novedad del acontecimiento me devolvió un poco de lucidez y pregunté a la mujer quién era y qué quería. Después de grandes esfuerzos, conseguí comprender que era la mujer del campesino carcelero y que éste había enloquecido casi de repente, pero había encomendado varias veces, antes que se lo llevarán, que vinieran a liberarme, porque él era la causa de todo y un hombre sufría por su culpa. Había dado noticias detalladísimas del lugar donde me encontraba y de mi extraña vida, pero nadie lo quería creer. Finalmente, su mujer, un poco por curiosidad y un poco por cargo de conciencia, había venido a ver y me había encontrado.

La libertad se me ofrecía, después de tantos años, sin que yo la buscara ya. Por otra parte, ¿qué hacer? Ahora, ya el secreto estaba descubierto y no me hubieran dejado tranquilo. Acaso la Justicia hubiera querido ocuparse de mí, y era mejor huir antes que llegaran los curiosos. Rogué a la mujer

que hiciera venir un coche hasta la torre: al día siguiente me hice llevar a la ciudad más próxima, y de allí regresé a mi patria.

Y ahora, desde hace más de un año, estoy aquí, en la ciudad que me ha visto nacer y de la que salí, todavía joven, para enterrarme hasta la vejez. Cuanto veo me cansa; muchas cosas no las reconozco, otras son completamente nuevas para mí. Me parece amar a los hombres como un niño ama a su madre reencontrada y, sin embargo, nadie me quiere a su lado. Mi extraño aspecto, mi ignorancia de la vida presente, la inexplicable torpeza de mis movimientos, la lentitud de mis ideas, la imposibilidad de encontrar a esta edad nuevos amigos, me hacen estar solo en medio de millones de hombres, como en mi torre. He probado, alguna vez, a detener por la calle a un joven para contarle mi historia, pero todos sienten repugnancia hacia mí y me tienen por un enfermo fastidioso salido, de repente, de lo desconocido. Mi casa ha sido destruida para hacer sitio a una calle más ancha. Mi nombre ha desaparecido de los registros municipales y del recuerdo de los hombres. Yo no soy nada para los demás y casi nada para mí mismo. Desde que he vuelto entre los demás, no respiro bien; mi pecho está oprimido por el aire pesado, todo cuanto me rodea me parece lleno de polvo. No consigo apasionarme, y recuerdo solamente, casi con deseo, los cantos lentos y tristes de las cabreras lejanas.

No sé cuánto tiempo me quedaré aquí; no sé adonde iré. La muerte se acerca, pero no quisiera morir. Tengo miedo, después, de encontrar de nuevo a *mis* muertos y tener que reanudar con ellos, otra vez, mi vida.

Las almas permutadas

1

Tanto Uno como Otro eran sanos y tenían unos treinta años. Habían comido en las mismas tabernas, se habían sentado juntos en los conciertos y se habían prestado libros. Muchas veces Uno había ofrecido cigarros a Otro y éste había aceptado, pasándole, a cambio, la última revista que tenía en el bolsillo.

Pero, si no me equivoco, sus relaciones no habían sido nunca más íntimas que esto, y si alguna vez se habían estrechado la mano, Uno sentía, a través de los guantes de piel afelpada, que los blandos dedos de Otro no se entretenían con excesiva cordialidad.

Y sin embargo, Uno y Otro no se parecían a nadie de aquellos entre los que vivían, aunque tampoco se parecían entre ellos, y no me asombraría en absoluto que detrás de su silencio nacieran pensamientos bien curiosos. Pero los hombres extraños son tan corrientes que ahora ya no nos preocupamos de ellos.

Lo que supe después conmovió mi indiferencia. Parece ser que un día, mientras paseaban juntos después de la comida, Uno dijo a Otro:

—¿Estaría dispuesto a hacer conmigo un cambio importante?

(Esto fue dicho sin ninguna preparación. Entre ellos nunca habían hablado de asuntos personales.)

—Haría con gusto cualquier cambio, con tal que no perdiera demasiado —respondió Otro.

—El cambio que le propongo no se puede calcular. No podemos saber anticipadamente quién pierde o gana.

—Mejor. No busco el riesgo, pero tampoco lo rehuyo.

—Me temo que no crea posible el cambio que quiero proponerle.

—No es necesario que yo lo crea posible antes. Si lo puede llevar a cabo, creeré en él de todas maneras.

—¿Me promete, si lo rechaza, que no dirá nada a nadie?

—Le prometo todo, con tal de saber en seguida de qué se trata.

—Yo quería proponerle que permutáramos nuestras almas.

Otro sonrió y se detuvo. No se apresuró a responder, porque no quiso demostrar que la imprevista propuesta lo había asombrado demasiado. (Verdaderamente, cuesta creer que tal diálogo haya sucedido en el paseo de una gran ciudad.)

Uno tuvo que detenerse y, después de haber tenido el valor de arriesgarse a hacer la propuesta, no tuvo fuerzas para sonreír como Otro. Pero éste lo sacó en seguida del embarazo, diciendo:

—¿Por qué no? ¿Cree usted verdaderamente que es posible?

Otro, precisamente porque era un escéptico, prefería los pensamientos que nadie había pensado. Uno, enardecido, se entregó a exponer una teoría sobre las almas, sosteniendo, con mucho empeño, que en todo el mundo *sólo hay una persona*, que esta persona tiene muchas almas, innumerables almas contemporáneas, y que esas almas, para distinguirse, se crean cada una un cuerpo recogiendo la materia.

...Pero Otro no podía sufrir la metafísica.

—¡Basta, basta! —exclamó en lo mejor de la demostración—. Todo eso es perfectamente inútil para nuestra finalidad. A mí me importa saber si este cambio se puede hacer de verdad, de manera rápida y no dolo-rosa. Todo lo demás, perdóneme, es música celestial.

—¡Sea! —asintió Uno—. Veo que es usted un hombre práctico, y esto me agrada, porque yo no lo soy. Pero le diré que el problema de la sustitución de las almas es tan soluble que ya ha sido resuelto. Yo, que hablo, ya no tengo el alma con la que nací. Hace algunos años la cambié con la de un poeta que no conseguía ganar lo bastante con su alma de vagabundo, mientras yo puedo vivir de rentas. Como ve, soy un experto en estas permutas. ¿Acepta o no acepta?

—Ya le he dicho que no soy en absoluto contrario. Permítame solamente que le pida dos condiciones: ante todo, estaremos juntos por lo menos un mes, hablando mucho de nosotros mismos, para conocer mejor las respectivas almas. Por otra parte, si al cabo de un tiempo uno de nosotros ya no quisiera la nueva alma, queda entendido que nos restituiremos las que ahora poseemos.

¿Cómo podía Uno negar dos peticiones tan razonables? Así empezó, a partir de aquel día húmedo y oscuro de enero, el mes de hermandad de Uno y de Otro.

Los dos tenían mucho interés en hacerse bellos, en engañarse, en esconderse, en inventarse. Uno deseaba ardientemente hacer el cambio porque su alma de poeta no le permitía procurarse una vida tranquila y cómoda. Otro estaba estimulado por la curiosidad, por el inquieto deseo de lo nuevo.

Los dos se encontraban, por ello, en esta extraña condición: que cada uno tenía necesidad de despertar el deseo del otro y, para hacerlo, cada uno tenía que adivinar los gustos del otro; pero, por otra parte, cada uno de ellos, para presentarse de la manera más atractiva, se veía obligado a esconder algunos aspectos personales menos visibles y por ello, probablemente, más profundos. Para quien no comprenda estas sutilezas, diré, en dos palabras, que cada uno, para engañar bien, hubiera tenido necesidad de la sinceridad del otro, y que la sinceridad de uno hubiera bastado para convencer al otro de que no valía la pena de engañarlo.

Para explicarme mejor diré que Uno —el poeta— intentó mostrarse más práctico y que Otro —el práctico— se ingenió para parecer más poeta, y que Uno intentó persuadir a Otro de que solamente los poetas pueden poseer profundamente el mundo verdadero, y que Otro dio a entender a Uno que solamente los hombres prácticos pueden apoderarse del mundo concreto, el único existente.

Por otra parte, Uno hizo todo lo posible para hacer creer a Otro que también los poetas saben hacer cuentas y, en ciertos casos, incluso ganar, y Otro se dejó arrastrar a decir que también las personas prácticas tienen afán de fantasía y ráfagas de imaginación.

—Pero si todo esto es verdad, ¿por qué quiere cambiar? —preguntó Otro.

—¡Para probar, para conocer, para tener nuevas experiencias!

Verdaderamente, nunca he sabido con exactitud de qué hablaron Uno y Otro durante el mes que estuvieron juntos, pero no hace falta mucho para adivinarlo. Se contaron su vida acomodada y transfigurada, según los supuestos gustos del oyente; se hicieron todas las confidencias que no podían comprometerlos; atenuaron algunas aventuras muy graves, hasta el punto de transformarlas en pequeñas anécdotas, mientras se aprovechaban de algún hecho verdadero de poca monta para agigantarlo y hacer con él un capítulo de Plutarco o de Casanova.

Durante aquel tiempo, por deseo de Otro, vivieron juntos, en la misma habitación, sin separarse nunca ni para comer, ni para pasear, ni para dormir. Suprimieron las visitas, olvidaron los conocidos, omitieron los asuntos. Discutieron y prepararon toda la parte práctica del asunto, y cuando llegó el gran día del cambio, sólo faltaba la definitiva voluntad de los dos amigos.

La voluntad no faltaba ni a Uno ni a Otro, y, durante la noche que precedió al día treinta y uno de convivencia, la transmisión de las almas se llevó a cabo sin ninguna dificultad.

Parece ser que la operación tuvo lugar durante el sueño, es decir, en el momento en que las almas, según una vieja teoría todavía no desmentida, dejan el cuerpo y van por su cuenta en busca de aventuras que poder contar al despertar.

Cuando la mañana estuvo cerca, el alma de Uno entró en el cuerpo de Otro y la de Otro en el cuerpo de Uno. Ninguno de los dos experimentó el más pequeño sufrimiento. Cada uno se despertó con el alma deseada, con el alma nueva y, cuando notaron que todo estaba hecho, se abrazaron conmovidos, en silencio. Desde aquel día empezó para Uno la tercera vida, y para Otro, la segunda vida de este mundo.

3

Cada uno de ellos, con la nueva alma, se fue por caminos diversos. En el fondo, nada había cambiado entre ellos, porque las dos almas, aunque hubieran cambiado el cuerpo, eran las mismas; sin embargo, sintieron en seguida la necesidad de alejarse, como si experimentaran una imprevista repulsión después de la íntima amistad de los días pasados. ¿Quién no comprende en seguida la razón? *El alma lo contiene todo*, incluso el recuerdo del pasado, incluso aquello que más se esconde a los otros.

Cada uno de nosotros —con excepción del santo— es muy indulgente para consigo mismo. Intentamos no recordar las vilezas, las debilidades, las infamias cometidas; esconder y negar lo feo de nuestro carácter y, a fuerza de querer olvidar y esconder, se termina por creer que nuestra alma es pura y nuestro pasado está limpio.

Imagínense, pues, que entre en ustedes, de repente, el alma de otro. En seguida, después de una primera exploración, sentirán el mal olor de los vicios escondidos, descubrirán los rincones oscuros y se maravillarán de la cantidad de imbecilidad y de vileza que puede contener el alma de un caballero inteligente. El otro, naturalmente, hará el mismo descubrimiento en el alma que le han dado y tendrá razones de horror semejantes.

Así sucedió a Uno y a Otro: en ellos el desprecio se convirtió en odio, porque cada uno descubrió en el alma que había recibido lo que esta alma había pensado de la otra antes de pasar al nuevo cuerpo.

Uno descubrió en la memoria de Otro que éste lo había considerado como un vago vanidoso, ligero y sabihondo; Otro encontró en la memoria de Uno que éste lo tenía, antes del cambio, por un ser burdo, estrecho y orgulloso. Aunque las almas habían sido permutadas, el amor propio retrospectivo sufría y cada uno pensaba: «¡Qué alma tan terrible me ha tocado!»

4

Vivieron bastante tiempo alejados y cada uno buscó improvisar una nueva vida. Cada cuerpo, como consecuencia del cambio de habitante, tuvo que cambiar de costumbres y actividades. Otro, convertido en poeta, se fue a la montaña y se divirtió vagando por los campos. Uno se retiró a París y frecuentó la Bolsa. Así pasaron dos años, pero al cabo de este tiempo, a Uno lo asaltó una gran nostalgia de su alma pasada, de la que sabía algo a través de los recuerdos del alma de Otro, que ahora tenía dentro de sí, y volvió a la ciudad donde tuvo lugar el intercambio para solicitar la restitución.

Otro, en cambio, era muy feliz y había acabado por adaptarse perfectamente a su nueva alma. El alma del poeta se había vuelto verdaderamente suya. Todo lo feo estaba cubierto por la ceniza del tiempo y por las frondas de la vanidad, y Otro gozaba de los árboles, del cielo, de las aguas y de las palabras como un extático.

Es más, le había llegado una fortuna: se había enamorado de una mujer que estaba enamorada de él. Desde hacía algunos meses vivían juntos, en una casa rodeada de arroyos y de pájaros, y Otro recordaba con desagrado lo que había sido antes, cómo se había visto mientras su alma actual estaba en el cuerpo de Uno. Pero éste consiguió pronto encontrar el refugio de Otro y se presentó con bruscas maneras para pedirle el alma que le había dado; el alma que había sido suya. Los dos hombres, encerrados en un cuarto, gritaron toda una mañana sin ningún provecho. Otro no quería en absoluto restituir el alma con la que se encontraba tan bien en el mundo, y sostenía su derecho sin ninguna piedad. Hablaba a grandes voces, sin pensar que su mujer podía oírlos y, tal vez, dejar de amarlo al descubrir que aquella alma que la había enamorado no era la verdadera alma del amado. En efecto, la mujer escuchó durante mucho tiempo a la puerta, pero, como los dos gritaban a la vez sobre un intercambio tan extraño que a nadie podía ocurrírsele fácilmente, no entendió nada.

Cuando Uno salió, al fin, cerrando furiosamente la puerta, la amante se precipitó dentro del cuarto y encontró a Otro sudando, con la cara enrojecida y malhumorado.

—Se trata de un viejo acreedor —dijo, respondiendo a la pregunta de los ojos—, pero de un acreedor que no tiene ningún derecho a reclamar lo suyo.

No quiso decirle más. Comprendía que la confesión hubiera puesto en peligro su amor. La mujer amaba, sobre todo, su espíritu, su carácter, sus sueños, y por eso seguramente hubiera amado lo mismo aunque el alma hubiese vuelto a otro cuerpo, pero el pobre Otro amaba también con su cuerpo y no quería que el cuerpo de ella se le escapara.

Uno estaba fuera de sí por la rabia y, sin pensar en lo que hacía, fue a ver a un abogado y le expuso con gran calor su caso. El abogado, no pudiendo refrenar su elocuencia de ninguna manera, dejó que se desahogara, pero, apenas hubo terminado, le dijo:

—Querido señor, su asunto es muy interesante, pero creo que lo han dirigido mal. A usted le hace falta un médico y no un jurista.

Uno no se desanimó y expuso de nuevo su caso a un segundo abogado. Éste lo tomó más en serio y le dijo claramente que en el Código no había ningún artículo que hiciera referencia a una permuta tan extraordinaria, que faltaban los documentos del intercambio y que, por otra parte, él mismo reconocía que la retrocesión debía admitirse de común acuerdo, lo que, evidentemente, era imposible.

Uno pensó entonces en prescindir de los abogados, defenderse por sí mismo y denunciar el caso ante un tribunal. Encontró, por fortuna, a un juez inteligente, el cual, en lugar de hacer encerrar al pobre Uno en un manicomio, llamó a los dos contendientes para saber la verdad y, en su caso, ponerlos de acuerdo. Pero Otro sostuvo su tesis, jurídicamente legítima, de que el contrato había sido hecho contando solamente en la buena fe recíproca, y que el querellante reconocía que no se podía volver atrás más que en caso de perfecto acuerdo.

—Este acuerdo —decía— no existe y no puede existir, porque yo me encuentro bien con el alma que poseo y no quiero, en absoluto, volver a tener la antigua. La proposición del intercambio no ha salido de mí, sino de él, y es justo que sea él quien sufra las consecuencias del riesgo que ha buscado.

Uno lloraba silenciosamente y no sabía qué contestar. Se arrojó a los pies de Otro, rogó, suplicó, improvisó las más patéticas imploraciones que un hombre pueda dirigir a otro hombre, pero de nada le valió. Otro estaba demasiado apegado a su alma y a su mujer.

Uno salió de la casa del juez todo blanco, descorazonado, humillado; se encerró en un hotel y no salió de casa durante dos meses. Finalmente, una tarde —era en febrero— pensó que un poco de música le haría bien y quiso ir al teatro. Nevaba y Uno no iba bien tapado. A la mañana siguiente no se levantó de la cama, estuvo muy mal durante una semana, lo trasladaron a un hospital y sintió que la muerte se acercaba. Su cuerpo no había podido adaptarse nunca a la nueva alma.

Pero, antes de morir, pensó en la venganza. Recordó que el alma que él deseaba tan ardientemente volver a tener no había sido suya desde el nacimiento. La había obtenido, en cambio, de un pobre poeta, que, una vez librado de su incómodo espíritu, había podido llegar a ser un gran terrateniente. Uno sabía dónde vivía y le escribió una larga carta explicándoselo todo. La carta terminaba así:

«Ahora que ha hecho fortuna, podría permitirse, creo, volver a tomar el alma que me cedió en la juventud. Entonces le impedía ser rico, pero hoy le serviría para gozar más notablemente sus riquezas. Vaya a casa de aquel a quien, en un momento de loca curiosidad, la cedió y no le dé paz hasta que se la devuelva. Usted será feliz, y, además, vengará a este infeliz bienhechor suyo.»

Al cabo de dos días éste corrió al hospital, y llegó a tiempo de obtener todas las noticias que le hacían falta para recuperar su alma nativa. Poco después Uno moría, y el propietario —el verdadero propietario— se puso en acción para vengarlo. Fue a ver a Otro y le dijo resueltamente:

—O me devuelve mi alma o se lo cuento todo a su mujer. Para mañana tengo necesidad de una respuesta.

El medio elegido era demasiado brusco. ¿Qué le importaba a Otro tener un cuerpo si el alma se iba, si la mujer no le amaría ya? De todas maneras, perdería lo mejor de sí mismo y de su vida. Y entonces se oyó, en el silencio de la casa campestre, el acostumbrado disparo de arma de fuego que termina tan bien con todas las situaciones embrolladas.

Cuando a la mañana siguiente llegó el propietario para la respuesta, encontró a un cuerpo vivo que sollozaba sobre un cuerpo muerto: el sabio señor vio que no merecía la pena hacer revelaciones.

QUIEN ME AMA, MUERE

1

Todos los que me hablaron de Gherardo Solingo antes que yo lo conociera me dijeron las mismas cosas. Me lo imaginé, a través de las palabras de mis insulsos informadores, como una bestia inquieta, escapada de su dueño, rabiosa contra sí misma y contra todos, enemiga de la faz de los hombres. Me reí un poco, y un poco lo desprecié. ¿Quién era ese misántropo melindroso que quería rehacer, bajo los ojos de los campesinos, la altiva vida de Timón?

Yo estaba precisamente en lo más alto del cerro pedregoso, y desde allí veía su casa, al fondo del valle duro y boscoso, al final del prado que bajaba hacia el río; en el prado que era suyo. Lo veía, por la tarde, salir de su casa, sin levantar los ojos, y verter una caldera de papas hervidas a un cerdo que hozaba siempre allí cerca. Más tarde volvía con otro caldero de bazofia y, mientras el puerco gruñía de alegría, su solitario dueño contemplaba el cielo o daba unos pasos por la hierba; luego, algunas veces, se paraba de repente, estaba quieto durante algunos minutos, levantaba los ojos al cielo y en seguida, casi como por miedo, volvía a bajarlos y regresaba a casa: al cabo de un rato se veía el resplandor de la luz en las ventanas y con frecuencia esta luz duraba toda la noche.

El lugar donde vivía aquel hombre solo era feo, ahogado entre los montes, apartado, poco fértil. Y, sin embargo, estaba allí desde hacía tres o cuatro años y, siempre con rabia y desprecio, recibía poquísimas cartas (casi siempre certificadas), y no iba nunca ni a las ferias ni a la iglesia. Parecía que hiciera las cosas a propósito para que lo tomaran por el héroe de una novela tenebrosa. Y, sin embargo, en veinte millas a la redonda sólo había campesinos y éstos no hubieran podido contentar —si hubiese sido un payaso posador— su vanidad de hombre voluntariamente extraño. Por eso me persuadí, poco a poco, de que su retiro no debía de ser charlatanesco, sino efecto de una seria resolución y de algún caso extraordinario no simulado.

A fuerza de pensar en él y en las razones de su vida escondida, fui tomándole afecto. Decir afecto acaso es demasiado, pero sí había nacido una media simpatía. ¿Por qué? Quien me conoce me entenderá en seguida.

El hecho es que no solamente lo espiaba por la tarde, sino también por la mañana. En cuanto el sol se elevaba un palmo sobre la montaña de Oriente, iba a la roca más elevada de mi cerro, me sentaba sobre la piedra desnuda, miraba hacia abajo, hacia el prado y la casa todavía en la oscuridad. El solitario salía, un poco más tarde, y llevaba de comer a su cerdo, única bestia que tenía consigo. Luego se tendía en el prado y leía. Cuando el sol tocaba allá abajo, se levantaba y volvía a la casa.

Pasaba algunos momentos, y una nube de humo azul salía de la chimenea, y luego nada más durante todo el día.

Si, como otras veces, hubiera estado atraído y agarrado por algún trabajo verdaderamente mío, no me hubiese preocupado por aquel vulgar ermitaño. Pero en aquel verano ocioso, en aquel cerro estéril, lejos de los hombres y de las mujeres que amaba, la curiosidad me persiguió y me venció. Comencé a bajar del cerro, a atravesar el río, a pasar junto a la casa, a sentarme cerca del río bajo su vista. Llevaba un libro o un fusil para tener aspecto de hacer algo, canturreaba para que me oyera; buscaba que los campesinos me hablaran del rabioso dueño del cerdo. Me parecía que había vuelto a mis quince años, a los tiempos de mis primeros amores de lejos. Y no se trataba de una muchacha, sino de un hombre de cuarenta años, bajo y moreno, con la barba larga y los ojos oscuros.

Lo había visto bien y de cerca. Las primeras veces fingió no verme y se encerró en su casa cuando yo atravesaba el prado. Un día, al verme venir, se puso a refunfuñar y a dar bufidos y me cerró la puerta en las narices, con gran estrépito. Otra vez, como yo vagara el prado intentando saber lo que hacía en casa, salió con la cara toda roja y cuando estuvo cerca de mí gritó:

—¿Qué quiere? ¡Esto es mío!

Sus labios temblaban entre su barba crespa. Me fui sin contestarle, un poco turbado.

Aquel mismo día le escribí una carta afectuosa y se la mandé por una cabrera. Le decía que sentía haber turbado su soledad, pero que su vida, un poco parecida a la mía, me hacía pensar siempre en él; que yo intentaba imaginarme la desgracia que lo había llevado allí y que sentía nacer en mí una profunda simpatía hacia él, una espontánea simpatía para quien había, como yo, dejado la ciudad y vivía en compañía de las plantas y de las bestias.

Era una carta ingenua e intempestiva, como tantas otras de las que me he arrepentido, pero sincera. Después de habérsela enviado me avergoncé un poco de ella, pero pienso que si no la hubiera escrito y mandado, a esta hora, acaso, sería tierra de cementerio.

La misma noche, en efecto, un hombre vino a mi casa a traerme una carta del parte del solitario. Rasgué el sobre con furia y leí:

«Distinguido señor: Sin saberlo está usted en peligro de muerte. Si quiere salvarse, venga a verme mañana, después de mediodía.

GHERARDO SOLINGO.»

Digo la verdad: en mi vida me he encontrado en casos inverosímiles y he buscado siempre acercarme a los hombres que fueran, de un modo o de otro, diferentes de todos; sin embargo, aquellas pocas palabras del solitario me mantuvieron despierto durante toda la noche. ¿Qué peligro corría? ¿Por qué tenía que morir? ¿Era una amenaza? Pero no de él, porque él mismo se ofrecía a salvarme. ¿Y de qué parte venía el peligro? ¿Y cómo podía saberlo él, que no hablaba con nadie? ¿Y por qué me advertía él, que demostraba no amar a nadie?

Durante toda la noche imaginé cien preguntas distintas y mil respuestas posibles, y no adiviné nada. Pensé en una celada, en una burla, en la locura, en todo; y no pensé en la verdad.

Me levanté antes que se hiciera de día. Salí fuera para esperar el sol, intenté olvidarme de todo para vencer mi impaciencia. Pero todo fue inútil. Estaba como con fiebre. No podía quedarme quieto, miraba la hora a cada momento, y acompañé con ansiosas miradas la lenta subida del sol a lo más alto del cielo. Finalmente sonaron, en las dos iglesias más cercanas, las campanas de mediodía, y comencé a bajar el cerro. En pocos saltos estuve en el prado. Llamé a la puerta. El solitario vino en seguida a abrir y me hizo entrar en la cocina.

Sobre una mesa muy larga había un cesto lleno de manzanas rojas, oscuras, y una botella de vino blanco. Sobre dos sillas, dos pilas de libros. En el hogar, un enebro seco, de color ruginoso, que se quemaba y chisporroteaba. Pero no tuve tiempo de ver nada más. Miré a la cara del solitario, que me miraba a la cara. No se me antojó tan feo ni malo como la otra vez. Sus ojos eran casi dulces, pero sus labios, me pareció, temblaban.

—Siéntese, siéntese —me dijo con voz tranquila—. ¿Puedo ofrecerle algo?

Tenía la garganta seca por la espera y la fiebre, pero apenas probé el vino blanco que me sirvió. El se dio cuenta de mi impaciencia y me pareció que casi se recreaba con ella. En cambio, dejó de repente de hacer el amable, se desplomó en una silla, delante de mí, y comenzó a hablar con tono resuelto:

—Será mejor que terminemos en seguida. No quisiera que creyese que soy un hombre cruel o un bandolero retirado de los negocios, o bien un loco bromista que se divierte escribiendo cartas amenazadoras o enigmáticas. El peligro es cierto y proviene de mí: de mí, digo, no de mi voluntad. Siento tener que explicarle algo de mi vida. No lo hago para parecerle interesante o para recitar delante de usted una leyenda trágica. Le diré algo porque no puedo remediarlo: para salvarlo; es la palabra justa. Por otra parte, no es usted el primero.

»He aquí cómo están las cosas. Cuando mi madre me parió estaba perfectamente de salud. Nací muy deseado, porque desde hacía ocho años mi madre no tenía hijos. El parto fue feliz, pero pocos días después de mi nacimiento, mientras me daba de mamar amorosamente, mi madre murió. Los médicos se sorprendieron mucho de aquella muerte. Mi padre hizo venir a una nodriza y se preocupó de que me cuidaran con toda atención. Cuando tuve seis años se dio cuenta de mi

inteligencia, comenzó a instruirme y me quiso bastante más que antes. Al cabo de pocos meses, mi padre, mientras me llevaba en brazos, por el campo, cayó desvanecido al atravesar una acequia, y en pocas horas murió. Los médicos se maravillaron mucho de esta muerte. Sólo me quedaba una hermana mayor, casada desde hacía tiempo, y que vivía lejos. Me mandaron a su casa. Ella sintió compasión por este pobre hermano solo, abandonado de todos, y comenzó a quererme mucho. Una noche, mientras estaba leyéndome un libro de viajes, mi hermana inclinó la cabeza y, después de haber murmurado algunas palabras, murió. También esta vez los médicos se maravillaron de una muerte tan imprevista. Me recogieron unos parientes lejanos, que me criaron con los frutos de mi herencia. Estos no me podían sufrir y gozaron siempre buena salud.

»A los dieciocho años me enamoré. No le haré historia de este amor. La muchacha que amaba, después de mucha resistencia, comenzó a amarme. Al cabo de tres semanas, mientras la abrazaba y nos besábamos, vi que palidecía e inclinaba la cabeza. El mismo día, sin haber recobrado el conocimiento, murió. Los médicos se maravillaron mucho de esta muerte. Desesperado y lleno de una atroz sospecha, me fui de mi país, viajé durante algunos años, luego me detuve en Francia, en una pequeña ciudad fronteriza. Procuraba no conocer a nadie, como hago ahora, pero no pude menos que cobrar afecto a un joven estudiante que tuvo compasión de mi tristeza y quiso hacerme compañía por fuerza. Un día me dijo: «Me sucede una cosa extraña. Siento que cuanto más te amo, más débil y frágil me siento. ¿Por qué?» Aquel joven tenía veintidós años y las mejillas llenas y rojas. Era bueno, amoroso; lloraba con facilidad. Sentía mucho la amistad. Después de algunos meses tenía la cara lívida, descarnada, andaba con paso inseguro: al final se metió en cama. Aunque martirizado por una duda que intentaba rechazar, no lo abandoné. Lo velé con amor, y él solamente se dolía de tener que dejarme. Una noche murió, estrechándome con fuerza las manos, y también esa vez los médicos se maravillaron mucho de tal muerte.

»Pero yo ya no me maravillé. Había descubierto la maldición de mi vida, mi involuntaria nocividad, el fúnebre contagio de mi amor. Usted mismo, ahora, lo ha comprendido: *quien me ama está destinado a morir*.

»¿Qué tenía que hacer? Hice cuanto pude para que me odiaran. Yo, que soy de naturaleza afectuosa y estoy sediento de amor, he tenido que hacerme selvático, rabioso, pendenciero, villano; he tenido que rechazar a todos, con gestos y palabras malos. ¡Yo, que hubiera abrazado con tanto gusto a una mujer y a un amigo, he tenido que ingeniarme para ser odioso y temible a hombres, a mujeres, a todos!

»¡Piense en mi tortura! He tenido que hacerme odiar y despreciar más precisamente de aquellos a los que más amaba. Cuando me he dado cuenta de que una mujer podía amarme y de que yo también la hubiera amado, he hecho cuanto he podido para aparecer vil y ridículo a sus ojos, he cometido actos sucios e indecentes delante de ella, la he maltratado como una bestia. Y así con los amigos, con todos. Para salvar la vida de aquellos que empezaban a amarme, he tenido que fingir que los odiaba. Y cuando eso no ha sido suficiente, he tenido que contarles mi historia, y si esto no ha bastado, he huido de ellos; sin embargo, algunos no han podido escapar a su suerte.

»Esta es mi vida. Desde hace algunos años, para resistir más fácilmente mi destino, me he encerrado en esta casa, en el fondo de este valle feo y desierto, con menos tentaciones y ocasiones. Sin embargo, también hasta aquí ha llegado el peligro. No lo conozco ni lo amo, pero no quisiera añadir una víctima a las otras que he dejado en mi camino. Le he dicho ya todo lo necesario. Si su simpatía se cambiara en afecto, estaría perdido. He cumplido con mi deber y no quiero remordimientos. Desde hoy, no se deje ver más alrededor de mi casa. ¡Adiós!

Y diciendo esto, el solitario, siempre con los labios temblorosos, se levantó, fue hacia la puerta y la abrió. Me levanté también yo: quería decir algo y no conseguía encontrar ninguna palabra. ¿Qué decir? ¿Darle las gracias? ¿Consolarlo?

Pasé la puerta inclinando la cabeza y me encontré en el prado. Oí detrás de mí el refunfuño del hombre y los gruñidos del cerdo. Volví a subir despacio el cerro y me encerré en casa. Tal vez fui demasiado crédulo y demasiado cobarde. El hecho es que aquella misma noche hice las maletas y al día siguiente dejé varias millas detrás de mí el cerro, el valle, la casa de Gherardo Solingo y su cerdo. Del solitario no he sabido nunca nada más, y no me importa.

El hombre que se ha perdido a sí mismo

1

Nunca he tenido pasión por los bailes o por los disfraces, y no sé cómo dije que sí al señor Secco, que me invitó a una fiesta que daba la última noche de carnaval. La única razón, creo, fue ésta: que todos teníamos que ir vestidos con un dominó blanco y un antifaz negro y bailar sin hablar. Para ver lo que sería, fui.

¡Qué noche tan extravagante fue aquella! ¿Quién era el hombre y quién era la mujer? Encima de cada cara había un antifaz de raso, negro; sobre cada cuerpo, un holgado ropón blanco, Bailaban, creo, incluso hombres con hombres y mujeres con mujeres, y nadie hablaba. A determinada hora terminaron los bailes y todos aquellos embozados, silenciosos, comenzaron a vagar por las habitaciones alfombradas sin hacer ruido ni siquiera con los zapatos, e iban del brazo, o solos, o en grupos, sin orden, sin saber qué hacer. Aquel silencio bajo las grandes luces tranquilas de aquella multitud blanca y negra era más pavoroso que una misa de difuntos.

A mí, no acostumbrado a aquella ceremonia de saltar en pareja, el calor y la fatiga me habían producido dolor de cabeza, de manera que estaba cubierto por un sudorcillo helado y temblaba como si tuviera fiebre. Notaba una confusión, una debilidad tal, que si hubiese tenido fuerza me habría escapado en seguida. Me parecía que la sangre bajara poco a poco del cerebro, que las piernas se doblaran; sentía una opresión angustiosa alrededor del estómago y de la espalda. Estaba a punto de desmayarme, imagino, cuando, levantados los ojos para buscar la salida más próxima, se me puso delante un grandísimo espejo que iba desde el suelo hasta el techo, y tan ancho que cubría media pared. En este espejo se veían reflejados todos aquellos mascarones blancos y negros que vagaban por allí y me entraron ganas —estúpidas ganas infantiles— de mirarme, de ver qué tal estaba metido por primera vez en aquel desmañado vestido.

Miro..., remiro..., busco..., contemplo el espejo..., me asusto. Pero ¿dónde estoy, Dios mío? ¿Quién soy? ¿Cuál es mi cuerpo entre todos estos cuerpos iguales? ¡Yo ya no estoy! ¡Todos iguales, todos de la misma manera! ¿No seré capaz de encontrarme?

Estoy con la cara hacia el espejo..., pero hay otros que la tienen también en la misma dirección. Yo soy alto, pero casi todos son tan altos como yo. Me muevo para reconocirme, ¡pero casi todos se mueven a mi alrededor!

¿Dónde estoy yo, pues, entre todos ellos? ¿Dónde está mi yo entre toda esta gente extraña y silenciosa? Todos blancos con las caras negras... Yo también, como los demás..., todos iguales, todos

Pero ¡yo me quiero a mí! ¡Quiero buscarme! ¡Quiero sentirme a mí mismo! ¡Verme con los demás, pero diferente, *destacado* de los demás! ¡Quiero verme, ser yo! Me he perdido; me he perdido a mí mismo... ¿Dónde estoy? ¡Búsquenme, encuéntrame!...

Mientras así me afanaba se me nublaron los ojos, sentí que caía al suelo, y desde entonces, en bastante tiempo, ni supe ni vi nada más.

2

Cuando recomencé a ver y a hablar era el tercer día de Cuaresma. Me encontré en un corredor largo y blanco, metido dentro de una cama de hierro negro, en medio de varias camas negras iguales a la mía, y de las sábanas iguales y blancas asomaban rostros blancos y amarillos como el mío. También allí me busqué: al sentirme murmurar acudió un doctor vestido de blanco que me miró con curiosidad y me preguntó qué me pasaba. Le dije, en pocas palabras, que me había perdido a mí mismo en una fiesta y que quería encontrarme lo más pronto posible. El doctor, como es costumbre de esas bestias presuntuosas, sonrió cortésmente, me recomendó que estuviera tranquilo y me dijo que me contentaría. Sin embargo, sabía perfectamente que no había creído una palabra de cuanto le había dicho y, dentro de mí, comencé a pensar en la manera de salir de aquellas sábanas blancas y de aquella cama negra.

Al día siguiente vinieron otros doctores y, todos de acuerdo, dijeron que estaba fuera de mí. Era verdad, pero no como lo entendían ellos. Me había perdido a mí mismo, no la razón. Esta razón no era la mía, porque la mía la había perdido junto a mí mismo, pero era una razón y, por tanto, no estaba loco. Tanto es así, que entendía lo que decían y respondía, sin equivocarme, a sus preguntas. Pero de nada me sirvió con aquellos bobos obstinados.

¿Y entonces? Pensé escapar y, dicho y hecho, después de dos días de aquel sufrimiento, a la hora en que venía la gente de fuera para ver a los enfermos, me confundí con otros y salí a una plazoleta soleada que reconocí en seguida. La primera cosa que hice fue ir a casa de aquel señor Secco, que me había invitado a la fiesta, esperando que me encontraría allí, en aquella habitación. Llego, doy un tirón de la campanilla, y viene a abrirme un muchacho que no me quería conocer. Le di un empujón y pasé. El señor Secco estaba tumbado en una mesa y dormitaba, pero se despertó al oír ruido, saltó, agarró un bastón que tenía siempre cerca y, en cuanto me reconoció, me hizo un montón de caricias, se congratuló conmigo por el peligro de que había escapado, me dio de beber y escuchó muy serio mi narración. El señor Secco no es un doctor y por eso no dudó de lo que me había ocurrido. Es más, me acompañó por toda la casa para convencerme de que yo no me había quedado allí la noche de la fiesta. Así, pues, ¡me había perdido en algún otro sitio! ¿Quién podía saberlo? Pregunté al señor Secco los nombres de todos los que habían ido a su baile y él me dio la lista sin

hacerse rogar. ¡Qué amable y servicial estaba aquel día! Del señor Secco nunca he tenido ocasión de quejarme, ni entonces ni después.

Salí de su casa un poco consolado, pero no contento. ¿Dónde podía haber ido a parar? Me acordé de aquel alemán —de Pedro Schlemil— que había vendido su sombra y la iba buscando por el mundo. Pero él no había perdido casi nada comparado conmigo, que había perdido el alma, el cuerpo, ¡todo!

Vagué por la ciudad hasta la noche, y miraba a la cara de todos los que encontraba para reconocerme, y todos me miraban mal, y nadie era yo. Fui a casa de aquellos que habían estado conmigo en aquella maldita fiesta de las máscaras blancas. Pero uno estaba fuera; otro no me dejó entrar; el tercero me trató mal; el cuarto quería llamar a la Policía para que volvieran a llevarme al hospital; el quinto me dio la dirección de un médico; el sexto me aconsejó el uso del agua fría; el séptimo me hizo un gran recibimiento, pero no quiso ni oír hablar de mi pena; el octavo negó que hubiera estado en el baile; el noveno admitió que había estado, pero no se acordaba de nada; el décimo estaba enfermo y no hizo otra cosa que desahogarse conmigo sobre la inutilidad de los purgantes; el undécimo se acordaba perfectamente de la fiesta y me dijo que estaba en la sala cuando vio caer como muerta a una máscara, pero no sabía otra cosa sino que aquel desvanecido no era él; el duodécimo palideció cuando le hablé del baile y sacó la bolsa ofreciéndome dinero; el decimotercero...

¡Qué importa el decimotercero! Fueron todas visitas inútiles y palabras perdidas. Y cuando, por la noche, volvía hacia casa, me desesperaba y preguntaba continuamente en voz baja: ¿Dónde estoy? ¿Qué haré para reencontrarme?

3

¡Cuánto me busqué también los demás días! Entré en cien cafés; pasé las noches en diez teatros; tomé parte en demostraciones políticas; asistía a los sermones de Cuaresma; me hice invitar a comidas y recepciones; fui a las clases de la Universidad; me mezclé con la gente de los paseos; pasé horas enteras en la ventana, o quieto en la acera junto a una esquina; miré y escruté miles y miles de caras, seguí a miles y miles de hombres, siempre con la esperanza de reencontrarme y la desesperación de no reconocerme.

Se me ocurrió imprimir unos manifiestos con la descripción exacta de cómo era antes de perderme, y aquello sí que fue grande. Al cabo de un día que los avisos estaban en las paredes, me atraparon tres o cuatro tipos que decían: «¡Es éste, es éste!» Y así gritando me llevaron a mi casa. Golpearon la puerta, tocaron el timbre, llamaron, pero nadie respondió. Yo no tenía ni familia, ni criada, y en casa no había nadie. Al fin, indignados, me dejaron.

—¡Maldito tú y quien te busca!

—Pero ¡qué buscar! Esta es una burla de algún señor extravagante. ¡Los hombres no se pierden como los perros!

Estábamos ya casi al final de la Cuaresma y todavía no tenía ningún indicio de mí, y cada hora que pasaba era una esperanza menos. Sentía que viviendo de aquella manera, con aquel deseo, con aquella congoja, me volvería loco de verdad, y no veía la manera de salir de todo eso. Pasaba el día mirando y espiando a la gente, y los ojos me salían de la cara a fuerza de mirar; me había crecido la barba; me había vuelto seco, amarillo, espantoso. Cuando pasaba por delante de un espejo, volvía los ojos a otra parte para no verme. Me daba cuenta de que los hombres, las mujeres, y especialmente los niños, se reían a mis espaldas, y alguna vez incluso a la cara. Muchos caballeros me preguntaban, con aire piadoso, si me encontraba mal. Una vez, una viejecita me regaló algunas pastillas, elogiándolas mucho.

Pero no estaba enfermo, no. ¡Me quería a mí mismo! ¿Qué había de malo en ello? Todos los hombres quieren este bien. Cada uno se posee a sí mismo: nadie puede ser privado de sí mismo. ¿Por qué aquella imposible, inaudita desgracia me había sucedido precisamente a mí? ¿Qué había hecho para merecerla? ¿Acaso porque había ido a aquella estúpida fiesta? ¿Y los otros, entonces? También ellos habían ido, y habían vuelto a su casa con su cuerpo y su alma, ¡y ahora se reían a mi costa! Sin embargo, tenía que haber un medio para poner remedio a tal desgracia. Quien no muere se encuentra. Se encuentra un bolso ajado, ¿y no se encontraría un hombre? ¿Qué hace el Ayuntamiento que no se ocupa de estos casos? Y el Estado, ¿no es responsable de todos los ciudadanos?

Movido por esos y parecidos pensamientos, fui una mañana al caserón del Municipio, subí al despacho del Registro Civil y pregunté a un empleado en dónde se encontraba en aquel momento Fulano de Tal, es decir, yo mismo, el yo que había perdido. El empleado me pidió dinero, y, después de haber buscado un poco, me dijo mi dirección, ¡la dirección de mi casa! Intenté entonces explicarle que aquella había sido, en efecto, la casa de aquella persona, pero que desde hacía algún tiempo se había perdido y que precisamente por eso preguntaba en dónde podría encontrarla. Aquel ignorante no quiso o no supo entenderme; me dijo que no era posible que uno se perdiera a sí mismo y que, de todos modos, él no sabía nada más. Le contesté que la cosa era tan posible que me había sucedido precisamente a mí, y que él, como funcionario del Municipio, tenía el deber de saber dónde se encontraban todos los habitantes de la ciudad, del primero al último. No hubo manera: él empezó a gritar, yo a chillar. Llegaron sus compañeros y me echaron de allí por las malas.

Cuando estuve en los porches del palacio me dejaron, y yo, en lugar de escapar, empecé a pasear arriba y abajo, furioso, esperando a que saliera alguien que pudiera darme tazón. Paseando de esta manera, a lo largo de la pared, me llamó la atención un gran cartel que tenía escrito arriba: *Objetos perdidos encontrados*. Me estremecí, y me puse a leerlo con cuidado: siete llaves, una cartera con tres letras, una aguja de plata, dos pares de gafas, una *Divina Comedia*, un bolso de señora, cinco paraguas, *un dominó blanco con máscara negra...*

...Sentí un escalofrío por la espalda. ¿Mi dominó? Era un indicio, ¡el primer indicio! Corrí al despacho donde guardan todas las cosas encontradas y pedí mi dominó. Di todos los detalles que me solicitaron: me enseñaron mi vestido blanco. Estaba un poco sucio por una parte, pero lo reconocí: ¡era el mío! Lo había encontrado un muchacho, el primer día de Cuaresma, por la mañana temprano, en la calle donde vivía el señor Secco. Todo contento lo lié, me metí el antifaz en el bolsillo y salí corriendo hacia casa.

¿Por qué estaba tan contento? Sin embargo, aquel maldito saco blanco había sido el motivo principal de mi desgracia y, en aquel momento, no podía verdaderamente ayudarme a encontrarme a mí mismo.

Pero, como empujado por un anhelo sin tazón, apenas llegué a casa, me lo puse nerviosamente, me coloqué la máscara sobre la cara y corrí ante un gran espejo antiguo, en el que había pintadas, hacia los ángulos, algunas descoloridas flores sentimentales.

Me miré... ¡Heme aquí! ¡Era yo! ¡Soy yo! Me había encontrado. Era yo, en persona. Yo solo. No había otros hombres a mi alrededor. El vestido blanco era mío y sentía que dentro de él estaba mi cuerpo; la máscara negra era la mía y cubría de verdad mi rostro. Me reconocí. Había vuelto. Me había atrapado a mí mismo. Reí y lloré de gozo. Me acaricié.

Pero desde aquel día no he tenido el valor de desnudarme, y estoy siempre en casa, solo, vestido con mi dominó blanco, con mi máscara negra sobre la cara, para estar seguro de no perderme nunca más...

Sin ninguna razón

1

Bajando de su pequeña habitación, maloliente de veinte pipas, Sieroska no sabía que iba al encuentro de la muerte. El sol se había levantado, aquel 17 de febrero, un minuto más pronto que el día anterior, y Sieroska, que con tanta frecuencia meditaba sobre las páginas fijas de los calendarios, había vigilado la gran estrella para pescar en faltas a los astrónomos. Pero todo había sucedido según las previsiones de la ciencia y se hubiera dicho que el resto del día pasaría con la misma regularidad. Sieroska, por su parte, no tenía ningunas ganas de cambiar el curso de los acontecimientos.

Después de haber bebido su taza de chocolate en el acostumbrado Café de la Croix, enfiló, como las otras mañanas, la larga calle del Monte Blanco y llegó en pocos minutos al parapeto bajo del cual corren rápidas y claras las aguas del Ródano. Y allí, como las otras mañanas, se detuvo a mirar, con el sombrero encasquetado hasta los ojos a causa del viento. Sieroska, aunque era un ruso de Kiev y había ido a Ginebra con el vago propósito de estudiar química, no era en absoluto revolucionario y dejaba que la vida viviese con él con plena libertad, sin programas impresos a escondidas. Por eso casi nunca iba a clase y, en cambio, se detenía todas las mañanas a contemplar el Ródano. Decía a los amigos, las pocas veces en que el coñac le animaba la lengua, que el extremo de la finura filosófica consiste en encontrar las diferencias que hay entre las cosas iguales, y que ninguno de los numerosos papagayos de Heráclito había sabido percibir la diversidad de las aguas de un mismo río en dos momentos sucesivos. Decía también, si alguno lo contradecía, que tal búsqueda era digna de llenar la vida de un hombre, y sostenía que muchos pescadores de caña no son otra cosa que filósofos disfrazados de aquella manera para no llamar demasiado la atención de los imbéciles. Alguna vez dio a entender que era uno de esos buscadores de diferencias y nunca terminaba de elogiar el Ródano por la claridad fresca y verde de sus aguas, jurando y perjurando que todos los demás ríos no eran más que acequias de lavanderas en comparación con él. Hubo en la Brasserie Centrale muchas discusiones a este respecto, y aquellos que tomaban en serio las palabras de Sieroska sacaron no poca fuerza del hecho, seguro y probado, que, realmente, cada mañana él iba al bonito río y se quedaba contemplándolo, a veces quince y a veces veinticinco minutos.

Tampoco aquel 17 de febrero Sieroska faltó a la cita; pero, apenas se hubo apoyado en el parapeto y hubo fijado la vista en la onda compacta y limpia del río, sintió que le golpeaban la espalda y lo llamaban por su nombre. Se volvió de repente con un ligero sobresalto: era un ruso como él, joven como él, estudiante como él.

—¿Qué haces? —interrogó el recién llegado.

—Pienso —le respondió Sieroska, brusco, con la intención de terminar pronto.

—También yo pienso algunas veces —dijo el otro—, pero no basta... El intelectualismo ya no está de moda..., pero nosotros... Hasta el profesor Simmel demostraba en Berlín, el año pasado, una cosa que no tenía necesidad de demostración... Verde es el árbol de la vida, decía Goethe, y Goethe es grande, Goethe es el mundo, Goethe es la Naturaleza misma que ha tomado la pluma y se ha hecho publicar los libros por Cotta y Compañía... Sieroska, tú eres bueno... Contéstame, ¿se puede pensar solamente?

—No —dijo seriamente Sieroska, mirando de soslayo al río, sin asombrarse de aquellas divagaciones—. No; no se puede pensar *solamente*, porque el pensamiento *solo* no existe.

—Sieroska, Sieroska —reanudó el otro, con voz casi amenazadora—; tú no me entiendes, tú no quieres entenderme. No hagas caso si cito a Goethe: es una vieja costumbre de la escuela. Tenía un amigo que poseía todas las obras de Goethe. Eran veinticuatro tomos encuadernados en piel color de sangre. Una vez perdió uno de esos tomos, pero no era verdad que lo hubiera perdido: se lo había robado yo. Todo lo que sé de Goethe se lo debo a ese tomo robado. Hace tiempo que busco venderlo, pero nadie lo quiere, y también esta mañana me sucede lo mismo. Sin embargo, no se trata de un libro alemán. Mi revólver es de fabricación belga; por lo menos eso me dijeron cuando lo compré. Sieroska, tú eres bueno; contéstame: Si uno viniera a verte y solo tuviera ese revólver y no tuviera otra elección sino disparárselo entre los ojos para no padecer hambre o venderlo para librarse del hambre, dime tú, Sieroska, tú, que eres hombre de corazón, ¿qué harías?

—¿Tienes de verdad un revólver para vender? —preguntó Sieroska con aire dubitativo.

—Sieroska —repuso el otro con voz más baja—, no solamente tengo un revólver, sino también hambre. Y nadie lo quiere, nadie sabe qué hacer con él esta mañana. He ido incluso a casa del señor del primer piso, que es muy rico, y tiene la mujer que... No lo ha querido..., me ha dicho que en su casa tiene dos, nuevos, *nunca usados*. He ido a ver a la cajera de la cervecería y le he dicho: «Señorita, usted es guapa, pero llegará un día en que sus ojos brillarán un poco menos, y entonces habrá uno que la abandonará.» Tú no me creerás, Sieroska, pero se ha vuelto, pálida, y me ha dicho tales palabras que si un hombre me las hubiese dicho, a estas horas no estaría aquí. Pero tú, Sieroska, ¿en qué piensas? ¿No piensas nunca en la muerte?

Sieroska no era rico, pero vio en los ojos de su compañero la fiebre del hambre. Sacó una pieza de cinco liras, en la que un rey barbudo de cuello largo parecía indiferente a cuanto ocurría en el mundo.

—No puedo darte más —dijo—; espera a primeros de mes.

El otro agarró la moneda, la hizo desaparecer bajo el abrigo, sacó un paquete, lo metió rápidamente en un bolsillo de Sieroska y salió corriendo sin decir nada más. Ni siquiera gracias. Viéndolo de espaldas, daba más piedad que nunca. El tacón de un zapato gemía sordamente a cada paso sobre los guijarros mojados, porque estaba a punto de caerse.

Por la noche, cuando Sieroska se desnudó para meterse en la cama, después de un día terriblemente igual a los demás, le cayó en las manos el envoltorio y lo puso en la mesilla bajo el círculo rojizo de la luz. Era un pa-quetito humilde y corriente, de papel amarillo usado y sucio en las arrugas de ambos lados. Durante el día, al meterse en el bolsillo las manos entumecidas por la tramontana, había encontrado el pobre paquete caído al fondo por su peso y al tocarlo había notado algo duro y frío bajo el papel. Pero Sieroska no era curioso; no por virtud, sino por un pecado peor que la curiosidad: por apatía, por pereza. Además, la compra obligada de aquella mañana lo había turbado un poco y había procurado no pensar en ella. Pero cuando, por la noche, tuvo el envoltorio delante de él, todavía intacto, sintió que había entrado en su casa un enemigo. Ganas le entraron de abrir la ventana y tirarlo sin abrirlo; pensó en el ruido. Además, un revólver... ¿Y si hubiera estado cargado?

Desenvolvió el paquete. Dentro no había nada extravagante: un revólver, un pequeño revólver oscuro y brillante, tal vez de mujer. Sieroska lo tomó con precaución y se dio cuenta de que tenía puesto el seguro, pero que estaba cargado. Se veían las puntas brillante de los proyectiles asomando todo alrededor, en los agujeros. Sieroska miró dentro del cañón y luego depositó el arma sobre el papel abierto y desplegado.

Se quitó la chaqueta, los zapatos; se deshizo del nudo de la corbata y se desembarazó del chaleco. Luego volvió a agarrar el revólver y lo colocó junto a la cama, junto a la mesilla de noche, y a su lado puso también la luz. Acabó de desnudarse, se metió en la cama e hizo girar en seguida la llave de la lámpara para quedarse a oscuras. Odiaba aquella habitación suiza, demasiado arreglada y demasiado desnuda para el lirismo eslavo. A los pies de la cama, en un marco sin moldura, una litografía de 1850 representaba a un adiposo Napoleón con el rostro pacífico de un portero de uniforme. Aquel Napoleón se había convertido en su más atroz enemigo: bastaba mirarlo para que todo deseo de hacer, todo apetito de cosas grandes se le desvaneciera para todo el día.

Por la noche no leía para no verlo y, como no podía dormirse en seguida, pensaba. ¡Cuántas novelas compuso así, de las diez a las tres! ¡Cuántos sistemas de filosofía pensó con la cabeza quieta sobre la almohada! El insomnio nocturno era su excitante y sus obras no escritas se alineaban, noche a noche, en su memoria, como otros tantos sueños conservados gracias a algún artificio. Aquella noche el punto de partida fue el revólver...

«Esta arma —pensaba Sieroska— que no he buscado, que en el fondo no quería, que no me gusta nada, tiene todo el aspecto de formar parte de mi vida. Tiene que entrar de una manera u otra en alguna de mis acciones. Si no fuera así, tampoco las leyes de Newton serían ciertas... Por otra parte —prosiguió, después de una línea negra de inconsciencia...—, por otra parte, yo soy un hombre y,

por consiguiente, un ser racional y económico. Como ser racional, no puedo permitir que un medio no tenga su finalidad y que un instrumento no sea adecuado a su trabajo. Como ser económico, no debo tolerar que un gasto, es decir, en el fondo un sacrificio, se haga sin esperar de él algún resultado. Las armas son instrumentos para matar, y el Gobierno permite que la gente las fabrique y las compre sabiendo perfectamente que un revólver no puede servir absolutamente para nada más que para quitar la vida a alguien. No hay, pues, nada en la existencia de un revólver que turbe el derecho de las gentes. Pero este revólver, ahora, es mío, está en mi casa, está al alcance de mi mano, está cargado, está dispuesto en cualquier momento para cualquier caso. La cosa no puede ir bien: o lo tiro por la ventana o lo utilizo. Pero ¿cómo utilizarlo? Sólo hay dos posibilidades: o tomar como punto de mira a los demás o descargarlo contra mi propia cabeza o mi propio corazón. La primera posibilidad hay que descartarla, por lo menos para mí. No creo que tuviera el valor de disparar contra los demás, aunque fueran los perros más repugnantes del mundo. Además, el Gobierno tiene los códigos en la mano y los lee como quiere. ¡Bonito juego, en verdad, perder la libertad propia para dársela a otro! Una libertad violenta, con un medio desagradable: de acuerdo. Pero, en fin, ¿acaso son mejores los emplastos del médico y los venenos costosos del farmacéutico?

»La otra posibilidad se presenta ahora por primera vez en mi mente. Está mal que se presente solamente hoy. Es un asunto en el que no estaría de más reflexionar antes; incluso de niño, si fuera posible. Si he de escoger entre dos caminos, quiero calcular también el segundo, quiero saber adonde va. También ése es un hecho, y, por tanto, ¡las cartas boca arriba! Verdaderamente, en mi caso, no tengo ninguna razón muy fuerte para quitarme la vida: no me muero de hambre, no me aburro más que los demás; soy débil, pero casi sano; ninguna mujer me ha rechazado, acaso porque no he intentado conquistar ni siquiera a una. Pero, por otra parte, ¿es muy necesario que haya una razón? Vamos al fondo: pongámonos a considerar las cosas con inteligencia virgen. Cuando se tiene una razón, una razón fuerte, entonces matarse parece una cosa lógica y natural. Pero una razón es un motivo y, con demasiada frecuencia, interesado: no puedo seguir así y abandono la partida. Perfectamente; pero, entonces, ¿qué encuentran en ello de singular? Todo está en perfecta regla: de A se deriva necesariamente B, dado que los hombres son, en su gran mayoría, unos cobardes. Pero de eso se deduce que nunca nadie se ha suicidado en el sentido puro y absoluto de la palabra. Matarse por una razón, que la mayoría de las veces no tiene nada de racional, no es una elección: es una caída. La caída en un precipicio sin fondo, pero no calculado antes con toda la libertad del intelecto. El verdadero suicida sería aquel que sin ninguna razón personal, sin ningún motivo interesado, sin estar obcecado por ninguna desgracia doméstica ni por ningún programa metafísico, se pusiera a considerar, serena y objetivamente, la muerte y la vida, y se matara con plena libertad, sin motivos de ningún género, por una decisión de la pura voluntad. Todas nuestras acciones nos son dictadas e impuestas por motivos que no se pueden rehuir, y por eso digo y sostengo que no son acciones verdaderas, igual que no llamo personalidad activa a la pelota que va lejos porque le doy un puntapié.

»...Estaría, pues, si no me equivoco, en las mejores condiciones para matarme efectiva y realmente, y para no ser llevado a la muerte por fuerza, como los demás. Es preciso considerar, sin embargo, si tengo razones para no matarme y si estas razones son de tal manera dueñas de mí como para

impedírmelo. Así, a lo primero, no veo ninguna, pero lo pensaré mejor mañana con la luz, con el sol...»

Sieroska intentó dormir, pero no lo consiguió. Su teoría del suicidio desinteresado volvía obstinadamente a ocupar su atención y exigía ser modelada por el pensamiento y vestida por los actos. Estiró la mano fuera de la cama: el revólver seguía sobre la mesilla de noche, más frío que el mármol. Finalmente se tapó la cabeza con las sábanas; se esforzó por pensar en las aguas del Ródano, y poco después de medianoche roncaba ligeramente, con un brazo doblado sobre el rostro.

3

Sieroska dormía poco; especialmente aquellas noches en que un sueño lúbrico, siempre el mismo, que lo perseguía desde la edad de trece a catorce años, venía a turbarlo. Se despertó muy pronto, antes que la claridad del día emblanqueciera las flores bordadas de las cortinas. Encendió la luz y, a la llama de la cerilla, vio brillar el revólver, inmóvil, con su negro cañón dirigido hacia la almohada. Todos los razonamientos y pensamientos de la noche volvieron en una oleada a su memoria. Se vistió despacio, contemplando los calcetines, los zapatos, los puños de la camisa uno a uno; y no podía menos que murmurar entre sí: «Ésta es la última vez que me pongo todo esto.»

Fue a la mesa, arrojó al suelo los periódicos que se habían ido amontonando en ella durante los últimos días, y descubrió, debajo, un frasco de tinta, una pluma de mango verde y un cuaderno de papel de cartas.

Tomó la pluma, la mojó largamente en el tintero y, sobre el primer papel que encontró, se puso a trazar líneas irregulares, caprichosas, retorcidas. Luego quiso reunirías, las dirigió hacia un punto, las unión prolongándolas y, en los intermedios, trazó, con minucioso cuidado, pequeñas diagonales y delicadas construcciones geométricas. Su mano trabajaba con amor, con paciencia, con escrúpulo. Poco a poco, los tentáculos geométricos avanzaban hacia los ángulos todavía blancos, amenazaban llenar todo el papel con su laberinto poligonal.

Pero, mientras tanto, la llama de la luz disminuyó y se apagó: no había más petróleo.

Sieroska se dejó caer de nuevo, medio vestido, sobre la cama, y entonces, en la nueva oscuridad, el atroz pensamiento volvió a apoderarse de él.

«En fin —le sugería el invisible revólver colocado junto a él en la oscuridad—, si bien no tienes ninguna razón para matarte, tampoco tienes ninguna decisiva para continuar viviendo. ¿A quién dejarías? Tu madre, allá abajo, en casa, tiene seis hijos sin contarte a tí y, por otra parte, no es mujer sentimental: pronto se consolará. Tus cinco hermanos te odian porque los desprecias, tu hermana está tan enferma que no tiene tiempo de pensar en ti. Tienes una novia, porque a los veintisiete

años un hombre tiene, por fuerza, que hacer el amor. Pero tienes que confesar que Mascha es un poco fastidiosa, muy coqueta, y que tú no la quieres. Cuando la ves no puedes menos que representártela vieja, con unas greñas blancas sobre los ojos, y la boca vociferante. Tus amigos son buenos muchachos, y acaso reunirían algunos rublos para enguarnaldar tu coche negro de tercera clase; pero ¡son tan jóvenes, y la cerveza embrutece tan bien! No echarás de menos, sin duda, a Rusia, que no ha querido saber nada de ti, ni a la ciencia que tú no conoces, ni los estúpidos goces de alguna velada báquica y venérea. Tienes veintisiete años y la vida gris delante de ti. Y la vejez es peor que la muerte, y la muerte vendrá de todas maneras, y más tremenda. ¿Acaso no es mejor llamarla en la plenitud de las fuerzas y tenerla en la propia mano, en lugar de tenerla más tarde, cada día, como una acreedora no rehuible? ¿Ser un héroe verdadero en un único momento de la vida, y que este momento sea el último, pero el mayor, el único verdadera y místicamente libre? »

Sieroska no pudo resistir la nueva riada de pensamientos. Veía y juzgaba su vida hasta el fondo, como nunca lo había hecho, y sentía, decía y preveía que se desarrollaría *de aquel modo*, que ya no había nada que hacer. Se levantó de nuevo de la cama con gesto excitado. Su brazo tocó, sin querer, el pequeño revólver. Se estremeció un poco al sonido del hierro sobre el mármol, y se precipitó a la ventana. La abrió con estrépito, con las manos nerviosas. No conseguía volver a cerrar los postigos: una ráfaga húmeda entró en la habitación. Sieroska se lavó las manos y la cara con agua fría y acabó de vestirse. Fuera sólo se veía un poco de niebla, apenas emblanquecida por un sol más lejano que de costumbre.

Sieroska se sentó de nuevo a la mesa y buscó en un cajón los sobres. Amontonó siete u ocho delante de él y escribió las direcciones con mano firme.

Uno era para la madre, otro para Mascha, otro para un tío de Kiev —el único que no lo había despreciado cuando era niño— los demás para los amigos de los últimos tiempos, para los de Ginebra. Una vez preparados los sobres, escribió, una a una, las cartas: cartas breves, muy semejantes entre ellas, menos el estilo, sin ningún signo de exclamación. Decía que había decidido matarse *sin ninguna razón* y les rogaba que no pensaran mucho en él. Tuyo, etc.

Ningún beso a nadie: cartas que parecían circulares. Dobló los papeles, los metió uno a uno en los sobres, y buscó en la cartera los sellos de correos. Luego se puso el sombrero, se echó sobre los hombros el abrigo y salió con su paquete de cartas en una mano y el revólver en el bolsillo. Se dirigió a Correos, imaginándose que saliendo de allí sus cartas llegarían con más seguridad. Cuando todas estuvieron metidas en las cajitas de hierro le pareció que todo estaba terminado. No podía retroceder, ni siquiera detenerse. Palpó el revólver y reanudó su camino hacia el Ródano, eternamente límpido y en fuga. He aquí el río tan amado; he aquí el parapeto de piedra, he aquí el sitio en el que el otro había venido con la muerte debajo del abrigo.

«...En seguida, en seguida, es mejor en seguida...», pensó Sieroska, y sacó la pequeña arma helada, y bajó el seguro. Miró a su alrededor: era temprano y la niebla era densa. Las pocas sombras que se cruzaban apresuradas acudirían demasiado tarde. Sieroska palideció, levantó la mano armada a la altura de la frente, y apretó con fuerza...

¡Nada! Silencio. Nada resonó, nada sucedió. Sieroska, con la mano levantada, esperó en vano durante dos, tres segundos.

¿Qué había sucedido? El gatillo no se había movido y, por más esfuerzos que hiciera con el índice tembloroso el desilusionado suicida, el revólver no disparaba. Sieroska lo aferró rabiosamente con las dos manos, lo miró y lo remiró por todas partes. Todo parecía funcionar bien: el arma estaba nueva y limpia, los proyectiles se encontraban en su sitio, el seguro estaba quitado y, sin embargo, Sieroska, con todos sus esfuerzos, no conseguía hacer saltar el gatillo.

Durante tres o cuatro minutos se apasionó como en un juego mecánico, olvidándose completamente de la finalidad por la que tenía entre las manos aquel instrumento de metal. Pero, finalmente, perdió la paciencia y, sin saber cómo, el revólver cayó al agua neblinosa y se oyó apenas un tímido chapoteo en el monótono ruido de la ancha comente. Mientras tanto, el sol había empezado a dorar la niebla lejana: una cima blanca emergió del aéreo lago, toda brillante y amarilla sobre el cielo, de un celeste agrisado. Una maravilla casi primaveral invadió las gotas suspendidas en el aire y animó las sombras delgadas de los árboles desnudos. Sieroska respiró por primera vez con voluptuosidad.

—¡Al diablo todo! —exclamó—. ¿Y yo tenía que matarme? ¿Tenía que matarme aquí, hace poco?

Aquel ridículo obstáculo de un mecanismo estropeado había trastornado su mundo. Miró de nuevo a su alrededor y le pareció que todo se había rejuvenecido repentinamente. La ciudad empezaba a vivir. Los niños, con las mejillas rojas, corrían para ir a la escuela; en las tiendas subían con estrépito los cierres metálicos. Se dio cuenta de que no había comido todavía nada: atravesó el puente y entró en el más bonito café de Ginebra, con la sensación de prodigalidad de quien ha escapado de un peligro. Chocolate, leche y pastas: ¡qué apetitoso desayuno!

También los camareros sonreían; debían de ser unos buenos muchachos, un poco cansados, pero muy amables. Se levantó, subió a un tranvía, se apeó, anduvo a pie un buen trecho por un suburbio de hotelitos; encontró un coche vacío y lo tomó. Tendido en los almohadones del vehículo pensaba en la vida, y sentía la alegría que proporciona la sangre cuando corre caliente por todo el cuerpo sano, a pesar del invierno y del viento. Ahora, el sol estaba alto y había rechazado la niebla a las lejanías.

Sieroska recordó la melodía de un vals estupidísimo y la canturreó durante todo el día.

A la mañana siguiente, cuando Sieroska se despertó con la cabeza pesada y la boca seca por la borrachera de la noche anterior, se acordó de las cartas. Algunas, las de la ciudad, habrían llegado, sin duda, las otras estaban en camino y nadie las podría detener. Hubiera podido escribir de nuevo, telegrafiar, explicarse, pero no quiso. *Sin ninguna razón*, repetía entre sí. Nada había cambiado: ¿cómo justificar su cambio? ¿Con el cómico motivo del revólver estropeado? No lo hubieran creído y hubiese quedado como un payaso cobarde para toda la vida.

Salió y estuvo dando vueltas hasta el mediodía, con el aire inquieto de quien espera ser descubierto de un momento a otro. Iba cerca de las paredes, casi como pidiendo perdón por respirar, por moverse, por vivir. Había prometido suprimirse y estaba todavía allí, obstruyendo la acera, consumiendo aire, mirando a la gente, testigo fantástico sin ningún derecho nunca más. Intentaba empequeñecerse, hacerse perdonar. Sus ojos prometían que nunca molestarían a nadie; que se contentaría con vivir apartado, silencioso, con un poco de tierra apenas para tumbarse a fumar desde la primavera al otoño.

En una esquina, sintió que alguien corría detrás de él y lo abrazaba, riéndose. Se volvió: era uno de aquellos a quienes había escrito la mañana anterior.

—¡Sieroska, Sieroska! —dijo éste—. Tenía razón yo. Sabía que era una broma. *Sin ninguna razón*. Esa frase se me ha quedado impresa. Ahí estaba la clave del enigma. Nos has querido asustar, pero conmigo no lo has logrado. Semenof, que es demasiado serio, decía que sí y que sí, y yo que no y que no. Escucha, sin embargo, Sieroska, te lo digo para otra vez: tu broma no es nueva, todo lo contrario. Volveremos a hablar de eso: ahora no puedo. Nos veremos esta noche en la cervecería. La rubia ha preguntado por ti. Adiós, Sieroska.

Y el amigo salió corriendo, sonriendo, como si todo fuera claro y natural. Sieroska, que, sin embargo, no era fogoso, sintió que una rabia bestial le subía del vientre y le oprimía la garganta. ¡Así lo juzgaban! ¡Así le hablaban! ¡Así se reían delante de él de una de las determinaciones más altas y serias que se hubieran tomado en el mundo! ¿Y los demás? A través de la turbación que le ofuscaba la mirada veía pasar, en rápida sucesión, caras de jóvenes, de mujeres y de viejos. Todos lo miraban con ojos severos, con ceño de reproche, y parecía que se lamentaran, sin querer aparentarlo, de que todavía estuviera allí, en medio de ellos, dentro de esta vida ya rechazada. Aquel día, el sol no sabía hender y colorear la baja niebla pesada. Sieroska se sintió abandonado como en el límite de dos mundos. Ya no conseguía insertarse de nuevo en el río del universo. Había adquirido un compromiso que no podía olvidar.

Los hombres lo rechazaban allí, en un rincón, y el cielo era pesado como la cubierta de un sepulcro. Sieroska sintió que las lágrimas querían brotar de sus pupilas empañadas. Apresuró el paso, atravesó como en sueños las calles y llegó en pocos momentos al parapeto del Ródano, a aquel mismo lugar donde la muerte se le había presentado y había huido.

—*¡Sin ninguna razón!*—repitió una vez más, casi gritando.

Se echó hacia atrás el abrigo, se asomó, se inclinó y se dejó caer de cabeza, conteniendo la respiración, pero sus últimas lágrimas cayeron antes que él en la clara, rápida y ancha corriente del Ródano.

ESPERANZA

1

Se llamaba Esperanza, pero ya no esperaba nada. Oscura de piel, negra de cabellos, negrísima de ojos, hasta sus pensamientos, patéticamente nocturnos, fúnebres y sepulcrales, parecían nacer entre avenidas de ci-preses en un ventoso crepúsculo de febrero. Alma de otros tiempos; alma perdida entre demasiados cuerpos enemigos; inadaptada al amor físico; fea y taciturna; llena de romanticismo y de malas lecturas, no había ninguna razón para que tuviera que vivir más de treinta o treinta y cinco años. Un amor infeliz —un amor demasiado breve, pero todavía no acabado para ella, y acaso inacabable— le había cubierto el rostro con la lívida máscara de las traicionadas sin culpa.

Sin embargo, de su lacrimosa tristeza y de su soledad sin vistas de cielo había conseguido sacar una profesión, algo que se parecía a la literatura. Sus desesperaciones literarias, sus infinitos insomnios, sus paseos a ciegas, sin finalidad y sin alegría, la habían acostumbrado a contar solamente cosas de su alma y a sacar de ella todo lo que podía contener. En aquel ensueño continuo que le empañaba los ojos y le lastimaba la vista, todo un mundo surgía con la rapidez luminosa de una aventura. Sueños sin cotinuación; hipótesis realizadas a medias; increíbles casos de conciencia; asociaciones irracionales de palabras, de ideas, de personas; esbozos y comienzos de vida sin lógica; símbolos graves descubiertos en muñecos de niños y bagatelas sin consecuencias y, de cuando en cuando, chorros irisados de elocuencia amorosa con alguna que otra llovizna de sofismas líricos, constituían su vida interior; su única riqueza, su único consuelo. Después del abandono definitivo, después que su propio nombre se volvió absolutamente falso y casi ridículo, ella intentó expresar con palabras escritas algún pedazo de su mundo. Lo consiguió y prosiguió. Un día, toda temblorosa, como si estuviera a punto de confesar al mundo su único amor, consiguió enviar a una gran revista un cuento suyo. El cuento gustó y fue publicado. Le pidieron otros y ella los escribió y los mandó.

Adquirió valor: pasó del cuento a la novela; encontró un editor; se creó un pequeño público; vivió sola, pensó, inventó; consiguió ganar para vivir; rechazó toda ayuda de la familia hostil y lejana.

2

Cuando la conocí tenía apenas treinta años. Vivía en una pensión, en una de aquellas calles anchas, señoriales y apartadas, donde incluso el polvo parece más limpio y el viento más educado.

Su vida era regularísima y laboriosa: escribía una novela al año y un cuento al mes, y para la novela tenía siempre a su viejo editor dispuesto, y para los cuentos, tres o cuatro revistas que seguían albergándola y pagándole poco. Sin embargo, lograba reunir aquellas dos mil o tres mil liras que le hacían falta para vivir y para abonarse a todas las salas de lectura de la ciudad. Leía con preferencia las novelas aparecidas entre 1830 y 1870, cuando el romanticismo estaba deshaciéndose y el realismo apenas apuntaba. Sospecho malignamente que en aquellos libros olvidados y patéticamente idiotas ella pescaba motivos y argumentos para los suyos.

Verdaderamente no debería decir de ella todo el mal que pienso, porque fue precisamente ella quien me quiso conocer; guardo todavía su primera carta, de la que algunas frases enfáticamente entusiásticas me hicieron y me hacen enrojecer. Las primeras veces que la vi no hablamos de literaturas y esto me sorprendió y encantó tanto que volví con más frecuencia de lo que hubiera querido. (No es que hubiera ningún peligro sentimental, pero, como hombre sano, creo que la proximidad de las mujeres es, al contrario de lo que se cree, un excitante para la pequeñez.)

Pero, aunque fui varias veces a verla, nunca pensé en invitarla a mi casa, y me asombré muchísimo el día que, mientras estaba en la ventana, vi pararse un coche a mi puerta y bajar de él a la señorita Esperanza, que venía a mi casa.

Una vez que la hube hecho pasar a mi despacho, empezó a hablarme de cosas corrientísimas: del concierto de Palestina que habría el día siguiente, de la necesidad de fomentar una moda más simple para las señoras no elegantes, e incluso de la insólita intranquilidad del gato blanco de la pensión. Sólo cuando se levantó para despedirse y marcharse me dijo en voz baja:

—Había venido para confiarle un pequeño secreto, pero acaso sea una estupidez. No vale la pena hablar de ello. Esperaré a otra vez, otro síntoma, y luego se lo diré todo, si me lo permite.

Le rogué, con mucha insistencia, que me contara en seguida lo que la había movido a buscarme y que ahora la hacía estar titubeante y casi vergonzosa. La pobre Esperanza me miró un momento a los ojos con sus melancólicas pupilas negras y se sentó de nuevo.

—Escuche —empezó, bajando los ojos y atormentando con ambas manos los cordones de su bolso—. Escuche: yo creo que es una simple casualidad, una coincidencia cualquiera; un acuerdo repetido nada misterioso. Pero confieso que me ha impresionado: tengo necesidad de confiarme a alguien, de pedir una explicación. Acaso se trata de una simple suposición y otro puede verlo de otra manera. Tal vez usted pueda decirme algo: usted es un espíritu profundo, usted ha buscado siempre los enigmas...

—Perdone —la interrumpí, con mi acostumbrada mala educación—, usted me hace con demasiada facilidad elogios que no me importan, y aún no me ha dado a entender, ni remotamente, lo que desea de mí.

La desgraciada muchacha me miró de nuevo con ojos asustados.

—Tiene razón —repuso—; perdóneme: soy mujer y literata. He aquí en pocas palabras lo que me sucede. Como usted sabe, yo sólo escribo y, en general, los argumentos de mis cuentos me vienen de manera espontánea, mientras leo, o paseo, o estoy en cama por la noche o por la mañana. Pero desde hace algún tiempo me he dado cuenta de que, de los muchos temas de cuentos que tengo dispuestos en mis papeles y en mi cabeza, sólo soy capaz de desarrollar algunos; y, lo que es más extraño, esos argumentos tienen algo en común, es más, tienen en común el hecho más importante, es decir, que todos se refieren a una mujer, y esta mujer, por más que haga para cambiarla y transfigurarla, se parece precisamente a mí.

—¡Por favor! —exclamé, con cierto desprecio—. ¿Qué encuentra de extraño en todo eso? A todos los escritores, incluso a los de talento shakespeariano o dramático, les sucede siempre lo mismo. La literatura es un espejo. Se hace actuar a los demás, pero sólo se conoce y se representa a uno mismo. Si acaso, lo extraño es que usted no lo haya advertido antes.

—Espere —dijo con energía la señorita Esperanza, un poco resentida—, espere a que se lo cuente todo. La historia no se acaba aquí. Usted me cree más tonta de lo que soy. El hecho verdaderamente extraño viene después. Cuando he escrito las historias de la mujer que se me parece, sucede que las mismas aventuras inventadas por mí, para mi imaginaria heroína, se repiten *en la vida* para mí, precisamente para mí en carne y hueso. Le daré un ejemplo: hace seis o siete meses escribí un cuento en el que narraba cómo una mujer joven, virgen, fea, honesta y solitaria, se encontraba, de repente, con que tenía que hacer de madre para salvar el honor de una amiga, y de qué manera se iba despertando poco a poco en ella el amor hacia este niño no suyo, y con tanta fuerza que le hacía creer que ella era verdaderamente su madre. Y he aquí que hace tres meses, antes que el cuento fuera publicado, he recibido una carta de la única amiga que tengo en el mundo. Esta amiga está casada, pero separada; tiene un amante, ha tenido un hijo y, para no verse obligada a registrarlo, como sería necesario, con el nombre del marido, me conjuraba a recoger su hijo. No he sabido decir que no: la cosa quedará secreta, y por otra parte, ya que nunca podré tener una familia mía, no me importa mucho el honor burgués. El niño está con una nodriza, pero no he podido menos que pensar en él. He ido a verlo; me he conmovido. Esa pequeña vida que surge y se forma liberándose de la animalidad me atrae. He vuelto ya varias veces y creo que lo quiero, acaso, más que su madre. Este es el primer hecho, pero hay otro. Hace pocos días escribí un cuento donde la acostumbrada mujer que se me parece vuelve a ver, después de muchos años, al único hombre que amó, y lo ve feliz, con una mujer a su lado, y se aparta para no enturbiar con su presencia la nueva felicidad de aquel al que sigue amando. Pues bien, ayer mismo...

A este punto los sollozos le cortaron la palabra, se tapó la boca con el pañuelo y los contuvo a duras penas. Pero dos pequeñas y tímidas lágrimas cayeron de sus largas pestañas negras, que estaban ya húmedas antes.

—Hacia siete años que no lo veía —reanudó con voz improvisamente ronca—. Se había marchado fuera de Italia. Ayer lo he vuelto a ver: hay una mujer con él, rubia, guapa, alta, con los ojos malos. Yo no sabía nada y, sin embargo, hace pocos días lo había escrito todo, tal como ha sucedido. También en el cuento hay los ojos malos de ella y la sonrisa de él: la sonrisa que yo conocía tan bien...

Aquella singular imitación que la realidad hacía de la literatura me sorprendía más profundamente de lo que quería reconocer; sin embargo, compuse la fisonomía más sabia de este mundo e intenté demostrar a la señorita Esperanza que se trataba únicamente de coincidencias curiosas y nada más, y que no había motivo para conmoverse. La pobrecita me miró tristemente y sin confianza, dándose cuenta de que yo quería engañarla. Al cabo de unos momentos, cuando las lágrimas se calmaron, se secó la cara con cuidado, me saludó fríamente y se fue.

3

Durante muchos meses no la vi y no tuve el valor de ir a buscarla, después de lo que me había dicho con los ojos aquel día al dejarme. Pero una mañana leí su nombre en el periódico bajo un titular extraño: *Tentativa de rapto de una escritora*. Era ella: mientras volvía, por la noche, de un paseo por el campo, los acostumbrados hombres enmascarados, que tienen el coche preparado a pocos pasos, habían intentado amordazarla. A sus gritos, un hombre que había acudido había exclamado: «¡No es ella!» Y la habían dejado.

Corrí a la pensión donde vivía para saber lo que había de cierto en aquella noticia. La encontré palidísima, tendida en un diván. No se asombró al verme y me tendió un fascículo de una revista salida aquel mismo día. Miré el sumario y vi que había un cuento suyo. Corté la página, leí... Se trataba de una mujer joven, melancólica, fea y abandonada, que había sido raptada, por equivocación, una noche, por unos hombres con antifaces negros.

Mientras avanzaba en la lectura, de cuando en cuando, levantaba los ojos hacia ella con estupor; ella sonreía y callaba.

—Pero ¿es verdad? —le pregunté cuando hube terminado—. ¿Es verdad todo, incluso lo que cuentan los periódicos?

—Exactísimo —me contestó, intentando sonreír—. No hay ninguna vía de escape. A usted se lo conté todo. Pero entonces estábamos en el comienzo..., la cosa no era grave. Después... ¡Si supiera lo

que ha sucedido después! La ley es tenaz, constante, rigurosa. A veces se trata de cosas de nada, pequeneces, pero otras... Es preciso que un día u otro le diga todo: también los demás deben saber...

»Cada vez que tomo la pluma, ella, es decir, yo, se adelanta y se apodera de mi espíritu. No puedo imaginar cosas de nadie más sino de ella. Lo he intentado. ¡Oh, sí, lo he intentado! ¡Cuántas redes he tendido a mi fantasía reluctante! ¡Cuántos viejos temas he sacado de mis papeles para imponérselos a mi inspiración! Era inútil, no conseguía ni escribir una frase. Pero en cuanto me dejaba dominar y guiar por *ella* —es decir, por mí, por mi doble literario y profético—, entonces todo se volvía fácil y llano, las aventuras se presentaban con abundancia, sin esfuerzo, la intriga se desarrollaba elegantemente hasta lo último, y el cuento salía de un tirón, lleno de vida. Pero cada uno de esos cuentos era una condena para mí. A veces se narraba que ella no podía dormir y cada noche la asaltaban horribles visiones, y a los pocos días también yo me agitaba en el insomnio, debatiéndome contra fantasmas y monstruos indescriptibles. Otra vez imaginaba que era amada por un muchacho joven, por un adolescente atraído por su fama y, en efecto, al cabo de pocas semanas recibí una carta de veinte páginas de un muchacho de quince años que me creía joven y bella y me ofrecía su amor para toda la vida. Y así, cada mes, una. Y siempre, cada vez, lo que predigo con la fantasía se realiza sin demora. El último caso es el que usted conoce y que le ha sugerido venir a verme. Y ahora, ¿qué me dice? ¿Me dirá todavía que se trata de coincidencias?

Me di cuenta de que la infeliz Esperanza estaba muy excitada y tenía fiebre. Le aconsejé, con toda la bellaquería que encontré disponible, dejar de escribir durante un tiempo. Me lo prometió y, después de alguna cansada palabra de consuelo, la dejé.

Su caso me turbaba y hacía cuanto podía para no pensar en él. No era capaz de explicarlo: me atraía y me enojaba. Acabé por olvidarme casi completamente de la pobre Esperanza y de sus aventuras literarias. Pero una mañana de enero me llegó una carta suya. Me informaba que había seguido durante algún tiempo mi consejo, pero que, al cabo de tres meses, se había visto obligada a reanudar su trabajo por dos razones: ante todo, porque vivía de la literatura y no podía, ni quería, pedir nada a nadie, y además, porque la imagen de su fantástico doble no le daba paz ni sosiego y le sugería, día y noche, nuevas aventuras extraordinarias. Entonces se había entregado a la inspiración y, apenas había escrito, la realidad venía a imitarla como antes, como siempre. Ya no podía liberarse; todo lo que la *otra* le dictaba tenía primero que narrarlo y después suceder. El último cuento era el más terrible de todos: anunciaba la muerte. La infeliz añadía que no temía a la muerte, pero que quería advertirme para que, por lo menos, hubiera un testimonio de su triste clarividencia.

Apenas leí la carta fui a la pensión. Una criada que vino a abrirme con la cara descompuesta me dijo que la señorita Esperanza había muerto hacía pocas horas de un ataque al corazón. Encima de una mesa se encontró su último cuento, en el que una heroína melancólica y morena moría perseguida por una sombra que nadie veía más que ella.

CUATRO PERROS HICIERON JUSTICIA

1

Después de dos embajadas, después de una carta escrita a máquina en papel de hilo, y de tres o cuatro sobresaltos de teléfono, tuve que decidirme a decir que sí.

Por la tarde, a las seis, el coche se detuvo a mi puerta y antes que yo tuviera tiempo de ponerme los puños limpio. ¡Qué fastidio! Los gemelos no entran; el pañuelo no se encuentra; los zapatos están sucios... Pero ¿no lo sabe también él que soy pobre y plebeyo?... Bueno, vamos.

El coche partió, rodó saltando melancólicamente sobre las pocas piedras que el barro no había sepultado todavía; enfiló callejas de suburbios, recorrió con monótona lentitud anónimos paseos de barrios nuevos; cruzó un paso a nivel, se acercó al campo. Llovía con decidida regularidad, como si hubiera llovido siempre, desde el principio del mundo. Algunas luces rojas entre la niebla, a través de los vidrios empañados. Conmigo, en el coche, había dos hombres, pero yo no les hacía caso. No podía soportar el sonido de sus palabras; prefería escuchar el chirriar de la grava que se rompía bajo las ruedas. Sentía que se trataba de él, de su villa, de su riqueza, de su mujer, de su porvenir, de un poema largo, eternamente, místicamente y sociamente largo..., un Mahabha-rata americano, una Biblia del año 4000, de cuando nosotros seremos también medievo. Pero el fastidio de la lluvia era mejor que todas las más ultraterrenas visiones. El caballo trotaba despacio; luego se detuvo; después se puso al paso. Tenía que remontar una subida; el hombre bajó del pescante y su sombra, con un látigo bajo el brazo, pasaba y repasaba por delante de la portezuela. Reconocía la calle: las cancelas negras, altas, macizas, a través de las cuales había olido las enormes rosas y había azuzado a los perrazos blancos; muros goteantes, desconchados, remendados de verde, con la cal mojada y los vidrios en punta en lo alto... Era mi campo: paseos solitarios de los diecisiete años, idilios con la nada, perfume de violetas apenas abiertas, deseos que nunca fueron cantados!

Habíamos llegado. ¡Qué fastidio! He aquí la puerta abierta de par en par: el camarero mira con ceño de carcelero, pero si no sonrío es porque no lleva bigote. Entramos en el patio. «¡Bonito, grande, hermosísimo! Y aquellas columnas de allí, ¿estaban antes? ¡Qué buen gusto!» El Intérprete sugiere la admiración y da, sin ser solicitado, todas las explicaciones posibles. Henos en el guardarropa: todo pequeño, todo mono, todo limpio. La camarera acude: ¡También ella! «Déme el paraguas, déme el gabán.» ¿Y luego? ¡Qué maravilla verme en americana, en simple americana! ¡Y ni siquiera es mía!

Un camarero se acerca con un cepillo con la idea de limpiarme los zapatos. «No, amigo mío —le respondo entre mí—, ¿no sabes que soy plebeyo como tú y que me gusta andar con mis piernas, que son piernas de hombre, más que con las de los animales?» Pero, para no gastar demasiadas palabras, retiro los pies y me encamino hacia la antecámara con los zapatos enfangados y las manos más nerviosas que de costumbre.

El Intérprete nos empuja hacia el salón. Divanes rojos, sillitas de encina, vírgenes apócrifas y doradas, muchas luces eléctricas y alfombras de Siria. Miro a mi alrededor: ahora somos cuatro: yo y el Apóstol, y luego el Intérprete y el Anticuario.

¿Qué he hecho para estar aquí? ¿Por qué he venido? ¿A quién esperamos?

Para calmar mi impaciencia, pongo las manos sobre un librazo cubierto de un cuero viejo pelado. Todavía hay trazas de oro en la encuademación. Abro un broche de latón, pero entonces se levanta un tapiz y entra, majestuoso, pero esbelto, nuestro huésped, *mister* Dayson en persona. Es la primera vez que lo veo: tendrá unos cincuenta años; la barba gris, la frente despejada, una corbata blanca bajo la barbilla, las manos enormes. Es un buen muchacho: se ve en seguida. Grandes apretones de manos y muchos: *How do you do? y: I am very glad...*

Nos sentamos en un arcón esculpido, negro, más alto que las demás sillas: mister Dayson, en medio; yo a un lado, y el Apóstol al otro. Sobre nuestras cabezas cuelga, a guisa de cómico castigo, el retrato de mister Dayson realizado por un tal Whistler que no se avergüenza de él. ¡Hablemos! Pero ¿de qué? El señor Dayson sabe el italiano como yo sé el americano, es decir, muy mal. El deglute el principio de una pregunta italiana, yo balbuceo la mitad de una respuesta inglesa. Pero ¿no está el Intérprete? Helo aquí todo sonriente, con la cara pálida a fuerza de lavársela, con la camisa blanca, vestido de negro, gesticulando a saltos como un autómatas de sastrería, todo feliz de hacer de intermediario entre los hombres. Así empezamos una seria conversación: los nombres de Kant, de Nietzsche atraviesan el aire pesado del salón, que huele a radiador y a rosas. ¡Oh aire húmedo y libre que se respira entre los olivos mojados! Han dicho a mister Dayson que yo soy filósofo y él me tortura con su filosofía. Habla despacio, sentencia, sonrío, mira a su alrededor, interroga con sus ojos grises, se detiene para repetir sus argumentos; el Anticuario lo acompaña con una mueca sardónica, pero el Intérprete sonrío extasiado como un ángel de porcelana, como un pequeño Buda. Siento que me pasan por la cara tufaradas de revista semanal de Boston. Estamos en Schelling, hemos llegado a Mazzini. También los mártires de barbas blancas son profanados entre una sonrisa y otra, ante las alfombras de Esmirna. Me levanto: ya no puedo más.

¿Por qué me han llamado a esta villa florentina enjalbegada, refaccionada, restaurada, repintada, arreglada, alfombrada y renovada por el gusto americano? Me habían llamado para comer, y en cambio charlamos sin libertad. Por fortuna, se oye un rumor: la señora, *mistress* Dayson, aparece. El marido es el primero que sale a su encuentro, parece que la acaricia con sus grandes ojos grises de buey. *Mistress* Dayson se ha puesto guapa: ¿para quién? Es una mujer, ¡ay de mí!, en los últimos límites de la juventud. Un año más, dos y ya no podía decir que cumplió treinta y cinco el mes anterior. Es alta, va vestida de blanco; escotada, pero no demasiado; dos hileras de perlas le recogen

los cabellos. Nos mira desde lo alto de sus ojos de turquesa como si fuera una reina. Y yo también la miro: su piel ligeramente agrietada, hipócritamente arrugada, me da casi piedad. Sin embargo, es preciso también inclinarse ante la reina. El elegantísimo Intérprete se precipita para traducir los necesarios cumplidos.

Los míos se reducen a unas simples «Buenas noches». Entonces mister Dayson, que se ha dado cuenta tal vez de mi triste salvajismo, me toma del brazo y me lleva a ver las maravillas de la casa: ante todo, las del salón.

—Esa copa de mármol es del tiempo de Fidias —afirma la vocecita eunuca del Intérprete, que nos sigue como un perro—; estas telas son indias; estos vasos son de la Magna Grecia; estos platos azules los he comprado en Persia; esta extraña estufa de hierro proviene de Siberia; esta Sagrada Familia es de escuela veneciana; este mar pintado es del célebre Serra, y aquel busto es del siglo xv, y aquel puñal...

¡Oh, el bonito puñal damasquinado, con su vaina cubierta de terciopelo rojo, con su hoja bien afilada y su punta bien puntiaguda! «¿Por qué —pienso— este señor Dayson no mata a su mujer con ese puñal? ¡Una bonita muerte de estetas, en una villa de Fiésole, en una fría noche de febrero!» Pero el señor Dayson no está satisfecho: es preciso seguirlo hacia arriba, a las otras habitaciones. Subimos la escalera, muelle y silenciosa por las alfombras; atravesamos salitas y salones con muebles *secesionistas* e imitaciones del siglo xvi; galerías con sólidas columnas de estilo toscano, y luego largos pasillos con aguafuertes en las paredes, y grandes despachos con libros por todas partes, libros bien encuadernados, limpios, intactos: libros no leídos. Pasamos a la habitación del matrimonio; subimos más. Encontramos otro gabinete, otra galería, luego una terraza cubierta, con sillas de mimbre, sillones inmensos, divanes sultanescos, bustos de mármol severos e insignificantes. Este es el santuario de mister Dayson; el último reducto de su vida, su pensador de gala. Ya que mister Dayson no es un hombre corriente, no es simplemente uno de los muchos americanos que vienen a Italia para hacer de señores con poco dinero. Es un hombre de letras, un apóstol, un escritor, puedo incluso decir un poeta desde el momento que esta palabra se ha concedido a todos los que hacen versos, e incluso a los que no los hacen. Es preciso saber, en suma, que mister Dayson es, como todos los hombres ilustrados de su tiempo, un socialista, pero no un socialista común o vulgar, sino uno de aquellos que pronuncian discursos en salas bien caldeadas, que imprimen libritos con cubierta roja y hacen a sus hermanos, no ya el sacrificio de su vida —son pacifistas incluso dentro de sus paredes domésticas—, sino aquel bastante más pesado de algún centenar o millar de monedas de cinco francos. Mister Dayson es, en suma, un socialista presentable, un socialista de lujo. Si se hubiera quedado en su país sería jefe de algo, tal vez de un ejército, de un partido, de una iglesia, pero él ha preferido, como Washington, retirarse del campo de sus hazañas. Él sabe que el mundo espera muy otra cosa de él y no quiere defraudar a la humanidad. Por eso ha tomado a su mujer y a sus millones y ha venido a Italia, a curarse el corazón y a componer un poema en cincuenta cantos. Mientras los trabajadores se fatigan con los martillos y bajo tierra, él se tumbará en una aireada galería italiana a componer cuartetos para anunciar la

futura edad feliz. A cada uno su misión, la suya es cantar la revolución después de haber deglutido una buena comida bajo los artesonados de un techo del siglo xvi.

Ahora yo escribo estas cosas con cierta calma, pero cuando mister Dayson me arrastraba de cuarto en cuarto y de galería en galería, con el frívolo Intérprete a la espalda, me encontraba tan mal como si hubiese tenido una serpiente alrededor del pecho.

«¡Pedazo de sinvergüenza! —decía entre mí—. ¿Tienes el valor de escribir en las revistas rojas y de querer salvar al pueblo? ¿Y estás aquí, en una casa que te cuesta medio millón, con siete criaturas humanas a tus órdenes y varios millones en tus cajas? Y, no contento con esto, vienes aquí, a mi casa, sobre la más dulce colina toscana, en medio de mis olivos, en medio de los cipreses, en una villa de mi pueblo, en una bella y sólida casa que tú ensucias y ofendes con tus espantosas mezclas anticuarias y neoyorquinas. ¡Fuera de aquí, mala bestia, fuera en seguida!»

Creo, en serio, que si el código no castigara el homicidio habría agarrado por el cuello a mister Dayson y no lo hubiera dejado hasta que hubiese oído caer su cabeza sobre la alfombra. Tal vez tuve un estremecimiento de presentimiento, porque se apresuró a volver a bajar al salón. Desde el salón quiso por fuerza que pasara al jardín. Las galerías de la casa se iluminaron. Fuimos a tientas bajo la lluvia hacia una gran terraza que avanzaba como el espolón de una fortaleza en dirección al valle.

—Desde aquí —decía con aire de triunfo mister Dayson —se ve toda la Toscana. Allí Vallombrosa, allí Pisa, allí los montes Apuanos, y por esta parte Mugello y Vallarno, un poco de Casen tino: toda la Toscana.

No se veía nada —sólo densos perfiles negros a través de la niebla y de la oscuridad—, pero yo lo veía todo: veía mi tierra divina con sus ríos de plata y sus casas color de sol y sus montes azules encipresadosr toda mi tierra a los pies de este intruso filántropo barbudo. No, no y no: decía mi corazón. Pero a mi alrededor todo estaba oscuro y frío. Ninguna voz respondía a mi rabia. ¿Dónde estaban los dueños de este país? ¿Nadie gritaba?

Una mujer nos llama a través de la niebla, desde el límite rojo de la luz. Entramos de nuevo en la casa. ¡Valor!

2

Gracias a Dios, anuncian que la cena está servida. Mister Dayson me da el brazo; el Anticuario se pone a disposición de la señora; el Intérprete menea la cola, y el Apóstol viene el último, más ceñudo y neurasténico que nunca. Me encuentro sentado ante una gran mesa dispuesta; delante de mí hay cinco vasos, dos platos, dos tenedores a un lado y dos cuchillos a otro. Pienso en cuando

como en el campo, solo, con dos lonjas de jamón en un papel amarillo, un pedazo de pan; diez dedos como manteles y el cielo y los pájaros sobre mi cabeza.

A mi lado hay una mujer que hasta ahora no había visto: es una dama de compañía de la falsa reina, la secretaria del señor, tal vez la maestra del chico. Es una señorita prusiana que habla siempre inglés y alguna vez italiano. Tal como está, bastante descotada y con dos valientes ojos meridionales, es la mujer más mirable de la casa.

Mientras tragaba con alguna incertidumbre una pasta harinosa que recubría apenas el fondo de un gran plato sopero con flores pseudocampesinas, mister Dayson reanudó la conversación. Los hombres de Fichte y de Engels resonaron una vez más en medio del gorgoteo y del chirriar de las palabras transatlánticas. La corbata blanca ondulaba y se hinchaba bajo la barbilla del elocuente anfitrión. La señora callaba y admiraba; el Intérprete reía, asentía y traducía; el Anticuario comía con su lustrosa cabeza inclinada; el Apóstol confiaba al oído de la prusiana los nombres difíciles de poetas mal traducidos. La rabia me hacía más silencioso que nunca. Contestaba que sí y que no y, contra mi costumbre, comía poquísimo. Pero los cinco vasos pequeños y grandes puestos delante de mí no me intimidaban: bebí vino blanco y vino tinto, vino alemán y champaña francés, con la firme intención de calentarme y dar un escándalo. La conversación seguía. Mister Dayson correteaba como una liebre por la historia americana. El pobre Emerson fue sacrificado en pocas frases; el gran Walt Whitman apareció un momento y sufrió su tirón de orejas; Lincoln y Thoreau salieron de la sombra y aparecieron bajo su verdadera luz de precursores de mister Dayson. Y dado que yo bebía, bebía también él. Iban pasando pedazos de asado, montañas de zanahorias, papas sin aliñar, panecillos sepultados en candidas salsas compactas, apios crudos, pajaritos transfigurados, aceitunas en vinagre y almendras saladas; pero el señor Dayson no les hacía caso. El bebía y hablaba, y la revolución social espumeaba en sus palabras como en una copa de champaña. Yo lo entendía a medias, pero sudaba lo mismo que si lo hubiese entendido. Una frase ingeniosa del anticuario desvió por un momento la conversación, y hasta la reina se dignó decir algunas palabras entre el Intérprete y el Apóstol. Pero el señor Dayson volvió a tomar la palabra y ya no la soltó.

Bordeamos la más alta metafísica: ni siquiera la llegada de un gran dulce de chocolate interrumpió una inconveniente comparación entre Platón y Longfellow. Improvisamente, sin embargo, mister Dayson dejó la filosofía. Estábamos al final de la comida y de las botellas: en el momento orgiástico del bajo optimismo filisteo.

—Hay tres cosas —anunció mister Dayson en voz alta y satisfecha en medio del silencio de todos— que me hacen confiar en el mundo. La primera es ésta: que no existe en el mundo una criatura tan perfecta como la señora Dayson; la segunda es que los derechos de las masas proletarias son reconocidos por aquellos mismos que deberían negarlos; y la tercera es que no veo por ninguna parte a nadie que se me parezca.

Y dicho esto, otra copa de champaña. La reina sacudió con aire compasivo su cabellera amarilla emperlada, pero se veía que estaba en el colmo de la felicidad; el intérprete rió con aquella risa suya

a saltos, con aquella risa mecánica *made in Germany*. Los otros contemplaron el gran jarro lleno de mугuetes que había en medio de la mesa y no tuvieron el valor de reírse. Yo ya no podía más.

Me levanté en medio de la sorpresa general: sentía que la cara me ardía. Miré a mister Dayson a los ojos: él abrió la boca, tal vez para preguntarme qué me pasaba, pero en aquel momento se oyó ladrar un perro. El señor Dayson agarró la ocasión por los pelos y exclamó:

—¡Mis pobres perros! Esta noche no los he hecho entrar. ¿Quiere ver mis perros?

Y así diciendo se levantó también él y corrió a la puerta. Yo me dejé caer en la silla, humillado y molesto por el estúpido contratiempo. Las señoras empezaron a asustarse. La prusiana me juró en voz baja que los perros eran malcriados y feroces y que saltaban de tal modo, para hacer fiestas, que solían destrozar los vestidos de sus dueños. Oí un gran estrépito de sillas en la habitación de al lado y un confuso galopar. Cuatro perrazos entraron corriendo, meneando las colas, golpeando con ellas las sillas y las mesas, jadeando ruidosamente, saltando, como fieras puestas en libertad. Eran cuatro hermosos perros de las marismas, altos, fuertes y jóvenes. Estaban la perra madre y el perro padre y dos vigorosos hijos, tan altos y musculados como sus progenitores. Mister Dayson, en pie en medio de ellos, parecía querer calmarlos con los gestos de su mano e hinchaba el pecho con orgullo, como un domador novato en medio de los leones. Los perros corrían por la habitación, resoplaban, ponían las patas encima de todos, arrugaban el morro enseñando los dientes.

Entonces un recuerdo se me presentó y de repente vi la certidumbre de la venganza. En la montaña, estando con los pastores, había aprendido el silbido que llama a los perros marismeños y los lanza al asalto de los lobos y de los ladrones. Entonces, ante el asombro de todos, silbé: silbé con todo el aliento de mis pulmones y toda la fuerza de mi rabia.

Las bestias comprendieron, se acordaron y obedecieron —aunque habituadas a la esclavitud— al antiguo instinto. Sin escuchar nada, asaltaron a todos, mordieron las piernas de las señoras, desgarraron el blanco vestido de la dueña, derribaron al suelo a la pequeña prusiana con su silla, saltaron a los ojos del Intérprete, derribaron la mesa con todas las cosas, todas las flores, todos los cristales, todos los platos pintados, ladraron y aullaron como si estuvieran enfurecidos y, saltando por todas partes, rompían, derribaban, destrozan y lo trastornaban todo. El bonito comedor, con sus blancos manteles y su alegre lámpara y sus ramos olorosos y sus sillas talladas, parecía un infierno en el que cuatro demonios peludos persiguieran y martirizaran a siete condenados.

Yo volví a silbar y los ladridos furiosos me respondieron dominando los gritos y quejidos de los asaltados. La venganza que los hombres ni siquiera se atrevían a imaginar, las generosas bestias de la Marisma la habían realizado con todo el ímpetu de su raza robusta.

No escondo que me sentí de repente libre y satisfecho. También yo tenía un desgarrón en los pantalones, un mordisco en la mano y la chaqueta inundada de vino, pero no me importaba: mis ojos debían de chispear como los de un Mefistófeles de buen humor.

Ahora ya no tenía nada que hacer allí. Los criados habían acudido para atar a los perros y la voz de mister Dayson había cambiado. Yo, aprovechando la confusión, me deslicé fuera de la habitación, corrí a recoger el sombrero y el gabán y salí, mientras los perros seguían aullando entre los gritos enronquecidos de los hombres. Regresé a casa a pie, bajo la lluvia, y cuando me desnudé para meterme en la cama me di cuenta de que tenía los zapatos más enfangados que de costumbre.

LA BUENA EDUCACIÓN

El invierno pasado, todas las mañanas, menos el domingo, tenía la costumbre de regresar a casa a mediodía. No siempre era mediodía exacto: es más, la mayoría de las veces faltaban algunos minutos, o bien pasaban. Costumbre muy corriente, muy burguesa y en absoluto poética, pensando en su finalidad que todo el mundo sabe. Sin embargo, no conviene hablar de ella porque me ha conducido, al final, a estar encerrado en una habitación de pago de la mayor cárcel de la ciudad, esperando de un día a otro ser llamado a juicio para responder de algunos actos' míos recientes.

Ya le he explicado al juez instructor cómo se desarrollaron los acontecimientos y me he dado cuenta, por algunas miradas escépticas y por algunos gestos de maravilla compasiva, de que no lo he convencido. Pero ¿tan asombroso es?

La primera vez que encontré al cantante de que se trata fue, según recuerdo, hacia mediados de noviembre. Era mediodía pasado y, como he dicho, volvía a casa con mi acostumbrado paso ligero y con mis ojos de miope fijos en quién sabe qué pensamientos. Sin embargo, cuando hube atravesado el puente y llegué al fondo de la plazuela que tenía que atravesar para tomar mi calle, es decir, casi en la esquina, he aquí que pasó por mi lado un hombre no muy alto, más bien gordo, pálido, con los bigotes recortados, un cigarrillo entre los labios y un par de botines color tórtola en los pies. Aquel hombre se llevó la mano al sombrero duro y negro, y me saludó cortésmente sin sonreír ni hablar... Me quedé tan sorprendido —ya que era la primera vez que lo veía—, que no contesté a su saludo y seguí camino.

Desde aquella vez, cuando volvía a casa a mediodía, encontraba siempre, y casi siempre en el mismo punto, al desconocido saludador. Lo encontraba si volvía antes de mediodía y lo encontraba si volvía un poco después, y también si por casualidad volvía a las doce en punto, y siempre en aquella plazuela, y entre un día y otro no había una diferencia mayor de cuarenta o cincuenta pasos. El llevaba siempre, colgando entre los labios, el cigarrillo apenas encendido y siempre me saludaba quitándose su sombrero negro y mirándome apenas.

Durante tres o cuatro semanas no le devolví el saludo, pensando en una equivocación y no teniendo, por otra parte, ninguna gana de entablar conversación y de pedir explicaciones. Pero el amable hombre no se descorazonaba y cada día, en mi honor, su sombrero negro abandonaba un momento su cabeza de pelo castaño. Al fin no tuve más remedio que convencerme de que era yo el incorrecto y el desmemoriado: supuse que había conocido a aquel hombre en algún sitio, que lo había visto una sola vez y durante pocos minutos, y que él era mejor fisonomista que yo. Movidio por estas reflexiones, una mañana me decidí a contestar al saludo, y cuando el sombrero negro se levantó, toqué ligeramente mi fieltro gris. La respuesta no era demasiado cordial, porque —fíjense bien— mi sombrero no abandonó mí cabeza, y, sin embargo, bastó aquel indicio, aquel esbozo,

aquella promesa de saludo, para que el hombre se quitara el cigarrillo de la boca y me sonriera con aire de inteligencia. Pero aquel día no sucedió nada más. Después —estábamos ya en diciembre—, como yo seguía tocando mi fieltro y tal vez lo levantaba con aire cordial, la sonrisa del desconocido se hizo más abierta, y finalmente se transformó en un «buenos días» tan afectuoso y dicho con voz tan armoniosa que mi silencio me dejó un poco confuso. Al «buenos días» se añadió, al cabo de pocas semanas, el «bueno apetito» y los sombrerazos continuaron por mi parte y por la suya. Lo curioso es que, con tanta intimidad, todavía no habíamos hablado juntos. Tanto él como yo teníamos la costumbre de andar rápidamente, y para los saludos bastaba el instante del cruce.

Esta extraña relación duró de esta manera bastante tiempo. Si yo hubiera tenido otro carácter, hubiese buscado la manera de conocer más de cerca a mi nuevo amigo; lo hubiese obligado a hablar, le hubiera preguntado, por lo menos, cómo se llamaba. Pero yo tengo una simpatía antigua, natural y espontánea por las cosas insólitas y levemente extraordinarias, y mi único temor era que el otro rompiera el encanto, cambiando aquella amistad cotidiana, pero fugitiva y anónima, en un intercambio de visitas, de chismes y de tazas de té.

Lo que me temía sucedió. Habíamos llegado a finales de abril, siempre con el mismo sistema, y si bien la cordialidad había crecido, las frases de salutación no habían aumentado mucho su número. Pero aquella desgraciada mañana —era, como resulta de los autos, el 2 de mayo— mi desconocido amigo, apenas me vio, en lugar de llevarse la mano al sombrero, vino a mi encuentro con la cara muy seria, me tendió la mano —que yo, naturalmente, tuve que estrechar— y me dijo gravemente:

—Hoy lo necesito. Lo espero a las cinco en punto a la puerta de San Giorgio.

Y se fue rápidamente, como de costumbre, pero sin decir nada más y sin quitarse el sombrero. Pasé aquellas cinco horas entre molesto y curioso, y acabé por no poder hacer nada. A las cinco estaba en la puerta de San Giorgio. El hombre gordo y pálido me esperaba y salió a mi encuentro con la mano tendida.

—Perdóneme —dijo en voz baja y casi avergonzándose un poco—, nuestras relaciones son un poco singulares, lo sé. Será mejor que me presente en seguida: me llamo Giuseppe Severi, estudio canto, tengo voz de tenor, tendría que debutar este año.

—Y yo... —empecé.

—No importa —dijo el otro precipitadamente—, no importa: ya sé quién es usted. Lo sé desde hace mucho tiempo. Tiene que perdonarme: es mi método de hacer conocidos. Me lo ha enseñado un inglés, sale siempre. No siempre estamos seguros: pero la cara, el gesto, la manera de andar... Es una casualidad, lo sé; pero también los conocidos que se hacen en las conversaciones, en los teatros, en los cafés, son casualidades. Nos encontramos mal o bien: es lo mismo. Usted comprende por qué y sabrá perdonarme.

—Es más... —empecé a decir yo, con la intención de decirle que no estaba en absoluto descontento.

—No hablemos más de eso —repuso el señor Severi, levantando la voz—. No lo he detenido por esto. Ahora ya está todo hecho. Hoy tengo necesidad de usted. Vamos a casa.

Nos encaminamos hacia el paseo, a través de las bajas paredes recién enjalbegadas. No había nada de primavera en el aire y el cielo estaba lleno de una niebla blanca que dañaba los ojos.

—Vivo aquí cerca —prosiguió el tenor—, y en mi casa sólo está mi mujer. Estamos solos, muy solos. Esta es la razón por la que tengo necesidad de usted. Hasta hace poco tiempo teníamos muchos amigos. Pero ahora... No sé por qué mis amigos me abandonan. No todos voluntariamente, sin embargo. Algunos han tenido que marcharse por asuntos o para ir a establecerse en otra parte. Y a otros he tenido que echarlos de casa, he tenido que prohibirles que se pusieran delante de mí. Además, está mi mujer... Mi mujer es rusa, un poco fantástica, un poco enferma y caprichosa. Todas las rusas fuera de Rusia son así. También ella tiene sus antipatías y he tenido que alejar a algunos amigos míos con mucha diplomacia. También tiene sus simpatías, y éstas no las puedo tolerar...

A este punto el tenor me miró con aire resuelto y preventivo.

—La conclusión es —reanudó— que nos hemos quedado absolutamente sin amigos, sin conocidos, sin relaciones, y que si hoy no queremos tomar el té solos —¡lo que nos llevaría a quién sabe qué escenas!— he tenido que recurrir a usted. ¿Usted no rechaza, no es verdad, una taza de té? Es una amabilidad que nunca olvidaré.

—Para mí será un verdadero placer —repuse.

Pero dentro de mí, a decir verdad, pensaba todo lo contrario. Las cosas no podían presentarse peor. Un cantante que no canta, celoso e irritable; una mujer rusa, voluble y coqueta, y el desierto alrededor... Pero ahora ya no podía decir que no. Seguí a mi nuevo amigo en silencio, bajo el cielo triste, blanco y pesado. Al poco rato llegamos ante una pequeña cancela negra y modesta, encastrada en una pared baja de color ladrillo. El tenor llamó y la cancela se abrió. Atravesamos un jardincillo cerrado por muros y rejas, más bien melancólico. Al fondo había una casa, una casa pequeña, baja y negra. Habían quitado el revoque enteramente y la pared estaba pintada con alquitrán brillante.

—Es por la humedad —dijo el señor Severi, señalando la casa—, dentro de poco estará todo acabado.

Entramos en un vestíbulo en el que sólo había un perchero lleno de trapos y de sombreros de todo tipo. El tenor me hizo pasar a la habitación de la izquierda: en el centro había una mesa redonda dispuesta para el té, con cierto lujo, tres sillas alrededor y un baúl a un lado: nada más. Mi nuevo amigo me dejó solo y corrió a llamar a su mujer.

Era una mujer de unos cuarenta años, mas bien alta, delgada, y que no tenía de bonito más que su gran cabellera rubia y dos ojos un poco verdes. En cuanto me vio, se precipitó hacia mí, me tomó ambas manos, me las estrechó, me miró a los ojos y me sonrió con visible placer.

—¡Oh, qué bueno y amable ha sido al venir! ¡Cuánto tiempo hacía que deseaba verlo! Pregúnteselo a Peppino. El me ha hablado mucho de usted. He seguido paso a paso los capítulos de su amistad. Esperaba este día para poder decirle lo agradecida que le estoy. Usted es nuestro salvador.

El hornillo de alcohol fue encendido, el agua hirvió y el té fue servido. La señora sólo tenía ojos y boca para mí. Había unos emparedados excelentes y pastas. Y quiso atiborrarme, como si me hubiera rescatado de una balsa medio muerto de hambre. Mi plato estaba siempre lleno y mi taza siempre colmada. Obligado un poco a dar las gracias y un poco a rechazar las gentilezas de la señora, no tenía mucho tiempo para hacer caso al marido, el cual tomaba su té fumando furiosamente sus gordos cigarrillos, sin comer nada. La señora no le dirigía nunca la palabra, y es más, según me pareció, evitaba mirarlo.

Al final tuve que darme cuenta de su irritación y, comprendiendo el peligro y no estimando que valiera la pena de meterme en líos por aquella mujer, dije que tenía que marcharme. Al oír estas palabras, el señor Severi se alegró, pero decidió que no me iría sin ver antes la casa. Tuve que obedecer, tanto más que la señora me había ya tomado del brazo y se encaminaba hacia la puerta. Me hicieron entrar en un cuartucho donde no había más que un piano de color caoba en un ángulo. En realidad había también un pequeño sofá, pero todo cubierto de libros y partituras. En la pared había colgados, a modo de trofeos, máscaras y floretes de esgrima. Los contemplé con curiosidad, ya que allí no había nada más singular.

—¿Le gustan? —dijo el señor Severi—. ¿Conoce la esgrima? ¿Quiere probarlos?

Le aseguré que no sabía nada de esgrima y que nunca había probado a tener un florete en la mano; pero el tenor, improvisamente agitado, había ya descolgado una de aquellas grandes máscaras y se la había colocado en la cabeza.

—Agarre otra —me dijo—: agarre el florete. Vamos a probarlos. Hace quince días que no hago ejercicio. Tengo necesidad de hacerlo.

Tuve que cubrirme a la fuerza la cara con la máscara y empuñar el florete.

—No hay guantes —reanudó mi extraño adversario—, pero no importa. Es lo mismo. Cuidado con las manos. Vamos. ¡En guardia!

La señora nos miraba maravillada y de mal humor. Se sentó sobre las partituras del sofá con un gesto de impaciencia.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaba el tenor.

Yo no conocía de verdad la esgrima —muchos testigos lo dirán en el proceso—, y por eso, acordándome de que la única manera de vencer es atacar, y deseando terminar pronto, me arrojé con ímpetu contra mi adversario, tirando a lo loco de punta y de corte.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó él de repente. Bajé el florete. El señor Severi me enseñó la mano: estaba toda amoratada de los golpes que le había asestado, y de un arañazo manaba sangre. La señora me contemplaba con admiración. El marido se dio cuenta de ello y dijo, mirándome a la cara y conteniendo a duras penas su rabia:

—No creía que tuviera que habérmelas con un cobarde.

—¿Con un cobarde? —repuse—. ¿Qué palabras son éstas? ¿Acaso no le he advertido que yo no sé nada de esgrima?

—Pero no había necesidad —replicó el otro— de arrojármese encima como una bestia.

—Bestia será usted —dije—, que me ha obligado a hacer una cosa que desprecio. ¡Y le ruego que se acuerde de que no he sido yo quien lo ha buscado y que no he sido yo quien ha querido probar los floretes!

—Pocas palabras, caballero —reanudó el otro, volviéndose muy pálido—; he dicho que es usted un cobarde, y lo repito. Aquí estoy en mi casa. Nos volveremos a ver.

A este punto la señora empezó a gritar y a gimotear.

—Pero, ¡Peppo! ¡Peppo! ¿Estás loco? ¿Qué dices?

La única respuesta a estas preguntas fue un bofetón, que la señora recibió sin demasiado asombro.

—¡Vayase de aquí! —dijo el señor Severi—. ¡Salga, vayase! ¡No quiero verlo! Estoy en mi casa. Usted me ha ofendido, recuérdelo.

—¡Y lo ofenderé otra vez, cobarde! —prorrumpí, disgustado por aquella escena.

—Está bien, está bien; hasta mañana. Mientras tanto, fuera de aquí.

No podía hacer otra cosa. Salí de la casa, me detuve un momento en la cancela para escuchar si se oían gritos, y al cabo de un momento bajé a la ciudad.

La continuación se adivina.

Al día siguiente dos caballeros vinieron a traerme el desafío del tenor, y después de lo que había dicho tuve que aceptarlo. Designé mis padrinos y les dije que no tenía ningún inconveniente en batirme, a pesar de mi incapacidad en todas las armas.

El duelo quedó decidido y el arma fue la pistola. Tiré por las buenas y, sin embargo, el tenor murió de la herida al cabo de dos días de agonía.

Y ahora estoy aquí, esperando el juicio. Pero ¿acaso soy culpable? ¿No les parece que en este asunto hay un aire de suicidio?

¿No fue él quien quiso conocerme, quien empezó a saludarme, quien me llevó a su casa, quien quiso batirse primero en broma y después en serio? ¿No les parece que desde el primer sombrero al último pistoletazo hay una trabazón voluntaria, una preparación consciente de su destino? Yo sólo he sido su instrumento.

Yo no tengo ninguna culpa. No siento sobre mi conciencia su sangre. Mis abogados explicarán, con la ayuda de la ciencia y de la metafísica, el misterio de este acontecimiento. Y si me condenan, no creeré nunca más en la buena educación.

El retrato profético

Siempre he tenido pasión por los retratos, y, para satisfacerla, he procurado conocer a cuantos pintores he podido. Desde hace casi quince años frecuento los estudios y poso, en pie o sentado, ante mis amigos.

En los primeros tiempos, cuando era todavía más pobre de lo que soy ahora, hacía lo imposible para llegar pronto a tutearme con los pintores jóvenes y pobres e inducirlos a hacerme el retrato, y la mayoría de las veces conseguía que me lo regalaran, una vez estaba terminado.

Cuando tuve algún billete de diez o de ciento a mi disposición, la cosa se hizo más fácil, y creo que me he hecho retratar no menos de tres o cuatro veces al año y siempre por pintores diferentes. Mi casa es una especie de odiosa galería, en la que por lo menos tres cuartos están llenos de caras más de todas las edades, a partir de los dieciocho años, que me miran desde los fondos claros o negros de las telas, asomadas a los bastidores dorados de los marcos de estuco. Tengo un corredor un poco oscuro que está lleno de ellas a ambos lados. Confieso que por la noche me molesta tener que pasar por él: aquellos rostros, todos desiguales y que, sin embargo, se parecen, me turban, me dan casi miedo. Me parece haber dado un poco de mi alma a cada uno de mis dobles de tela y color y de haberme quedado con un alma empobrecida y estupefacta.

Hay a mi alrededor perfiles a la sanguina apenas esbozados, bajo vidrio; pasteles en anchos marcos blancos; dibujos coloridos y grandes telas pintadas al óleo. Y yo me vuelvo a ver allí, en todas las posturas y en todas las medidas: jovencillo un poco estúpido, de perfil; cara elegiaca de poeta sobre un fondo desvaído de rocas azules; ceño satánico de polemista con la cara ansiosa y los ojos alterados dentro de un cielo todo negro; panzudo, buen hombre, con las mejillas bastante rojas y los bigotes rubios; joven pálido y cansado, con la cabeza apoyada románticamente en una mano; máscara enflaquecida y espectral, sin cuello ni busto, como una aparición a la boca de una caverna. Y soy siempre yo, y siempre distinto, y solamente yo: con bigotes y sin bigotes, con lentes y sin lentes, enfermizo o con buena salud, feroz o abatido. Y por todas partes hay pares de ojos grises, o celestes, o verdosos, que me miran y contemplan fijamente mis ojos y parece que me pidiesen algo, como si yo tuviera la culpa de su inmovilidad. Me acuerdo de algunas noches en las que he creído perder para siempre aquella apariencia de razón que me ha permitido, hasta ahora, salvar mi libertad.

Y, sin embargo, mi pasión duraba, y si por casualidad conocía de cerca a un nuevo pintor, no me daba paz hasta que me había hecho el retrato. No obstante, más de una vez eran los mismos pintores quienes me rogaban que posara para ellos, ya fuera porque tuvieran necesidad de modelo, o conocieran mi debilidad, o los atrajera mi larga cara, blanca y atormentada.

Uno de éstos fue un ruso de nombre alemán que conocí en Florencia hace seis o siete años. Ya la segunda vez que le hablé me rogó que fuera a su estudio. Me dijo que necesitaba mi rostro para pintar un alma: éstas fueron sus palabras exactas.

Fui a su estudio y me quedé incluso a cenar; pero lo que entonces hacía no me dio una gran idea de su talento. Eran paisajes descoloridos e indecisos sobre tablitas de madera: cipreses delgadillos sobre cielos sucios y sin aire; jorobas de montañas sin estilo y sin carácter; crepúsculos color yema de huevo con desgraciadas nubes de chocolate.

—No es esto lo que quiero hacer —me repetía—; éstas son porquerías; lo sé yo sin que me lo digan. Vuelva; haré su retrato; siento muchísimo su alma. Ya verá cómo hago una cosa bonita, una cosa maravillosa.

Prometí volver, pero no volví. Perdí de vista a Hart-ling durante más de un año. Cuando lo encontré, una mañana de invierno, por casualidad, tuve que volver a hacerle la promesa. No había abandonado la idea y deseaba más que nunca retratar mi rostro.

—Le diré sin ceremonias —me dijo— que muchas cosas han cambiado: tengo absoluta necesidad de trabajar y ganar. Todos mis asuntos de Rusia van muy mal: hace dos meses que no recibo un céntimo. Estoy arruinado. Ni siquiera tengo bastante dinero para ir tirando. Lo he empeñado todo, lo he vendido todo. Me veo obligado a vivir de mi trabajo. Sin embargo, para reponerme, tengo necesidad de hacer una buena pintura, un retrato extraordinario que dé el golpe, del que se hable. Su cabeza me inspira muchísimo y me traerá suerte.

No creía mucho en sus esperanzas; sin embargo, acepté con la intención de mantener mi compromiso. Pocas semanas después fui a verlo y empezamos en seguida el retrato.

Estaba en otra casa y el estudio había cambiado. Ya no estaban las viejas pinturas estúpidas que había visto. Hartling se había transformado. Había encontrado por sí mismo el impresionismo. Hacía ahora paisajes inmensos, solitarios, todos embebidos de luz, con campos y montañas que parecían hechos de sol y de piedras preciosas. Los colores, todos los colores puros, fuertes, descarados, se derramaban de las nuevas telas. Bajo la pérgola de un jardín, bajo las hojas transparentes de un verde casi dorado, dos horribles rostros de hombres afeitados y rubios miraban insistentemente con cuatro ojos de mosaico rodeados de negro. Aquellas dos caras de manchas violetas, amarillas y verdes eran vivísimas e inverosímiles.

Hartling me miraba sonriendo y espiaba en mi cara el efecto de aquella transformación. Le dije que verdaderamente estaba muy sorprendido y que nunca hubiera esperado un cambio tan veloz, o, mejor, superación.

—Verá cosas mejores —me respondió—. Esto de aquí no es nada. No perdamos tiempo; trabajemos.

Una tela en blanco estaba ya tensada en el bastidor y colocada sobre el caballete. Una silla de madera blanca estaba dispuesta para mí sobre una caja de cuadros, a la izquierda del caballete.

Hartling encendió un cigarrillo y empezó a pintar. Me miraba fijamente medio minuto, a veces con desprecio, otras con una sonrisa entre irónica y satánica, y luego trabajaba afanosamente durante un minuto o dos, sin mirarme, sin levantar los ojos del cuadro. Cuando había terminado, retrocedía hasta la pared y contemplaba su trabajo, doblando la cabeza a derecha e izquierda. Luego avanzaba a grandes zancadas hacia mí, y volvía a mirarme, y retrocedía otra vez, y de nuevo avanzaba, y hacía los pasos tan largos que las rodillas casi se doblaban hacia atrás.

Hartling no era un hombre que diera miedo: todo lo contrario. Era alto, delgado, blanco, con una cara absolutamente corriente y una barbita a la francesa, rubia y blanda, que hacía pensar más en un maestro de lenguas que en un pintor; vestía con rebuscamiento, como un jovencito que busca mujer, y no tenía de particular más que las mejillas, siempre un poco húmedas y emblanquecidas de polvos. Y, sin embargo, aquel su ir hacia adelante y hacia atrás, aquellas sonrisas irónicas, aquellos ligeros gruñidos de alegría insatisfecha, me ponían nervioso. Incluso el rumor sordo de sus pantuflas, que golpeaban la estera, tenía un no sé qué de desagradable.

Después de una hora y media de sesión, cubrió el cuadro y no quiso que mirara lo que había hecho. Volví a la mañana siguiente y también a la otra. Con los mismos gestos y el mismo misterio, la obra continuó. La cuarta mañana me tuvo sentado poquísimos tiempo.

—Tengo necesidad de los ojos —me dijo—. Mire como si tuviera delante un enemigo al que está a punto de derrotar a fuerza de sarcasmos.

Procuré obedecerlo, y al cabo de un cuarto de hora me anunció:

—Está hecho. Venga a verlo.

Salté de la silla y corrí ante el retrato.

La tela no estaba toda cubierta de color. En el centro se distinguía, mirando un poco de lejos, una cara que con certeza no era la mía. Sobre una frente casi verde sobresalían dos mechones de cabellos rojizos; una mancha negra, a la izquierda, debía de representar un ojo; el otro ojo estaba hecho con pequeñas manchas verdes y violetas entre una mancha mayor blanca y una sombra negra debajo. La nariz se parecía bastante, pero la boca estaba hecha con dos borrones arqueados de sangre y una hilera de dientes enormes. Debajo del mentón, un cuello blanco sucio y una corbata color granate que yo nunca me había puesto. El vestido se perdía en una confusión de negro de hollín. Alrededor de la cabeza, grandes bandas fantásticas de verde, de rojo vino y de violeta aguado.

—¿Qué tal? —dijo Hartling, sonriendo con placer—. ¿No le parece mi pintura más original? Es que no me he preocupado de pintar su cara, sino de detener un momento de su espíritu para toda la eternidad.

Pedí tiempo para verla mejor. Finalmente, cuando la hube mirado por todas partes y desde todas las distancias, me convencí de que no había visto nunca una traición tan grotesca. Allí dentro no había nada de mí. Y esto no me hubiera importado mucho, pero el conjunto no era, en absoluto, armonioso ni profundo. La extrañeza terminaba en la negación de sí mismo, volvía al grabado imbécil, al arabesco incongruente, a la mancha fortuita, a la nada.

No pude evitar insinuar mis impresiones a Hartling. El intentó explicarme con cierta indulgencia el significado de los colores, los misterios de las pinceladas, la razón de las disonancias y la necesidad de los borrones manifiestos.

—Es preciso vivir dentro de él, estar cerca, volverlo a ver —me dijo como conclusión—. Esta obra es de tal manera original, que ni yo mismo sé cómo la he podido hacer.

Me fui prometiendo volver, pero firmemente decidido a no comprar el retrato. Estuve más de una semana sin ir a ver a Hartling.

Pero un día un amigo me contó que Hartling, locamente enamorado de su obra, había invitado a todos sus amigos y a algunos críticos a ver el retrato. Como muchos de los que conocían a Hartling me conocían también a mí, esta noticia no me satisfizo nada. Volví a casa del pintor. Encontré en el estudio a dos señoras alemanas y aun judío húngaro que contemplaban con gran atención la llamada cara mía. Tuve que callarme. Hartling estaba explicando su teoría del retrato espiritual. Las señoras alemanas lo admiraban y el hebreo tomaba apuntes en su cuaderno. Hartling me preguntó si ahora me gustaba más. Procuré poner un poco de orden con la mirada en aquella mezcla porquería de colores, pero sólo conseguí encontrar dos o tres frases de admiración convencional, que Hartling comprendió en su verdadero sentido.

—Ya veo que mi retrato no le gusta —me dijo—. Lo siento mucho, porque creo que es mi obra maestra y me temo que nunca haré nada mejor. Pero no quiero obligarlo a tenerlo y le devuelvo la promesa de comprarlo.

Simulé resistirme, pero estaba contentísimo de haberme librado del compromiso. No quería llevarme a casa una basura semejante y, además, pagarla.

A los tres meses supe que Hartling había expuesto mi retrato en Venecia y, según los periódicos, produjo cierta impresión. Había puesto en el catálogo mi nombre y apellido, y todos los que me conocían o sabían algo de mí comenzaron a hacer los más burlones comentarios del mundo. No podía tolerar una afrenta semejante. Que aquel terrible embrollo de colores apareciese a los ojos de todos con mi nombre; que aquel monstruo no dibujado y mal colorido pretendiese representar mi persona y, de rechazo, mi alma, eran para mí atroces ofensas. Pensé que la única salvación era comprar el retrato. Precisamente en aquel momento tenía muy poco dinero, apenas el suficiente para ir hasta Venecia. Hartling había pedido por su cuadro un precio muy bajo —quinientas liras—, señal de que tenía absoluta necesidad de vender. Pero yo no tenía quinientas liras. Sin perder tiempo elegí unos cuantos libros viejos y llevé a vender los que ya no me interesaban. Empeñé una

gran cadena de oro que no llevaba nunca y pedí prestados cien francos a un tío mío. En cuanto llegué a Venecia corrí a ver al secretario de la Exposición y pagué el retrato. Pero no fue posible tenerlo en seguida. De todas maneras, estaba ya seguro de que después de la clausura no rodaría más por el mundo enseñando mi ridícula efigie.

Cuando el retrato me llegó de Venecia, lo puse, sin sacarlo de la caja, en un desván y no pensé más en él. Supe que Hartiing había vuelto a Rusia y que se encontraba muy mal. Al cabo de unos años — cinco o seis— tuve que cambiar de casa, y apareció la caja, todavía cerrada. Una vez en la casa nueva me entraron ganas de abrirla para ver si merecía la pena conservar el retrato, como una curiosidad, o bien destruirlo.

Durante aquel tiempo muchas apariciones dolorosas habían ocupado mi vida y yo no había pensado más en Hartiing ni en su retrato. Me sentía envejecido y otro hombre, y sonreí al recordar la furia que me hizo correr a Venecia para rescatar aquella deformidad calumniosa.

Abrí la caja y puse el retrato un poco en la sombra, en el suelo, apoyado en la pared, bajo un gran espejo.

¡Cuál no fue mi asombro al darme cuenta de que *el retrato, ahora, se me parecía!*

En la penumbra de la habitación, mi rostro se destacaba como una aparición imprevista, todo maravillado y pensativo, como si quisiera reconocer el mundo. Las manchas de los ojos, vistas así, de lejos, tenían una expresión singular, aquella misma expresión de maldad y de nostalgia que latía ahora en mis ojos reflejados en el espejo de encima. Y mi boca roja, con los dientes blancos, reía de verdad, es más, sonreía, sonreía como sonreía yo en aquel momento, con la misma y exacta mueca de los labios, mueca un poco de repugnancia y un poco de rabia, que yo veía delante de mí, encima del cuadro. Incluso los mechones de cabello tenían la misma forma y la misma fuerza, y me vi obligado a llevarme las manos a la frente para hacer desaparecer aquellas llamas de diablo refractario. El aire de mi rostro era aquél; el espíritu que manaba de las facciones era el mismo: la semejanza era, dentro de los límites del arte, perfecta. Aquel retrato, que seis años antes era una inmundicia caricatura, se había convertido en mi retrato exacto y profundo. Hartiing había visto mi yo futuro de seis años después y lo había pintado. Había adivinado mis sufrimientos, mis enojos, mis melancolías; había anticipado, con el pincel, las arrugas de mi boca y las alteraciones de mis rasgos. No había sido capaz de fijar mi rostro de entonces, pero había presentido mi rostro de ahora.

Apenas repuesto de la sorpresa, me dije que Hartling era un extraño genio y yo un imbécil mezquino. Aquel mismo día colgué el retrato en mi cuarto, delante de la cama, y corrí a ver a un amigo común para pedir noticias de Hartling. Nuestro amigo no sabía nada de él, pero escribió a un hombre que vivía en Alemania y que estaba, sin duda, en relación con el gran pintor. La respuesta llegó pronto, con las noticias y la dirección de Hartling. Estaba en Berlín y prosperaba. Me propuse ir a encontrarlo apenas pudiera.

La ocasión llegó pronto: un premio inesperado me permitió, pocos meses después, trasladarme a Berlín. El día mismo de mi llegada corrí a ver a Hartling. Encontré, con gran maravilla por mi parte, una casa señorial, un estudio de lujo y una gran cantidad de retratos que parecían oleografías refinadas o fotografías coloridas con mucha paciencia. Hartling apareció con su barbita rubia, un poco más gordo y un poco más viejo, pero elegantísimo. Me saludó fríamente y no pareció muy entusiasmado de mi visita. Apenas si tuve el valor de hablarle de mi retrato y del maravilloso descubrimiento que había hecho.

—¿De verdad? —me dijo, mirándome con dos ojos sin alma—. ¿Lo dice de verdad? Yo estoy seguro de que debe de ser una gran porquería. Entonces no sabía pintar y no entendía nada. El arte, mi querido amigo, debe rivalizar con la Naturaleza. Es preciso reproducir escrupulosamente la realidad a fuerza de paciencia y, todo lo más, embellecerla con gusto. Es preciso gusto y elegancia; sobre todo, elegancia. Mire: he sufrido hambre cuando estaba en Italia; mucha hambre. Ahora he aprendido: mis retratos se buscan y se venden. No menos de diez mil marcos cada uno, querido amigo, y mis clientes se cuentan entre las primeras damas de Prusia. Ahora sé dibujar con garbo y colorear con delicadeza, ya no padezco hambre y como muy bien. A propósito: ¿quiere quedarse a comer conmigo?

Me salvé fácilmente de la invitación y, con dos burdos cumplidos, salí. Apenas fuera de la puerta, comencé a correr.

El terror de tal nuevo encuentro solamente era comparable con el del redescubrimiento del retrato profético. Desde aquel día he dicho que no a todo pintor que ha pedido retratarme.

El señor canónigo tenía la costumbre de meterse de nuevo en cama después de la misa. Era de aquellos hombres que no consiguen pensar fuera del colchón. Su desarticulado esqueleto no estaba ligado por músculos, sino por una piel flaccida, ligeramente rellena de aquella grasa mala que, más o menos, tienen todos los curas sedentarios. Esto es para explicar que el cañonazo del mediodía lo encontraba todavía sentado en su gran cama de matrimonio, reclinado en dos almohadones, protegido por grandes mantas de lana y por edredones de pluma, y con la taza de café, todavía no vacía, sobre el mármol de la mesilla de noche. No era que durmiese mucho, sino que, para pensar y leer en paz, para dar libre curso a su alma, tenía necesidad de no sentir su pobre cuerpo frágil, blando y friolero, en contacto demasiado directo con el mundo exterior. Debajo de las sábanas, tendido en su cama de muelles, cobijado por murallas de ropas pesadas, en aquel calor natural acumulado por su sangre, se encontraba bien, en su verdadero mundo, mejor que un poeta tempestuoso en lo alto de una montaña en una tarde de viento. Es más: sostenía, a pesar de toda su veneración por Dante, que era una gran equivocación decir que no se alcanza la fama bajo las mantas y, aunque no lo decía abiertamente, daba a entender a los amigos que le atacaban este punto que él mismo era un ejemplo de la falsedad de la demasiado famosa sentencia.

Y era verdad. Don Angelo era conocido en toda Italia, por lo menos entre aquellos que se ocupan de cosas de iglesia, no solamente como teólogo —ya que había enseñado dogmática en uno de los primeros seminarios—, sino también como moralista y, sobre todo, como predicador vigoroso e inspirado, comparable solamente por su fogosidad a San Bernardino de Siena y por la fuerte elegancia de su estilo al padre Segneri. Poseía, además, otro valor, que, aunque se manifestara solamente en la ciudad donde residía, no por eso dejaba de constituir una pequeña parte de su éxito: quiero decir una gran capacidad y amabilidad como confesor Casuista finísimo, como hoy hay pocos; conecedor sin prejuicios del corazón humano, y de modo particular del femenino; improvisador feliz de admoniciones, instrucciones y reproches; tan indulgente en la sustancia como rigorista en la forma, reunía en su persona casi todas las perfecciones que requiere un óptimo sacerdote.

No era, empero, un cura a la antigua. Al contrario, si hay que creer a los envidiosos, que nunca faltan, se murmuraban en ciertos salones devotos que olía un poco a moderno. Mientras tanto, para dar una prueba de ello, no había vacilado en escribir, y lo que es peor, en publicar, ciertos libros sobre los padres de la Iglesia, de los que resultaba claramente, incluso para quien no los había leído, que sus simpatías eran para aquellos padres que la Iglesia, más tarde, había condenado como

peligrosos, por ejemplo, Orígenes y Tertuliano. Había, además, el hecho gravísimo —también éste probado por testigos oculares— de que don Angelo compraba muchísimos libros, y no solamente libros religiosos y aprobados por la autoridad eclesiástica, sino también de aquellos que se encuentran en las librerías profanas, escritos por laicos, por herejes o por personas sospechosas.

Quien lo había sondeado más a fondo sostenía que su fe no era tan segura como se suponía; que él aceptaba a regañadientes ciertos principios que la tradición de la Iglesia había convertido en dogmas y, en fin —cosa tremenda y casi increíble—, que él, más que creer en Dios, creía en la fuerza de la fe en Dios; más que creer en Cristo, creía en la bondad de aquellos que creen en Cristo.

Pero estas voces, que por otra parte no estaban muy difundidas entre la numerosa clientela de fieles de don Angelo, no habían conseguido desprestigiarlo cerca del cardenal arzobispo, el cual, por el contrario, le había dado pruebas públicas y visibles de su benevolencia yendo a escuchar alguno de sus sermones. Los maliciosos, empero, añadían que sin aquellas sospechas don Angelo hubiera muerto obispo, o tal vez cardenal.

2

El 23 de marzo de 1909, a las diez y media de la mañana —debo estos datos precisos a la amabilidad de la misma persona que me ha contado el resto—, don Angelo, como de costumbre, estaba sentado en la cama y tenía delante cinco o seis libros encuadernados sólidamente en piel oscura, todos abiertos y todos puestos boca abajo con los lomos hacia arriba. Aquélla era la manera de leer del sabio canónigo: no había modo de que se contentara con un libro solo. Una página o dos de uno y luego un capítulo de otro, y un párrafo de un tercero y de un cuarto, para volver finalmente al primero. «Así como somos capaces de seguir —decía— una conversación con cinco o seis personas, con tal que hablen una a una, así no hay confusión en leer en una misma hora cinco o seis volúmenes, y hay la ventaja, además, de poder volver atrás para encontrar el hilo perdido.»

Pero aquella mañana, de repente —apenas habían sonado las diez y media—, la criada abrió con precaución la puerta de su cuarto, sabiendo bien que cometía un acto gravísimo, y anunció al canónigo que un señor estaba a la puerta y quería hablarle en seguida.

—¿En seguida? Pero ¿quién es? ¿Lo conoces?

—No lo conozco y no me ha querido decir quién es.

Don Angelo estaba asombradísimo. Ante todo, nadie iba a verlo por la mañana. Sus escasos amigos sabían que volvía a meterse en la cama y que en aquellas horas estudiaba. Sus penitentes no venían nunca sin advertírsele, y en general lo esperaban en la iglesia aquellas mañanas en que tenía que dejar la cama por el confesionario. ¿Quién podría ser? Lo pensó un poco y al fin dijo a la mujer:

—Dile que deje el nombre y que vuelva más tarde. Ahora estoy en la cama y no puedo.

—Dice que quiere hablarle en seguida; que lo entretendrá poco; que el nombre no importa, porque usted no lo conoce...

—Entonces —suspiró el canónigo— dile que pase aquí, porque no me encuentro bien.

El insistente señor no se hizo esperar. El canónigo vio acercarse a su cama a un hombrecillo bajo y gordo, de cara más bien roja, con una barbita corta en punta y unos lentes grandísimos sobre los ojos, que miraban de soslayo con miradas entre picaras y furiosas. Este hombre jugaba con un curiosísimo sombrero de paja negra, flexible, y parecía que moviera a propósito las manos para enseñar un gran camafeo gris, que, engarzado en un anillo, le cubría la mitad de su índice derecho.

La cara del canónigo, que en general era melancólica como la de aquellos que no digieren demasiado bien, se ensombreció a la vista de su singular visitante, el cual, después de una ligera reverencia, se plantó delante de la cama con el aire de quien espera ser interrogado. El canónigo empezó en seguida con una mentira:

—Ya me perdonará si lo recibo en cama, pero hoy no me encuentro bien y el aire es demasiado frío para un pobre viejo como yo. Si pudiera volver esta tarde...

—En absoluto —saltó el desconocido—, tengo necesidad de hablarle en seguida.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó don Angelo, viendo que el otro, después de haber dicho aquello, se había callado.

—Señor canónigo —respondió el hombrecito—, yo sé quién es usted. Vengo de lejos, pero sé quién es usted. Todos me han hablado de usted, y he venido a verlo precisamente porque he sabido quién es. Pero no es necesario que usted sepa mi nombre. ¿Qué es un nombre? Una cascara que se arroja, un vestido que se quita, un cartel que se rompe, una tarjeta que se pierde. Hágase el efecto de que está en la iglesia y en el confesionario. El nombre no es necesario; sobre mí tengo muy otras cosas que decirle.

—¿Se trata, pues, de una confesión? —reanudó el canónigo—. Verdaderamente la hora no me parece muy oportuna y yo estoy ahora en una posición...

—Deje estar los cumplidos, señor canónigo. Aquí no interviene la carne o el vestido, sino el espíritu. ¿Quién se da cuenta de que usted está en cama? ¿Y qué importa?

—Entonces dígame, por favor, en qué puedo servirlo.

—Estoy seguro de que usted me entenderá en seguida. Lo mío no es propiamente una confesión, sino una consulta o, mejor, es también una confesión, pero que tiene por finalidad una consulta... Usted es teólogo, ¿no es verdad?

—Me he ocupado un poco de teología, pero hace muchos años, y ahora no sabría...

—Basta, basta. Conozco su modestia. Siento molestarlo, pero es preciso que tenga usted la paciencia de escucharme un poco sin interrumpirme.

—Estoy dispuesto a oírlo, como es mi deber. Hable, si quiere.

—Sepa que desde niño no he tenido otra pasión que la de ser cristiano, es decir, ser verdaderamente cristiano, con toda la fuerza de la palabra, no solamente llamarme o parecer cristiano. Apenas cumplidos los veinte años, cuando pude reflexionar más seriamente sobre el alcance de mi fe, no hice otra cosa que leer todos los libros que caían en mis manos sobre el cristianismo y Jesús, y especialmente los Evangelios, y no leía solamente, sino que anotaba, meditaba, apuntaba y confrontaba sin tregua, empujado por la manía de descubrir en qué consistía propiamente el cristianismo y de qué manera podría imitar, seguir y tal vez glorificar a Jesús. Al cabo de casi cuatro años de esta ininterrumpida búsqueda, llegué a las siguientes conclusiones. El síntoma del verdadero cristiano es el desinterés. Quien hace algo para obtener una compensación no es digno de Dios. Quien sigue ciegamente su naturaleza no es digno de Dios. Quien logra hacerlo todo por nada y vencerse a sí mismo es digno de Cristo. Cristo ha sufrido por nosotros, Cristo es Dios, es decir, infinito, y por eso su dolor es infinito y nosotros no podremos nunca sufrir todo lo que El ha sufrido, aun sufriendo eternamente.

—Verdaderamente... —interrumpió con aire dubitativo el canónigo, que escuchaba con toda su atención al rápido hablador.

—Se lo ruego —repuso éste—, no me interrumpa; mis ideas ya están bastante desordenadas. Sus observaciones las hará después. He venido precisamente por esto. Decía, pues, que mis conclusiones fueron aquéllas y tales siguen siendo hoy.

»Rumiándolas dentro de mí (porque no quería hacer teorías, sino encontrar el camino de la verdad), me di cuenta de que de aquellas simples verdades brotaban consecuencias a primera vista monstruosas. Que no hay que buscar compensación al bien que se hace, resulta evidente de más de un pasaje del Evangelio, y sobre todo de aquellos en los que se ordena hacer el bien a quien nos hace el mal. No debemos dar a quien nos da, ya que ésta es cosa humana y de todos, sino dar a quien nos quita: esto es lo divino. Es preciso, pues, no sólo hacer el bien a quien nos ha hecho el bien, sino también a quien no nos dará nada en compensación y, sobre todo, si queremos ser perfectos, a quien nos hará el mal como pago.

»El bien que se hace con la certeza de recibir otro bien, no cuenta: es un intercambio, un comercio y nada más. El bien verdadero es aquel que está guiado por la esperanza del mal.

»Pero aquí empiezan las dificultades. Quien beneficia a los hombres suele encontrar ingratitud, maldiciones y tal vez odio, pero estos males son pasajeros y no son nada para quien tiene el consuelo de la fe. El mal procurado por los hombres no es un mal verdadero: es un intento, un

simulacro de mal. El mal horrendo y eterno es la privación perpetua de la beatitud, es el castigo infinito que sólo Dios puede infligir, es, en una palabra, el *Infierno*.

»¿Cuál era, pues, el primer y único problema de mi vida de perfecto cristiano? El de obtener el infierno sin hacer mal a los otros hombres, es más, haciéndoles bien según los mandamientos de Dios y de Jesús. Problema, como usted ve, difícilísimo y casi diría absurdo. Por una parte quería y debía ayudar a los afligidos, sostener a los débiles, animar a los temerosos, dar de beber a los sedientos, saciar a los hambrientos y perdonar a los malos, pero haciendo esto corría el riesgo de ganar el Paraíso. Sin embargo, ¿qué mérito hay, pregunto yo, en sacrificarse un poco durante aquellos treinta, cincuenta o sesenta años de vida terrena, cuando se tiene delante la recompensa eterna y segura, la alegría divina por toda la eternidad? Yo he despreciado siempre esta usura de la caridad, este comercio de la misericordia, este bajo cálculo de la santidad. Yo hago el bien, pero no quiero nada en compensación, al contrario, a semejanza de nuestro Maestro, quiero el mal, y nada más que el mal, y el peor y más infinito mal que haya. Era preciso, pues, a toda costa, que ganara el infierno, y tampoco ésta era empresa fácil para quien se encontraba en mi estado. La solución más natural era hacer mucho bien a los demás y mucho mal a sí mismo, es decir, cometer, y sin moderación, aquellos pecados que sólo causan perjuicio a quien los comete.

»Pero aquí había otra dificultad. Dios me ha dado en préstamo un alma que busca la pereza y la santidad por impulso natural, y que tiene necesidad del bien igual que el cuerpo tiene necesidad del pan. Otro se hubiera alegrado de eso, porque la virtud hubiese sido para él un juego fácil y, por ello, recto y llano el camino de la salvación y de la beatitud. Para mí, en cambio, esta prepotente inclinación al bien fue nuevo motivo de dolor y de duda. ¿Qué mérito hay en seguir espontáneamente la propia naturaleza? Lo que no cuesta ningún esfuerzo, que no atormenta, que no se obtiene a través de durísimas pruebas y despiadadas batallas, no tiene valor para Dios. El cordero no hace nada meritorio si no devora a sus semejantes, pero el lobo se arrodilla delante del fraile santo y reprime su hambre de carne, para él es el reino de los cielos.

»Para seguir la enseñanza según la cual sólo cuenta lo que se hace con dolor, tenía que violentar mi alma y conducirla a querer y cumplir aquel mal del que ella demasiado espontáneamente huía. Así otra razón se añadía a la anterior para buscar con todas mis fuerzas la condenación eterna.

»Gran tormento era el mío, señor canónigo, al querer llevar una vida tan opuesta a la de aquellos que se llaman cristianos. Sentir toda la belleza y la grandeza de la perfección, pero tenerse que rebajar para elevarse; hacer el bien, y temer que este bien sea compensado; cometer el mal, y temer que el mal no sea castigado; sufrir, y temer que el sufrimiento pasajero, pero intenso, pueda ahorrarme el sufrimiento eterno que espero. Usted no puede imaginarse cuál ha sido mi vida. Durante el día, en busca de infelices, con hábitos de auxiliador y de consolador; por la noche, en busca de pecados, de culpas y de vicios que sólo a mí estropearan e hicieran. Me he dado cuenta de que eso no es tan fácil como se podía creer. Casi todos los pecados son pecados hacia los otros, y de esos no quería saber nada.

»Así me había prohibido matar, robar, ofender, calumniar, engañar, corromper, es decir, casi todas las malas acciones que pierden a los hombres. Quedaban los pecados contra Dios y contra mí mismo. Y en éstos me desfogaba venciendo poco a poco, con indecibles penas, todas las resistencias de mi pobre alma. ¡Cuánto me ha costado, por ejemplo, llegar a blasfemar el santo nombre de Dios! A lo primero ni siquiera podía pronunciar las horribles palabras; conseguí pronunciarlas, pero sólo con los labios; el corazón no quería y las negaba. Fueron necesarios algunos años hasta que pude blasfemar verdaderamente, con el alma y con la boca, en la voluntad expresa de ofender a mi Creador. Luego he omitido los mandamientos de la Iglesia; me he prohibido la oración; no me he acercado más a la comunión; he rehuido los sermones; he desertado de la misa; he escupido sobre las imágenes santas. Pero, para estar más seguro de mi condenación, no he dejado de lado otros pecados, aunque fueran menos graves. Me he entregado en secreto a las más obscenas lujurias; me he embriagado, por la noche, encerrado en casa, sin que nadie pudiera verme; he intentado perder, al menos en algunos momentos, mi alma de hombre y hacerme semejante a las bestias; he cometido con el pensamiento y con el deseo los más asquerosos delitos que un cerebro pueda soñar; he maldecido dentro de mí a quien beneficiaba con la mano y con la sonrisa; he despreciado ferozmente a los prójimos y a los lejanos; me he alimentado de orgullo y de soberbia, como un ángel desterrado.

»Pero ¡he sufrido tanto, señor canónigo, para hacer todo esto! Usted, hombre inocente y tranquilo, que está en la cama sin remordimientos, ¡usted no puede imaginarse cuánto he sufrido! Y de ese sufrimiento ha nacido en mí la duda, y de la duda, un sufrimiento nuevo. Y por esta duda he venido a buscarlo desde lejos, con la esperanza de que usted me devolverá la certeza.

»¿Cree usted que el bien que hago será bastante para que Dios misericordioso me salve del infierno? ¿Cree usted que mi sufrimiento al hacer el mal puede ser considerado por Dios como un castigo suficiente y de tal entidad como para privarme del infierno? Yo no quisiera, después de tantas luchas y de tantos dolores, encontrarme defraudado en lo que espero. ¿Seré digno del infierno? Quíteme esta duda, señor canónigo; dígame, usted que puede saberlo, dígame que me condenaré de verdad y para siempre.

Y el pequeño hombre calló tembloroso. Dejó el sombrero, que había tenido en sus manos, sobre una silla, se quitó los lentes e intentó limpiarlos con el pañuelo, pero le temblaban demasiado las manos. Tenía los ojos rojos y húmedos y miraba al cura casi con rabia.

Don Angelo lo contemplaba con el aire de quien ya se ha resignado y espera incluso lo peor. Desde las primeras frases de la confesión se había convencido de que estaba ante un loco, un verdadero loco religioso, vencido por una manía espantosamente diabólica, y ahora pensaba en la manera de sacárselo de encima sin que sucediera nada. Fingió que reflexionaba un momento y luego comenzó:

—Usted reconocerá, querido señor, que sus pensamientos son más bien extraños para los oídos de un sacerdote. Nuestro deber es guiar las almas hacia la salvación, y usted, por su refinado anhelo de sufrir, quiere ir precisamente por el camino opuesto. Ahora bien: debo recordarle que la voluntad

de Cristo ha sido salvarnos para siempre de las penas infernales, y que El ha bajado a la tierra para pagar por nosotros...

—¡Para pagar por nosotros! —prorrumpió el hombre con ceño desdeñoso—. ¡Para pagar por nosotros! Pero, señor canónigo, usted no ha reflexionado bastante sobre el espantoso misterio de la Redención. Cristo era Dios, fíjese, era Dios, verdadero Dios, y ha sufrido, y como en Dios todo es infinito, así es infinito el dolor, y por mucho que nos destrocemos nunca llegaremos a compensar y a devolver la milésima parte de lo que El sufrió por nosotros. ¿Y nosotros deberíamos rehuir el dolor porque Cristo ha soportado un infinito dolor? ¿Y acaso, para tener el derecho de llamarnos cristianos, no debemos imitarlo y hacer, hasta donde podamos, lo que El ha hecho? Yo no quiero regalos ni perdones: El ha sufrido y yo quiero sufrir.

—Pero, perdone —repuso el canónigo—. El ha dicho que quería preparar para nosotros el Reino de los Cielos...

—Pero ¿quién será tan vil que lo acepte? —interrumpió de nuevo el pecador voluntario—. ¿Por haber hecho un poco de caridad, por haber dado tu pan y tu capa y alguna lágrima quisieras gozar de la alegría perpetua y eterna? ¡Vergüenza! ¡Infamia! ¡Lejos de nosotros este espíritu mercantil y judaico!

El canónigo no estaba tranquilo y no sabía cómo atacar al irascible hombre para truncar el coloquio.

—Pero ¿no le parece —recomenzó con tono conciliador y como si buscara las palabras una a una—, no le parece, señor mío, que su deseo de ir al infierno, aunque engendrado por un loable refinamiento de sentimientos, es eminentemente diabólico y por ello contrario, *a priori*, al verdadero espíritu del cristianismo, es decir, a aquella fe que usted dice tener?

El hombrecito gordo movió la cabeza con aire compasivo y pareció murmurar: «No me ha entendido tampoco.»

—Pero, perdone —reanudó, con voz más fuerte—, yo no he venido a verlo para pedirle una opinión sobre mi cristianismo, sino para una consulta sobre un punto preciso: ¿cree usted, después de lo que le he dicho, que soy digno del infierno, o no? Este es el problema; si me quiere hacer un sermón, luego tendremos tiempo.

El tono despreciativo y prepotente del desconocido irritó ligeramente al canónigo. El loco no atendía a razones, y para hacerlo marchar por las buenas no había otro remedio que contentarlo.

—Pues bien —dijo don Angelo—: si debo decirle francamente mi parecer, usted no puede ser condenado. Dios perdona a los pecadores más endurecidos con tal que estén tocados apenas por el ala del arrepentimiento, ¿y no tendría que perdonarlo a usted, que tiene un alma naturalmente dispuesta para el bien, que practica el bien y que, aunque se ha extraviado hasta el punto de cometer pecados innombrables y tremendos, lo ha hecho con la intención expresa y consciente de

parecerse a nuestro Salvador y de sufrir en el mundo de allí como en el mundo de aquí? Sus escrúpulos son, según mi opinión, extrañamente exagerados, y estoy seguro de que antes de su muerte se arrepentirá de los errores cometidos con buen fin y será acogido como buen cristiano en el seno del Señor.

El canónigo creía que estas palabras, al responder directamente al problema planteado por el desconocido y al hacerlo entrever la inutilidad de su locura, pondrían fin a la penosa conversación. Pero el efecto fue precisamente el contrario. El desconocido pareció derrumbarse de la sorpresa; no lo había invitado a sentarse, había estado en pie, pero ahora se dejó caer en una silla y su rostro se volvió palidísimo.

Estuvo con la cabeza baja, inmóvil, más de un minuto. Cuando la levantó, sus ojos llenos de sangre parecían los de una fiera que viese el cuchillo en su garganta y sintiera la pared detrás de sí.

—¿Está seguro? —preguntó con voz ronca—. ¿Está seguro? ¿Y qué debo hacer, Dios mío, qué debo hacer? ¡Dígame usted! ¡Dígame usted el pecado necesario e imperdonable! Usted tiene que saberlo.

Don Angelo empezaba a encontrarse mal. Aquella escena lo había cansado.

—¡Haga lo que quiera! —dijo, perdiendo aquel poco de paciencia que le había quedado hasta aquel momento—. Queme casas, robe, mate a quien no le haya hecho nada... ¡Nada más fácil que ser condenado si realmente tiene esta loca intención!

El desconocido estaba cada vez más furioso. Se había levantado y de nuevo miraba al cura con ojos ardientes de desdén y amenaza.

—¿Qué ha dicho? ¿Quiere, pues, que yo haga mal a los demás? ¿No hay otro medio, según usted? Robar, quemar, matar... Bien: no puedo seguir más así. Sufro demasiado. Lo que está dicho, dicho está. Yo quiero ir allí, ¿comprende? Y si es necesario, robaré, quemaré y mataré. ¿Acaso cree que no soy capaz? ¿Cree que no tengo fuerzas para vencer mi maldita bondad por última vez? ¡Mire!...

Y diciendo esto se arrojó como un rayo sobre el canónigo, le derribó la cabeza sobre la almohada y, después de haber sacado un cuchillo del bolsillo, lo hundió tres o cuatro veces en el pecho del confesor. A su grito desesperado, la criada acudió gritando. Cuando vio el cuerpo de su señor tendido en la cama lleno de sangre, se calló y retrocedió hacia la puerta; el asesino la vio y saltó también sobre ella: el cuchillo atravesó la blusa negra y la sangre corrió por la alfombra, cerca de la mesa de mármol.

El pecador los miró con ojos extraviados.

—Ahora estoy seguro.

Como estaba cansado, se arrojó en el canapé que había a los pies de la cama y entornó los ojos. Cuando volvió a abrirlos vio delante de él su propio rostro lívido y notó un poco de baba en la boca. Había un espejo delante de él.

—¡Es el arrepentimiento! ¡Y si me arrepintiera! ¡Y si me arrepintiera de verdad y profundamente! ¡Todo estaría perdido! ¡Mi sacrificio sería inútil! ¡No, no, no quiero arrepentirme! ¡No perdamos tiempo!

Se acercó a la ventana y la abrió. El canónigo vivía en un cuarto piso y la casa era alta. El asesino contempló por última vez el blanco cielo de marzo y luego se arrojó de cabeza, gritando palabras que nadie escuchó. El cuerpo resonó sobre el asfalto y más de un transeúnte quedó manchado de sangre. Dos horas después, algunos hombres encapuchados de negro se llevaron al hospital el cadáver destrozado del verdadero cristiano.

* * *